

SPIRITUAL GIFTS

VOLUME 4a

ELLEN G. WHITE

Dones Espirituales.

Volumen 4A

Elena de White

1864

Copyright © 2017
Ellen G. White Estate, Inc.

Información sobre este libro

Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)

[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Contenido

Información sobre este libro	i
Capítulo 22—El Santuario	IV
Capítulo 23—Fuego extraño	X
Capítulo 24—Las codornices	xiv
Capítulo 25—Míriam	xviii
Capítulo 26—Caleb y Josué	xxx
Capítulo 27: Coré, Datán y Abiram.	xvii
Capítulo 28—La vara de Aarón	xiv
Capítulo 29—Moisés pecó	xxxvii
Capítulo 30—Serpientes ardientes	SG
Capítulo 31—Balaam	xliii
Capítulo 32—Muerte de Moisés	li
Capítulo 33—Josué	lvii
Capítulo 34—Samuel y Saúl	lxiii
Capítulo 35—David	lxxx
Capítulo 36—Salomón	xc
Capítulo 37—El Arca de Dios	xcv
Capítulo 38—El Mesías Capítulo	cvii
39—La salud	cxi
Capítulo 40—Experiencia.	cxxxviii
Capítulo 41—Delirios de progresión	cxli

Capítulo 22—El santuario

El tabernáculo fue hecho según el mandamiento de Dios. El Señor levantó hombres y los capacitó con habilidades más que naturales para realizar la obra más ingeniosa. Ni a esos obreros ni a Moisés se les dejó planear la forma y la mano de obra del edificio. Dios mismo ideó el plan y se lo dio a Moisés, con instrucciones particulares en cuanto a su tamaño y forma, y los materiales a ser usados, y especificó cada artículo de mobiliario que iba a estar en él. Presentó ante Moisés un modelo en miniatura del santuario celestial y le ordenó que hiciera todas las cosas según el modelo que le mostró en el monte. Moisés escribió todas las instrucciones en un libro y se las leyó a los más influyentes del pueblo.

Entonces el Señor requirió que el pueblo trajera una ofrenda voluntaria para hacerle un santuario para que él pudiera habitar entre ellos. “Y toda la congregación de los hijos de Israel partió de la presencia de Moisés. Y vinieron todos aquellos cuyo corazón lo motivó, y todos aquellos a quienes su espíritu dio voluntad, y trajeron la ofrenda del Señor para la obra del tabernáculo de reunión, y para todo su servicio, y para las vestiduras sagradas. Y vinieron, tanto hombres como mujeres, todos los de buen corazón, y trajeron brazaletes, zarcillos, anillos, placas, todas las joyas de oro, y todo hombre que hacía ofrendas, ofrecía una ofrenda de oro al Caballero.

[6] Fueron necesarios grandes y costosos preparativos. Los materiales preciosos y costosos deben ser recogidos. Pero el Señor sólo aceptó las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios y el sacrificio de corazón fueron los primeros requisitos necesarios para preparar un lugar para Dios. Y mientras se construía el santuario, y el pueblo traía sus ofrendas a Moisés, y él las presentaba a los obreros, todos los sabios que trabajaban en la obra examinaban las ofrendas, y decidían que el pueblo había traído suficiente. , e incluso más de lo que podrían usar. Y Moisés proclamó por todo el campamento, diciendo: Ni el hombre ni la mujer hagan más trabajo

para la ofrenda del santuario. Así que se impidió al pueblo traer”.

Las repetidas murmuraciones de los israelitas, y las visitas de la ira de Dios a causa de sus transgresiones, están registradas en la historia sagrada para el beneficio del pueblo de Dios que más tarde viviría sobre la tierra; pero más especialmente para ser una advertencia a aquellos que deben vivir cerca del fin de los tiempos. También sus actos de devoción, su energía y generosidad, al traer sus ofrendas voluntarias a Moisés, se registran para el beneficio del pueblo de Dios. Su ejemplo al preparar material para el tabernáculo tan alegremente, es un ejemplo para todos los que verdaderamente aman la adoración a Dios. Los que aprecian la bendición de la sagrada presencia de Dios, cuando preparan un edificio para que Él pueda reunirse con ellos, deben manifestar mayor interés y celo en la obra sagrada en la proporción en que valoran sus bendiciones celestiales más que sus comodidades terrenales. Deben darse cuenta de que están preparando una casa para Dios.

Muchos gastarán mucho para erigir edificios cómodos y sabrosos para ellos mismos; pero cuando quieren preparar un lugar para recibir la presencia del Alto y Exaltado, manifiestan una maravillosa indiferencia y no tienen ningún interés particular en cuanto a la conveniencia, arreglo y mano de obra. Sus ofrendas no se dan alegremente de corazón; pero se otorgan a regañadientes, y están continuamente estudiando de qué manera se puede hacer que el edificio sagrado cueste lo menos posible y responda al propósito como una casa de adoración. Algunos manifiestan más interés en construir sus graneros, donde guardar su ganado, que en construir un lugar para la adoración de Dios. Tales valoran los privilegios sagrados justamente en la proporción que muestran sus obras. Y su prosperidad y fortaleza espiritual será justa conforme a sus obras. Dios no hará que su bendición descansa sobre aquellos que tienen tan poca estimación del valor de las cosas divinas. Las ofrendas renuentes y mezquinas no son aceptadas por Dios. Aquellos que manifiesten ese fervor para traer al Señor ofrendas aceptables, de lo mejor que tengan, voluntariamente, como los hijos de Israel trajeron sus presentes a Moisés, serán bendecidos en la proporción en que hayan estimado el valor de las cosas divinas.

Es de alguna consecuencia que un edificio preparado expresamente para que Dios se reúna con su pueblo, debe arreglarse con cuidado, hacerlo cómodo, limpio y conveniente; porque ha de estar dedicada a Dios,

y se le presentó, y se le debe suplicar que permanezca en esa casa, y la haga sagrada por su santa presencia. Lo suficiente debe darse voluntariamente al Señor, para realizar generosamente la obra, y entonces los obreros podrán decir: No traigan más ofrendas. Una casa construida para Dios nunca debe quedar endeudada, porque Dios sería deshonrado. Conoce todos los corazones, y recompensará a todos los que libremente le devuelvan, cuando lo requiera, lo que él les ha dado . Si retienen lo que pertenece a Dios, él los afligirá en sus familias y hará que disminuyan sus posesiones, de acuerdo con su disposición a robarle.

Después de terminar la construcción del tabernáculo, Moisés examinó todo el trabajo y lo comparó con el modelo y las instrucciones que había recibido de Dios, y vio que cada parte concordaba con el modelo, y bendijo al pueblo. Dios le dio un modelo del arca a Moisés con instrucciones especiales de cómo hacerlo. El arca fue hecha [8] para contener las tablas de piedra, en las cuales Dios grabó, con su propio dedo, los diez mandamientos. Tenía forma de cofre, y estaba revestido e incrustado de oro puro. Estaba adornado con coronas de oro alrededor de la parte superior. La tapa de este cofre sagrado era el propiciatorio hecho de oro macizo. En cada extremo del propiciatorio había un querubín de oro puro y macizo. Sus rostros estaban vueltos el uno hacia el otro, y miraban con reverencia hacia el propiciatorio, que representa a todos los ángeles celestiales mirando con interés y reverencia la ley de Dios depositada en el arca en el santuario celestial. Estos querubines tenían alas. Un ala de cada ángel se extendía hacia lo alto, mientras que la otra ala de cada ángel cubría sus formas. El arca del santuario terrenal era el modelo de la verdadera arca en el Cielo. Allí, al lado del arca celestial, están los ángeles vivientes, en cada extremo del arca, cada uno con un ala que cubre el propiciatorio y se extiende hacia lo alto, mientras que las otras alas están plegadas sobre sus formas en señal de reverencia y humildad. .

En el arca terrenal se le pidió a Moisés que colocara las tablas de piedra. Estas se llamaban las tablas del testimonio, y el arca se llamaba el arca del testimonio, porque contenían el testimonio de Dios en los diez mandamientos. El tabernáculo estaba compuesto de dos departamentos, separados por una cortina o velo.

Todo el mobiliario del tabernáculo era de oro macizo o revestido de oro. Las cortinas del tabernáculo eran de una variedad de colores, muy bellamente arregladas, y en estas cortinas estaban labradas, con hilos de oro y plata, querubines, que representaban la hueste angélica, que están conectadas con la obra del santuario celestial, y que son ángeles ministradores de los santos en la tierra.

Dentro del segundo velo se colocó el arca del testimonio, y la hermosa y rica cortina se corrió ante el arca sagrada. Esta cortina no llegaba a la parte superior del edificio. La gloria de Dios, que estaba sobre el propiciatorio, se podía ver desde ambos departamentos, [9] pero en un grado mucho menor desde el primero. Directamente delante del arca, pero separado por la cortina, estaba el altar de oro del incienso. El fuego sobre este altar fue encendido por el Señor mismo, y fue sagradamente acariciado al alimentarlo con el incienso santo, que llenó el santuario con su nube fragante, día y noche. Su fragancia se extendía por millas alrededor del tabernáculo. Cuando el sacerdote ofreció el incienso ante el Señor, miró hacia el propiciatorio. Aunque no podía verlo, sabía que estaba allí, y cuando el incienso subió como una nube, la gloria del Señor descendió sobre el propiciatorio, y llenó el lugar santísimo, y fue visible en el lugar santo, y la gloria a menudo llenaba tanto los dos departamentos que el sacerdote no podía officiar, y se veía obligado a pararse a la puerta del tabernáculo. El sacerdote en el lugar santo, dirigiendo su oración por fe al propiciatorio, que no podía ver, representa al pueblo de Dios dirigiendo sus oraciones a Cristo ante el propiciatorio en el santuario celestial. No pueden contemplar a su Mediador con el ojo natural, pero con el ojo de la fe ven a Cristo ante el propiciatorio, le dirigen sus oraciones y con seguridad reclaman los beneficios de su mediación.

Estos aposentos sagrados no tenían ventanas para dar luz. El candelabro estaba hecho de oro purísimo, y se mantenía encendido día y noche, y alumbraba ambos aposentos. La luz de las lámparas del candelero se reflejaba sobre las tablas recubiertas de oro, a los lados del edificio, y sobre los muebles sagrados, y sobre las cortinas de hermosos colores con querubines labrados con hilos de oro y plata, cuyo aspecto era glorioso más allá de la descripción. Ningún lenguaje puede describir la belleza y el encanto, y sagrado

gloria, que estos apartamentos presentaban. El oro del santuario reflejaba los colores de las cortinas, que parecían los diferentes colores del arco iris.

Sólo una vez al año podía entrar el sumo sacerdote en el lugar santísimo [10], después de la más cuidadosa y solemne preparación. Ningún ojo mortal sino el del sumo sacerdote podía contemplar la sagrada grandeza de ese apartamento, porque era la morada especial de la gloria visible de Dios. El sumo sacerdote siempre entraba en ella temblando, mientras el pueblo esperaba su regreso con solemne silencio. Sus fervientes deseos eran para Dios por su bendición. Ante el propiciatorio Dios conversaba con el sumo sacerdote. Si permanecía un tiempo fuera de lo común en el lugar santísimo, muchas veces el pueblo se aterrorizaba, temiendo que por sus pecados, o por algún pecado del sacerdote, la gloria del Señor lo hubiera matado. Pero cuando se escuchó el sonido del tintineo de las campanillas sobre sus vestiduras, se sintieron muy aliviados. Luego salió y bendijo al pueblo.

Una vez finalizada la obra del tabernáculo, “una nube cubrió la tienda de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y Moisés no podía entrar en la tienda de reunión, porque la nube estaba sobre ella, y la gloria del Señor llenaba el tabernáculo. Y cuando la nube se elevó sobre el tabernáculo, los hijos de Israel siguieron adelante en todas sus jornadas. Pero si la nube no fue levantada, no partieron hasta el día en que fue levantada. Porque la nube de Jehová estaba sobre el tabernáculo de día, y fuego sobre él de noche, a la vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.” El tabernáculo fue construido para ser descuartizado y llevado con ellos en todos sus viajes.

El Señor dirigió a los israelitas en todos sus viajes por el desierto. Cuando era para el bien del pueblo, y la gloria de Dios, que armaran sus tiendas en un lugar determinado, y permanecieran allí, Dios les manifestó su voluntad por medio de la columna de nube que descansaba directamente sobre el tabernáculo. Y allí permaneció hasta que Dios los hizo viajar de nuevo. Entonces la nube de gloria se elevó muy por encima del tabernáculo, y luego viajaron de nuevo. En todos sus viajes observaron un orden perfecto. Cada tribu llevaba [11] un estandarte, con la señal de la casa de su padre sobre él, ya cada tribu se le ordenó acampar junto a su propio estandarte. Y cuando

viajaron, las diferentes tribus marcharon en orden, cada tribu bajo su propio estandarte. Cuando descansaron de sus caminos, se levantó el tabernáculo, y luego las diferentes tribus armaron sus tiendas en orden, en la posición que Dios les había mandado, alrededor del tabernáculo, a una distancia de él.

Cuando el pueblo viajaba, el arca del pacto era llevada delante de ellos. “Y la nube de Jehová estaba sobre ellos de día, cuando salían del campamento. Y aconteció que cuando el arca se puso en marcha, Moisés dijo: Levántate, Señor, y sean esparcidos tus enemigos, y huyan de delante de ti los que te aborrecen. Y cuando descansó, dijo: Vuélvete, oh Señor, a los muchos miles de Israel”.

* * * * *

Capítulo 23—Fuego extraño

“Y Nadab y Abiú, los hijos de Aarón, tomaron cada uno de ellos su incensario, y pusieron fuego en él, y pusieron incienso en él, y ofrecieron fuego extraño delante de Jehová, que él no les había mandado. Y salió fuego de parte de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová. Entonces Moisés dijo a Aarón: Esto es lo que habló el Señor, diciendo: Seré santificado en los que a mí se acercan, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.”

Los hijos de Aarón no tomaron del altar el fuego sagrado que el Señor mismo había encendido y que había mandado usar a los sacerdotes cuando ofrecieran incienso delante de él. Tomaron fuego común y lo pusieron en sus incensarios, y pusieron incienso sobre ellos. Esto [12] fue una transgresión del mandato expreso de Dios, y su juicio siguió rápidamente. Los hijos de Aarón, que oficiaban en las cosas santas, no habrían transgredido así si no se hubieran entregado libremente al uso del vino y estuvieran parcialmente intoxicados. Ellos gratificaban el apetito, lo que degradaba sus facultades y los descalificaba para su sagrado oficio. Sus intelectos estaban nublados, de modo que no comprendían la diferencia entre la santidad del fuego que Dios dejó caer del cielo, y se mantuvo ardiendo continuamente sobre el altar, y el fuego común, que él había dicho que debían hacer. No utilice. Si hubieran tenido el pleno y claro uso de sus facultades de razonamiento, habrían retrocedido con horror ante la presuntuosa transgresión de los mandamientos positivos de Dios. Habían sido especialmente favorecidos por Dios por ser del número de los ancianos que fueron testigos de la gloria de Dios en el monte. Comprendieron que se requería el más cuidadoso autoexamen y santificación de su parte antes de presentarse en el santuario, donde se manifestaba la presencia de Dios.

“Y Moisés dijo a Aarón, a Eleazar ya Itamar, sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos, para que no muráis, y no venga la ira sobre todo el pueblo; pero dejad a vuestros hermanos,

toda la casa de Israel, lamentad el fuego que Jehová ha encendido. Y no saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, para que no muráis; porque el aceite de la unción del Señor está sobre vosotros. E hicieron conforme a la palabra de Moisés”. Al padre de los muertos ya sus hermanos se les prohibió manifestar cualquier signo de dolor por los que habían sido justamente castigados por Dios. Cuando Moisés le recordó a Aarón las palabras del Señor, que sería santificado en los que se le acercaban, Aarón se quedó en silencio. Sabía que Dios era justo, y no murmuró. Su corazón estaba afligido por la terrible muerte de sus hijos, mientras estaban en su desobediencia. Sin embargo, de acuerdo con el mandato de Dios, él no expresó su tristeza, no fuera a correr el mismo destino de sus hijos, y la congregación también se infectara con el espíritu de no reconciliación, y la ira de Dios [13] cayera sobre ellos.

“Y habló Jehová a Aarón, diciendo: No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis. Será estatuto perpetuo por vuestras generaciones. y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio”.

Cuando los israelitas cometieron pecado, y Dios los castigó por su transgresión, y el pueblo se lamentó por el destino del castigado, en lugar de lamentarse porque Dios había sido deshonrado, los simpatizantes fueron considerados igualmente culpables como el transgresor.

El Señor nos enseña, en las instrucciones dadas a Aarón, la reconciliación con sus justos castigos, aunque su ira esté muy cerca. Él quiere que su pueblo reconozca la justicia de sus correcciones, para que otros teman. En estos últimos días, muchos corren el riesgo de engañarse a sí mismos y son incapaces de ver sus propios errores. Si Dios, por medio de sus siervos, reprende y reprende a los que yerran, hay quienes están dispuestos a simpatizar con los que merecen reprensión. Buscarán aligerar la carga que Dios obligó a sus siervos a imponerles. Estos simpatizantes piensan que están realizando un acto virtuoso al simpatizar con el culpable, cuyo proceder puede haber dañado gravemente la causa de Dios. Los tales son engañados. Sólo se están agrupando contra los siervos de Dios, que han hecho su voluntad, y contra Dios mismo, y son igualmente culpables con el transgresor. Hay muchas almas descarriadas que podrían haberse salvado si no hubieran sido engañadas al recibir falsa simpatía.

El caso de los hijos de Aarón se ha registrado para el beneficio del pueblo de Dios, y debería enseñar especialmente a aquellos que se están preparando para la segunda venida de Cristo, que la complacencia de un apetito depravado destruye los sentimientos refinados del alma, y así [14] afecta las facultades de razonamiento que Dios ha dado al hombre, que las cosas espirituales y santas pierden su sacralidad. La desobediencia parece agradable, en lugar de excesivamente pecaminosa. Satanás se regocija al ver a los hombres, formados a la imagen de su Hacedor, rendirse como esclavos de un apetito depravado, porque entonces puede controlar con éxito las facultades de la mente e inducir a los que son destemplados a actuar de manera que se envilezcan a sí mismos y deshonorar a Dios, al perder el alto sentido de sus sagradas exigencias. Fue la complacencia del apetito lo que hizo que los hijos de Aarón usaran fuego común en lugar del fuego sagrado para sus ofrendas.

Los hijos de Aarón que se apartaron de los mandamientos de Dios representan a los que transgreden el cuarto mandamiento de Jehová, que es muy claro: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; pero el séptimo día es sábado para el Señor tu Dios; ninguna obra harás en él”, etc. Casi todos los seguidores profesos de Cristo no guardan el día que Dios ha santificado y les exige que lo mantengan sagrado, que descansen en él porque él mismo ha descansado en él. Trabajan en el tiempo santo de Dios, y honran el primer día de la semana descansando en él, que es un día laborable común, un día en el que Dios no descansó, y al que no ha puesto ningún honor sagrado.

Una desviación del cuarto mandamiento ahora no será visitada inmediatamente con la muerte temporal. Sin embargo, Dios no considera la violación de sus mandamientos más a la ligera que la transgresión de los hijos de Aarón. La muerte es el castigo final de todos los que rechazan la luz y continúan en transgresión. Cuando Dios dice, santificad el séptimo día, no se refiere al sexto, ni al primero, sino al mismo día que ha especificado. Si los hombres sustituyen el día sagrado por un día común, y dicen que eso hará lo mismo, insultan al Hacedor de los cielos y de la tierra, quien hizo el sábado para conmemorar su descanso en el séptimo día, después de crear el mundo en seis días. Es un negocio peligroso en el servicio de Dios desviarse de sus instituciones. Los que tienen que ver con Dios, [15] que es infinito, que dirige explícitamente en cuanto a su propio culto, deben seguir el curso exacto que él ha prescrito, y no sentirse en

libertad de desviarse en lo más mínimo, porque creen que responderá igual de bien. Dios enseñará a todas sus criaturas que Él quiere decir exactamente lo que dice.

* * * * *

Capítulo 24—Las codornices

Dios siguió alimentando a la hueste hebrea con el pan llovido del cielo; pero no quedaron satisfechos. Sus apetitos depravados anhelaban la carne, que Dios en su sabiduría les había negado en gran medida. “Y la multitud mezclada que había entre ellos cayó en una lujuria; y los hijos de Israel también volvieron a llorar, y dijeron: ¿Quién nos dará a comer carne? Nos acordamos del pescado, que comíamos libremente en Egipto, los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y el ajo. Pero ahora nuestra alma está seca. No hay nada en absoluto además de este maná delante de nuestros ojos”. Se cansaron de la comida preparada para ellos por los ángeles y los enviaron desde el Cielo. Sabían que era justo el alimento que Dios deseaba que tuvieran, y que era saludable para ellos y sus hijos. A pesar de sus penalidades en el desierto, no había uno débil en todas sus tribus. Satanás, el autor de la enfermedad y la miseria, se acercará al pueblo de Dios donde pueda tener el mayor éxito. Él ha controlado el apetito en gran medida desde el momento de su exitoso experimento con Eva, al llevarla a comer el fruto prohibido. Llegó con sus tentaciones primero a la multitud mezclada, los creyentes egipcios, y los incitó a murmuraciones sediciosas. No estarían contentos con el alimento saludable que Dios les había provisto. Sus apetitos depravados anhelaban una mayor variedad, especialmente carnes.

[dieciséis]

Este murmullo pronto infectó a casi todo el cuerpo del pueblo. Al principio, Dios no satisfizo sus apetitos lujuriosos, sino que hizo que sus juicios cayesen sobre ellos y consumió a los más culpables con un rayo del cielo. Sin embargo, esto, en lugar de humillarlos, solo pareció aumentar sus murmuraciones. Cuando Moisés escuchó al pueblo llorar a la puerta de sus tiendas y quejarse entre sus familias, se disgustó. Presentó ante el Señor las dificultades de su situación, y el espíritu insumiso de los israelitas, y la posición en que Dios lo había puesto ante el pueblo, la de un padre lactante, que debía hacer suyos los sufrimientos del pueblo.

propio. Preguntó al Señor cómo podía soportar esta gran carga de presenciar continuamente la desobediencia de Israel y escuchar sus murmuraciones contra sus mandamientos y contra Dios mismo. Declaró ante el Señor que prefería morir antes que ver a Israel, por su perversidad, atrayendo juicios sobre sí mismos, mientras los enemigos de Dios se regocijaban en su destrucción. En su aflicción dijo: No soy capaz de llevar toda esta responsabilidad solo, porque es demasiado pesada para mí.

El Señor ordenó a Moisés que reuniera ante él a setenta de los ancianos, que él sabía que eran los ancianos del pueblo. No debían ser personas de edad avanzada, sino hombres de dignidad, buen juicio y experiencia, que estuvieran calificados para ser jueces u oficiales. “Y tráelos al tabernáculo de reunión, para que estén allí contigo. Y yo descenderé y hablaré contigo allí; y tomaré del espíritu que está sobre ti, y lo pondré sobre ellos, y llevarán contigo la carga del pueblo, que no la llevarás tú solo. Y di al pueblo: Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis llorado en los oídos del Señor, diciendo: ¿Quién nos dará a comer carne? porque nos fue bien en Egipto; por tanto, el Señor os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días; sino aun un mes entero, hasta que os salga por las narices, y os sea abominación ; porque habéis despreciado al Señor que está entre vosotros, y habéis llorado delante de él, diciendo: ¿Para qué salimos de Egipto?

Y dijo Moisés: El pueblo en medio del cual yo estoy, son seiscientos mil hombres de a pie; y tú dijiste: Les daré carne, y comerán un mes entero. ¿Se sacrificarán para ellos ovejas y vacas que les basten? ¿O se les juntarán todos los peces del mar para que les baste? Y el Señor dijo a Moisés: ¿Se ha acertado la mano del Señor? Ahora verás si se cumple mi palabra en ti o no”.

El mismo Moisés mostró una manifiesta desconfianza en el poder de Dios, por lo que el Señor lo reprendió. Por esta pregunta del Señor a Moisés, se le hizo comprender que nada era imposible para el gran Gobernante del universo. Reprendió a Moisés por su olvido de sus milagros. El que podía dividir el Mar Rojo, y unir las aguas para que fueran como un muro a ambos lados de Israel, como

pasaron por tierra seca, y podían lloverles pan del Cielo, y traerles agua de la roca de pedernal, podían proporcionar carne para abastecer al ejército de Israel.

“Y Moisés salió y contó al pueblo las palabras del Señor, y reunió a los setenta hombres de los ancianos del pueblo, y los puso alrededor del tabernáculo. Y el Señor descendió en una nube, y le habló, y tomó del espíritu que estaba sobre él, y se lo dio a los setenta ancianos; y aconteció que cuando el espíritu se posó sobre ellos, profetizaron, y no cesaron.”

Este don profético descansaba sobre los jueces y ancianos para establecer la confianza del pueblo en ellos, y para ser una señal de que Dios los había escogido para unir su autoridad con la de Moisés, y ayudarlo en la obra de sofocar las murmuraciones del pueblo durante su permanencia en el desierto, y así aliviar la tarea de Moisés.

“Y salió un viento del Señor, y trajo codornices [18] del mar, y las dejó caer junto al campamento, como un día de camino de un lado, y como un día de camino del otro lado. , alrededor del campamento, y como si tuviera dos codos de alto sobre la faz de la tierra. Y el pueblo estuvo de pie todo aquel día, y toda la noche, y todo el día siguiente, y recogieron las codornices. El que menos recogió, recogió diez homers, y ellos los esparcieron todos alrededor del campamento. Y estando aún la carne entre sus dientes, la ira del Señor se encendió contra el pueblo, y el Señor hirió al pueblo con una plaga muy grande”.

En este caso, el Señor le dio al pueblo lo que no era para su mejor bien, porque lo querían. No se someterían a recibir del Señor aquellas cosas que resultarían para su bien. Se entregaron a las murmuraciones sediciosas contra Moisés y contra el Señor, porque no recibieron las cosas que resultarían perjudiciales para ellos. Sus apetitos depravados los dominaron, y Dios les dio alimentos de carne, como ellos deseaban, y les permitió sufrir los resultados de satisfacer sus apetitos lujuriosos. Las fiebres ardientes acabaron con un gran número de personas. Los que habían sido más culpables en sus murmuraciones fueron asesinados tan pronto como probaron la carne que deseaban. Si se hubieran sometido a que el Señor seleccionara su comida para ellos, y hubieran estado agradecidos y satisfechos por la comida que podían comer libremente sin daño, no habrían perdido el favor de Dios, y entonces

sido castigados por sus murmuraciones rebeldes, por un gran número de ellos siendo asesinados.

[19]

Capítulo 25—Miriam

Después de que Moisés le dijo al Señor que él solo no podía llevar la carga del pueblo, y Dios le ordenó que eligiera a setenta de los ancianos, y les había puesto el mismo espíritu que había en Moisés, Aarón y Miriam estaban celosos. porque no habían sido consultados al respecto. No se habían sentido reconciliados con el acto de Moisés al recibir tan prontamente el consejo de Jetro, su suegro. Temían que él tuviera más influencia sobre Moisés que ellos . Y ahora, setenta ancianos habían sido elegidos sin que se les consultara, y como ellos mismos nunca habían sentido la responsabilidad y las cargas que Moisés había llevado por el pueblo, no vieron ninguna necesidad real de la ayuda de los setenta ancianos. “Y dijeron: ¿Acaso el Señor ha hablado solamente por medio de Moisés? ¿No ha hablado también por nosotros? Y el Señor lo oyó.”

Aarón y Miriam pensaron que como habían sido escogidos para ayudar a Moisés en la obra, llevaban la carga de la obra al igual que Moisés. Y como el Señor había hablado por ellos, así como por Moisés, ¿por qué se quejaría de cargas tan pesadas como para necesitar setenta de los jueces y ancianos designados para el trabajo de ayudarlo? Moisés sintió su debilidad. Sintió el gran trabajo que se le había encomendado, como ningún otro hombre lo había sentido jamás. Aarón había mostrado su debilidad al ceder ante el pueblo y hacer un becerro de fundición en ausencia de Moisés. Dios siempre había sido el consejero de Moisés.

Cuando Miriam se puso celosa de Moisés, se dispuso a criticar los acontecimientos de su vida que Dios había anulado especialmente. Ella se quejó de Moisés porque se casó con una mujer etíope, en lugar de tomar una mujer de entre los hebreos. La esposa de Moisés no era negra, pero su tez era algo más oscura que los [20] hebreos. Ella era de una disposición tímida, de corazón tierno, y estaba muy afectada de presenciar el sufrimiento. Esta fue la razón por la que Moisés consintió en que ella regresara a Madián, mientras él estaba en Egipto, para que ella no presenciara las terribles plagas que el Señor iba a traer sobre Egipto. Después de encontrarse con su marido en el desierto,

ella vio que sus cargas y ansiedades podían desgastar su fuerza, y en su angustia le informó a su padre sobre el asunto. Jetro había señalado que el cuidado de todo el pueblo estaba sobre Moisés, y por lo tanto le aconsejó que velara por los intereses religiosos de la hueste hebrea, mientras que hombres dignos, libres de codicia, debían ser seleccionados para velar por los intereses seculares del pueblo . .

Después de que Miriam se puso celosa, se imaginó que Aarón y ella misma habían sido desatendidos, y que la esposa de Moisés era la causa, que ella había influido en la mente de su esposo, que él no quería consultarlos en asuntos importantes tanto como antes.

El Señor escuchó las palabras de murmuración contra Moisés, y se disgustó, porque Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra. “Y Jehová dijo de repente a Moisés, a Aarón ya Miriam: Salid los tres al tabernáculo de reunión. Y salieron los tres. Y el Señor descendió en la columna de la nube, y se paró a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a Miriam, y ambos salieron. Y él dijo: Oye ahora mis palabras. Si hubiere entre vosotros un profeta , yo, el Señor, me manifestaré a él en visión, y le hablaré en sueños. No es así mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Con él hablaré boca a boca, aun en apariencia, y no en oscuros discursos; y él contemplará la semejanza del Señor. ¿Por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés? Y la ira del Señor se encendió contra ellos, y se fue. Y la nube se apartó del tabernáculo, y he aquí Miriam quedó leprosa, blanca como la nieve, y Aarón miró a Miriam, y he aquí que estaba leprosa. Y Aarón [21] dijo a Moisés: ¡Ay, mi señor, te ruego que no cargues sobre nosotros el pecado en el que hemos hecho locuras y en el que hemos pecado!

Que no sea como una muerta. Y Moisés clamó al Señor, diciendo: Sáname ahora, oh Dios, te lo ruego”. “Y Miriam estuvo fuera del campamento siete días; y el pueblo no partió hasta que Miriam fue traída de nuevo.”

La nube fue quitada del tabernáculo porque la ira de Dios descansó sobre Miriam, y no volvió hasta que la sacaron del campamento. Dios había elegido a Moisés, y había puesto su Espíritu sobre él, y por las quejas de Miriam contra el siervo escogido de Dios, ella no solo se comportó irreverentemente con Moisés, sino con Dios mismo,

que lo había elegido. Aarón se sintió atraído por el espíritu celoso de su hermana Miriam. Podría haber evitado el mal si no se hubiera compadecido de ella y le hubiera presentado la pecaminosidad de su conducta. Pero en lugar de esto, escuchó sus palabras de queja. Las murmuraciones de Miriam y Aarón quedan registradas como reprensión para todos los que ceden a los celos y se quejan de aquellos sobre quienes Dios pone la carga de su obra.

* * * * *

Capítulo 26—Caleb y Josué

El Señor ordenó a Moisés que enviara hombres para reconocer la tierra de Canaán, la cual daría a los hijos de Israel. Un gobernante de cada tribu debía ser seleccionado para este propósito. Ellos fueron, y después de cuarenta días regresaron de su búsqueda, y se presentaron ante Moisés y Aarón, y toda la congregación de Israel, y les mostraron el fruto de la tierra. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra, y exhibieron el rico fruto que habían traído como prueba. Un racimo de las [22] uvas era tan grande que dos hombres lo llevaban entre ellos en un bastón. También trajeron higos y granadas, que crecían allí en abundancia. Después de haber hablado de la fertilidad de la tierra, todos menos dos hablaron muy desalentadores de que podrían poseerla. Dijeron que era muy fuerte el pueblo que moraba en la tierra, y que las ciudades estaban rodeadas de grandes y altos muros, y más que todo esto, vieron allí a los hijos del gigante Anac. Luego describieron cómo la gente estaba situada alrededor de Canaán y la imposibilidad de que alguna vez pudieran poseerla.

Mientras el pueblo escuchaba este informe, desahogaba su desilusión con amargos reproches y lamentos. No esperaron, reflexionaron y razonaron que Dios, que los había sacado hasta aquí, ciertamente les daría la tierra. Pero cedieron al desánimo de inmediato. Limitaron el poder del Santo y no confiaron en Dios, que hasta entonces los había guiado. Reprendieron a Moisés, y murmuraban entre sí: Este es, pues, el fin de todas nuestras esperanzas. Esta es la tierra que hemos estado viajando desde Egipto para obtener. Caleb y Josué buscaron obtener una audiencia. Pero la gente estaba tan emocionada que no podían obligarse a sí mismos a escuchar a estos dos hombres. Después de que se calmaron un poco, Caleb se aventuró a hablar. Dijo al pueblo: Subamos de inmediato y poseyámosla, porque bien podemos vencerla. Pero los hombres que subieron con él dijeron: “No podemos subir contra el pueblo, porque es más fuerte que nosotros”. Y continuaron repitiendo su mal informe, y declararon que todos los

“Y allí vimos a los gigantes, los hijos de Anak, que vienen de los gigantes. Y éramos a nuestra vista como saltamontes, y así éramos a la vista de ellos. Y toda la congregación alzó su voz y clamó, y el pueblo lloró aquella noche. Y todos los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y contra Aarón. Y toda la congregación [23] les dijo: ¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá hubiésemos muerto en este desierto!

¿Y por qué nos ha traído el Señor a esta tierra, para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros hijos sean presa? ¿No sería mejor para nosotros regresar a Egipto? Y se decían el uno al otro: Hagamos un capitán, y volvámonos a Egipto. Entonces Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros delante de toda la asamblea de la congregación de los hijos de Israel”.

Los israelitas no sólo dieron rienda suelta a sus quejas contra Moisés, sino que acusaron al mismo Dios de tratarlos con engaño, prometiéndoles una tierra que no podían poseer. Su espíritu rebelde aquí se elevó tan alto que, olvidándose del fuerte brazo de la Omnipotencia, que los había sacado de la tierra de Egipto, y hasta ahora los había conducido por una serie de milagros, resolvieron elegir un comandante para llevarlos de regreso. a Egipto, donde habían sido esclavos y habían sufrido tantas penalidades. De hecho , los nombraron capitán, descartando así a Moisés, su líder paciente y sufriente, y murmuraron amargamente contra Dios.

Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros ante el Señor en presencia de toda la asamblea de la congregación, para implorar la misericordia de Dios a favor de un pueblo rebelde. Pero su angustia y dolor era demasiado grande para expresarlo. Permanecieron sobre sus rostros en completo silencio. Caleb y Josué se rasgaron la ropa, como expresión del mayor dolor. “Y hablaron a toda la compañía de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si el Señor se complace en nosotros, nos traerá a esta tierra y nos la entregará; una tierra que mana leche y miel. Solamente que no os rebeléis contra el Señor, ni temáis al pueblo de la tierra; porque son pan para nosotros. Su defensa se ha apartado de ellos, y el Señor está con nosotros. No les temas.

[24] “Su defensa se ha apartado de ellos”. Es decir, los cananeos habían colmado la medida de su iniquidad, y la protección divina les fue retirada, y se sintieron perfectamente seguros y estaban

preparados para la batalla, y por el pacto de Dios la tierra nos está asegurada. En lugar de que estas palabras tuvieran el efecto previsto sobre el pueblo, aumentaron su rebelión determinada. Se enfurecieron y clamaron con gran clamor y furor que Caleb y Josué fueran apedreados, lo cual habría sido hecho si el Señor no se hubiera interpuesto, con una muestra muy notable de su terrible gloria en el tabernáculo de reunión . , delante de todos los hijos de Israel.

Moisés entró en el tabernáculo para conversar con Dios. “Y el Señor dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me irritará este pueblo? y ¿cuánto tiempo pasará antes de que me crean, por todas las señales que he hecho entre ellos? Los heriré con pestilencia y los desheredaré, y a ti te haré una nación más grande y más fuerte que ellos. Y Moisés dijo al Señor: Entonces los egipcios lo oirán, porque tú sacaste a este pueblo con tu poder de en medio de ellos; y lo dirán a los moradores de esta tierra, porque han oído que tú, Señor, estás entre este pueblo, que tú, Señor, eres visto cara a cara, y que tu nube está sobre ellos, y que tú vas delante ellos, de día en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego. Ahora bien, si mataras a todo este pueblo como a un solo hombre, entonces las naciones que han oído tu fama hablarán, diciendo: Por cuanto el Señor no pudo llevar a este pueblo a la tierra que les había jurado, por eso ha matarlos en el desierto.”

Moisés nuevamente se niega a que Israel sea destruido, y él mismo se hizo una nación más poderosa que Israel. Este siervo favorito de Dios manifiesta su amor por Israel y muestra su celo por la gloria de su Hacedor y el honor de su pueblo. Como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta ahora, hasta ahora has sido paciente y misericordioso con este pueblo ingrato, por indigno que sea, tu misericordia es la misma. Él ruega: [25] ¿No les perdonarás esta vez y añadirás este ejemplo más de paciencia divina a los muchos que ya has dado?

“Y el Señor dijo: He perdonado según tu palabra. Pero tan verdaderamente como yo vivo, toda la tierra será llena de la gloria del Señor. Porque todos aquellos hombres que han visto mi gloria y mis milagros que hice en Egipto y en el desierto, y me han tentado ahora estas diez veces, y no han escuchado mi voz, ciertamente no verán la tierra que yo jurado a sus padres, ni

¿Lo verá alguno de los que me provocaron? Pero a mi siervo Caleb, por cuanto tenía otro espíritu en él, y me siguió cabalmente, yo lo llevaré a la tierra adonde fue, y su simiente la poseerá”.

El Señor ordenó a los hebreos que regresaran y fueran al desierto por el camino del Mar Rojo. Estaban muy cerca de la buena tierra, pero por su inicua rebelión perdieron la protección de Dios. Si hubieran recibido el informe de Caleb y Josué y hubieran subido inmediatamente, Dios les habría dado la tierra de Canaán. Pero ellos eran incrédulos, y mostraron un espíritu tan insolente contra Dios, que trajeron sobre sí mismos la denuncia, de que nunca entrarían en la tierra prometida. Fue en piedad y misericordia que Dios los envió de vuelta por el Mar Rojo, porque los amalecitas y los cananeos, mientras se demoraban y murmuraban, oyeron de los espías y se prepararon para hacer la guerra contra los hijos de Israel.

“Y habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo. ¿Hasta cuándo tendré que soportar a esta malvada congregación que murmura contra mí? He oído las murmuraciones de los hijos de Israel, que murmuran contra mí. El Señor les dijo a Moisés y a Aarón que dijeran al pueblo que Él haría con ellos como habían dicho. Ellos habían dicho: “¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! O ojalá hubiésemos muerto en este desierto.” Ahora Dios les tomará la palabra. Él les dice a sus siervos que les digan que deben caer en [26] el desierto, de veinte años arriba, a causa de su rebelión y murmuraciones contra el Señor. Solo Caleb y Josué debían ir a la tierra de Canaán. “Mas vuestros pequeños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los traeré, y conocerán la tierra que vosotros despreciasteis.”

El Señor declaró que los hijos de los hebreos deberían estar en el desierto cuarenta años, contados desde que salieron de Egipto, a causa de la rebelión de sus padres, hasta que todos sus padres murieran. Así deben llevar y sufrir las consecuencias de su iniquidad cuarenta años, conforme al número de días que estuvieron reconociendo la tierra, un día por un año. “Y conoceréis el incumplimiento de mi promesa”. Debían darse cuenta plenamente de que era el castigo por su idolatría y sus murmuraciones rebeldes lo que había obligado al Señor a cambiar su propósito con respecto a ellos. Caleb y J

prometió una recompensa en preferencia a todo el ejército de Israel, porque habían perdido todo derecho al favor y la protección de Dios.

El Señor envió fuego de su presencia y consumió a los hombres que habían traído el mal informe, el cual hizo que toda la congregación murmurara contra Moisés y contra el Señor. Pero Caleb y Josué vivieron ante el Señor, y ante el pueblo, lo que les evidenció que su informe era correcto.

Cuando el pueblo supo de Moisés el propósito de Dios con respecto a ellos, se entristeció mucho. Temprano a la mañana siguiente se reunieron ante Moisés, todos equipados para la guerra, y dijeron: “Estaremos aquí e iremos al lugar que el Señor ha prometido, porque hemos pecado”. El Señor había dicho que no debían poseer la tierra, sino que debían morir en el desierto, y si subían a la batalla no prosperarían. Moisés dijo: “No subáis, porque el Señor no está entre vosotros; que no seáis heridos delante de vuestros enemigos; porque los amalecitas y los cananeos están allí delante de vosotros, y caeréis a espada; porque os habéis apartado del Señor, por tanto [27] el Señor no estará con vosotros.” Pero se atrevieron a salir contra sus enemigos, sin su líder designado, y sin el arca del pacto del Señor, y fueron recibidos por sus enemigos, y heridos, y arrojados delante de ellos. Aquí los israelitas se arrepintieron demasiado tarde, y cuando Dios les dijo que no subieran a poseer la tierra, estaban tan adelantados como antes.

A pesar de las recientes murmuraciones de los israelitas y la declaración de Dios de que debían morir en el desierto, no caminaron con cuidado y humildad ante él.

El Señor había hecho del caso de Miriam un ejemplo especial de advertencia para los israelitas. Habían visto exhibida sobre ella la ira de Dios a causa de sus celos y quejas contra su siervo escogido Moisés. Entonces el Señor les dijo que Moisés era más grande que un profeta, y que se había revelado a Moisés de una manera más directa que a un profeta. Dijo el Señor: “Con él hablaré boca a boca”. Luego les pregunta: “¿Por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés?” Y Miriam quedó leprosa. Las instrucciones dadas en este caso a Aarón y Miriam no estaban destinadas únicamente para su beneficio, sino para el bien de toda la congregación de Israel.

* * * * *

Capítulo 27: Coré, Datán y Abiram

El Señor sabía que Coré era rebelde de corazón, y secretamente obraba en la congregación de Israel contra Moisés, aunque su rebelión aún no se había desarrollado. El Señor hizo un ejemplo de Miriam como una advertencia para todos los que pudieran verse tentados a rebelarse contra Moisés. Coré no estaba satisfecho con su posición. Estaba relacionado con el servicio del tabernáculo, pero deseaba ser [28] exaltado al sacerdocio. Dios había establecido a Moisés como gobernador en jefe, y el sacerdocio fue dado a Aarón y sus hijos. Coré decidió obligar a Moisés a cambiar el orden de las cosas, por lo que debería ser elevado a la dignidad del sacerdocio. Para estar más seguro de lograr su propósito, involucró a Datán y Abiram, los descendientes de Rubén, en su rebelión.

Razonaron que, siendo descendientes de los hijos mayores de Jacob, la principal autoridad que Moisés usurpó les pertenecía, y, con Coré, estaban resueltos a obtener el oficio del sacerdocio. Estos tres se volvieron muy celosos en una mala obra. Influyeron en doscientos cincuenta hombres de renombre para que se unieran a ellos, quienes también estaban decididos a tener una participación en el sacerdocio y el gobierno. Dios había honrado a los levitas para que sirvieran en el tabernáculo, porque no tomaron parte en hacer ni adorar el becerro de oro, y por su fidelidad en ejecutar la orden de Dios sobre los ídólatras.

A los levitas se les asignó el oficio de erigir el tabernáculo y acampar alrededor de él, mientras que las huestes de Israel plantaron sus tiendas a cierta distancia del tabernáculo. Y cuando partieron, los levitas desarmaron el tabernáculo y lo llevaron, y el arca, el candelabro y los demás utensilios sagrados. Debido a que Dios honró así a los levitas, se hicieron ambiciosos para un cargo aún más alto, a fin de que pudieran obtener una mayor influencia entre la congregación. “Y se juntaron contra Moisés y contra Aarón, y les dijeron: Os tomáis demasiado, ya que toda la congregación es santa, cada uno de ellos, y el Señor está entre ellos.

a ellos; ¿Por qué, pues, os alzáis por encima de la congregación del Señor?

Coré, Datán y Abiram, y doscientos cincuenta príncipes que se habían unido a ellos, primero se volvieron celosos, luego envidiosos y luego rebeldes. Habían hablado del puesto de Moisés como gobernante del pueblo, hasta que se imaginaron que era un puesto muy envidiable, que cualquiera de ellos podía ocupar tan bien como Moisés. Y se entregaron al descontento, hasta que realmente se engañaron a sí mismos y unos a otros, al pensar que Moisés y Aarón se habían puesto en el lugar que ocupaban para Israel. Dijeron que Moisés y Aarón se exaltaron por encima de la congregación del Señor, al tomar sobre sí el sacerdocio y el gobierno, y que este oficio no debería ser conferido solo a su casa. Dijeron que les bastaba estar al mismo nivel que sus hermanos; porque no eran más santos que el pueblo, quienes eran igualmente favorecidos con la presencia y protección p

Mientras Moisés escuchaba las palabras de Coré, se llenó de angustia y cayó sobre su rostro delante del pueblo. “Y habló a Coré y a toda su compañía, diciendo: Mañana mismo el Señor mostrará quiénes son suyos y quiénes son santos, y hará que se acerque a él, aun a quien él ha escogido, él hará que se acerque a él. cerca de él. Haced esto: tomad incensarios, Coré y toda su compañía, y poned fuego en ellos, y poned en ellos incienso delante de Jehová mañana; y será que el varón a quien el Señor escogiere, será santo. Os tomáis demasiado, hijos de Leví. Y Moisés dijo a Coré: Oíd, os ruego, hijos de Leví.

Os parece poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, para acercaros a él para hacer el servicio del tabernáculo de Jehová, y para estar delante de la congregación para ministrarles. ? Y te hizo acercar a ti, y a todos tus hermanos los hijos de Leví contigo.

¿Y buscáis también el sacerdocio? Por lo cual tú y toda tu compañía os congregáis contra el Señor. ¿Y qué es Aarón, que murmuráis contra él? Moisés les dijo que Aarón no había asumido ningún cargo por sí mismo; que Dios lo había puesto en el oficio sagrado.

Datán y Abiram dijeron: ¿Es poco que nos hayas sacado [30] de una tierra que fluye leche y miel, para matar

nosotros en el desierto, si no te pones por completo príncipe sobre nosotros? Además, no nos has metido en una tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de campos y viñas.

¿Le sacarás los ojos a estos hombres? No subiremos.

Acusaron a Moisés de ser la causa de que no entraran a la tierra prometida. Decían que Dios no los había tratado así. No había dicho que debían morir en el desierto. Nunca creerían que él había dicho así; pero que fue Moisés quien dijo esto, no el Señor; y que todo fue arreglado por Moisés para nunca traerlos a la tierra de Canaán. Hablaron de él guiándolos desde una tierra que fluía leche y miel. Olvidaron en su rebelión ciega sus sufrimientos en la tierra de Egipto, y las plagas desoladoras traídas sobre esa tierra. Pero ahora acusan a Moisés de haberlos sacado de una buena tierra, para matarlos en el desierto a fin de enriquecerse con sus posesiones. Le preguntaron a Moisés, de manera insolente, si pensaba que ninguno de los ejércitos de Israel era lo suficientemente sabio como para comprender sus motivos y descubrir su impostura. O si pensaba que todos se someterían a que él los guiara como ciegos a su antojo, a veces hacia Canaán, luego de regreso hacia el Mar Rojo y Egipto. Estas palabras las pronunciaron ante la congregación, y se negaron rotundamente a reconocer más la autoridad de Moisés y Aarón.

Moisés se conmovió mucho ante estas injustas acusaciones. Apeló a Dios ante el pueblo si alguna vez había actuado arbitrariamente, y le imploró que fuera su juez. La gente en general se sintió afectada e influenciada por la tergiversación de Coré. “Y Moisés dijo a Coré: Estad tú y toda tu compañía delante del Señor, tú y ellos, y Aarón, mañana. Y tomad cada uno su incensario, y poned en ellos incienso, y llevad cada uno delante de Jehová su incensario, doscientos cincuenta incensarios, vosotros también y Aarón, cada uno con su incensario. Y tomaron cada uno su incensario, y pusieron [31] fuego en ellos, y pusieron incienso sobre ellos, y se pararon a la puerta del tabernáculo de reunión con Moisés y Aarón.”

Coré y su compañía que aspiraban al sacerdocio en su confianza en sí mismos, incluso tomaron los incensarios y se pararon a la puerta del tabernáculo con Moisés. Coré había acariciado su envidia y rebelión hasta que se engañó a sí mismo, y realmente pensó que la congregación era un pueblo muy justo, y que Moisés era un tirano.

gobernante, insistiendo continuamente en la necesidad de que la congregación sea santa, cuando no había necesidad de ello, porque ellos eran santos.

Estos rebeldes habían halagado al pueblo en general haciéndoles creer que tenían razón, y que todos sus problemas provenían de Moisés, su gobernante, quien continuamente les recordaba sus pecados. El pueblo pensó que si Coré podía guiarlos, alentarlos y reflexionar sobre sus actos justos, en lugar de recordarles sus fracasos, tendrían un viaje muy pacífico y próspero, y sin duda Él los guiaría, no de ida y vuelta. en el desierto, sino en la tierra prometida. Dijeron que fue Moisés quien les había dicho que no podían entrar en la tierra, y que el Señor no había dicho eso. Coré, en su exaltada confianza en sí mismo, reunió a toda la congregación contra Moisés y Aarón, “a la puerta del tabernáculo de reunión. Y la gloria del Señor se apareció a toda la congregación. Y habló Jehová a Moisés ya Aarón, diciendo: Apartaos de esta congregación, para que los consuma en un momento. Y se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Oh Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿pecará un hombre, y te enojarás tú con toda la congregación? Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a la congregación, diciendo: Apartaos del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram.

Y Moisés se levantó y fue a Datán y Abiram, y los ancianos de Israel lo siguieron. Y habló a la congregación, [32] diciendo: Apartaos, os ruego, de las tiendas de estos hombres malvados, y no toquéis nada de ellos, para que no seáis consumidos en todos sus pecados. Y se levantaron del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram, por todos lados, y salieron Datán y Abiram, y se pararon a la puerta de sus tiendas, y sus mujeres, y sus hijos, y sus niños pequeños.

Y Moisés dijo: En esto conoceréis que el Señor me ha enviado a hacer todas estas obras; porque no las he hecho de mi propia mente.

Si estos hombres mueren como la muerte común de todos los hombres, o si son visitados después de la visitación de todos los hombres, entonces el Señor no me ha enviado. Pero si el Señor hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca, y los tragara con todo lo que les pertenece, y descendieren rápido a la fosa, entonces sabréis que estos hombres han provocado al Señor.” Cuando Moisés cesó de hablar, la tierra se abrió y se los tragó a ellos, a sus tiendas y a todo lo que pertene

a ellos. Descendieron vivos a la fosa, y la tierra los cubrió , y perecieron de en medio de la congregación.

Al oír los hijos de Israel el clamor de los que perecían, huyeron a gran distancia de ellos. Sabían que en parte eran culpables, porque habían recibido las acusaciones contra Moisés y Aarón, y temían que también perecerían con ellos. El juicio de Dios aún no había terminado. Un fuego salió de la nube de gloria y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían incienso. Eran príncipes; esto es, hombres generalmente de buen juicio, y de influencia en la congregación, hombres de renombre. Eran muy estimados y su juicio a menudo se había buscado en asuntos difíciles. Pero fueron afectados por una mala influencia y se volvieron envidiosos, celosos y rebeldes.

No perecieron con Coré, Datán y Abiram, porque no fueron los primeros en rebelarse. Debían ver su final primero, y tener la oportunidad de arrepentirse de su crimen. Pero no se reconciliaron con la destrucción de aquellos hombres malvados, y la ira de Dios vino sobre ellos y los destruyó también a ellos.

“Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a Eleazar, [33] hijo del sacerdote Aarón, que tome los incensarios de encima del fuego, y esparza el fuego allá, porque son santos. Los incensarios de estos pecadores contra sus propias almas, que se hagan platos anchos para cubrir el altar; porque los ofrecieron delante del Señor, por lo tanto, son santificados; y serán por señal a los hijos de Israel.” Después de esta exhibición del juicio de Dios, el pueblo volvió a sus tiendas, pero no humillado. Estaban aterrorizados. Habían sido profundamente influenciados por el espíritu de rebelión, y Coré y su compañía los habían halagado para que creyeran que eran un pueblo muy bueno y que Moisés los había agraviado y abusado . Tenían la mente tan profundamente imbuida del espíritu de los que habían perecido que era difícil liberarse de su ciego prejuicio. Si admitieran que Coré y su compañía eran todos inicuos y que Moisés era justo, entonces se verían obligados a recibir como palabra de Dios lo que no estaban dispuestos a creer, que ciertamente todos morirían en el desierto. Ellos no estaban dispuestos a someterse a esto y trataron de creer que todo era una impostura y que Moisés los había engañado. Los hombres que habían perecido les habían hablado palabras agradables y manifi-

interés y amor por ellos, y pensaron que Moisés era un hombre de diseño. Decidieron que no podían estar equivocados; que después de todo, aquellos hombres que habían perecido eran buenos hombres, y Moisés de alguna manera había sido la causa de su destrucción.

Satanás puede llevar a las almas engañadas a grandes distancias. Él puede pervertir su juicio, su vista y su oído. Así fue en el caso de los israelitas. “Pero al día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y contra Aarón, diciendo: Vosotros habéis matado al pueblo de Jehová.” El pueblo estaba desilusionado por el resultado del asunto a favor de Moisés y Aarón. La aparición de Coré y su compañía, todos impíamente ejerciendo el oficio de sacerdotes [34] con sus incensarios, llenó de admiración al pueblo.

No vieron que estos hombres ofrecían una atrevida afrenta a la divina Majestad. Cuando fueron destruidos, la gente estaba aterrorizada; pero después de un corto tiempo todos vinieron en forma tumultuosa a Moisés y Aarón, y los acusaron con la sangre de aquellos hombres que habían perecido por la mano de Dios.

“Y aconteció que cuando la congregación se reunió contra Moisés y contra Aarón, miraron hacia el tabernáculo de reunión, y he aquí, la nube lo cubrió, y apareció la gloria del Señor. Y vinieron Moisés y Aarón delante del tabernáculo de reunión. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, para que yo los consuma en un momento. y se postraron sobre sus rostros”. A pesar de la rebelión de Israel y su cruel conducta hacia Moisés, él manifestó por ellos el mismo interés que antes. Cayó sobre su rostro ante el Señor, y le imploró que perdonara al pueblo. Mientras Moisés oraba ante el Señor para que perdonara el pecado de su pueblo, le pidió a Aarón que hiciera expiación por el pecado de ellos, mientras él permanecía ante el Señor, para que sus oraciones subieran con el incienso y fueran agradables a Dios, para que todos los congregación no perezca en su rebelión. “Y Moisés dijo a Aarón: Toma un incensario, y pon en él fuego del altar, y pon incienso, y ve pronto a la congregación, y haz expiación por ellos; porque la ira ha salido del Señor. La peste ha comenzado.

Y Aarón tomó como Moisés le mandó, y corrió en medio de la congregación; y he aquí, la mortandad había comenzado entre el pueblo. Y puso incienso e hizo expiación por el pueblo. Y

se puso de pie entre los muertos y los vivos; y la plaga se detuvo. Y los que murieron en la plaga fueron catorce mil setecientos, sin los que murieron por el asunto de Coré. Y volvió Aarón a Moisés a la puerta del tabernáculo de congregación, y la plaga cesó.”

[35]

Capítulo 28—La vara de Aarón

Dios misericordiosamente condescendió en dar a la hueste de Israel otra evidencia, una calculada para corregir su juicio pervertido. Por lo tanto, requirió que cada tribu tomara una vara y escribiera en la vara el nombre de la casa de sus padres. “Y escribirás el nombre de Aarón sobre la vara de Leví; porque una vara será para el jefe de la casa de sus padres. Y los pondrás en el tabernáculo de reunión delante del testimonio, donde me encontraré contigo. Y acontecerá que la vara del hombre que yo escogiere florecerá. Y haré cesar de mí las murmuraciones de los hijos de Israel, con que murmuran contra vosotros. Y Moisés puso las varas delante de Jehová en el tabernáculo del testimonio. Y aconteció que al día siguiente Moisés entró en el tabernáculo del testimonio, y he aquí, la vara de Aarón para la casa de Leví había reverdecido, y echó renuevos, echó flores, y dio almendras. Y Moisés sacó todas las varas de delante de Jehová a todos los hijos de Israel, y ellos miraron, y tomó cada uno su vara. Y el Señor dijo a Moisés: Vuelve a traer la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde como señal contra los rebeldes. Y quitarás por completo de mí sus murmuraciones, para que no mueran.” Dios obró aquí un milagro que fue suficiente para silenciar las quejas de los israelitas, y que iba a ser un testimonio permanente sobre a quién Dios había asignado el sacerdocio. Todos los cambios notables en la vara ocurrieron en una noche, para convencerlos de que Dios había distinguido positivamente entre Aarón y el resto de los hijos de Israel. Después de este milagro del poder divino, la autoridad del sacerdocio ya no fue cuestionada. Esta vara maravillosa se conservó para mostrarla con frecuencia a la gente [36] para recordarles el pasado, para evitar que murmuraran y cuestionaran nuevamente a quién pertenecía el sacerdocio. Después que los hijos de Israel estuvieron completamente convencidos de su mal, al acusar injustamente a Moisés y Aarón, como lo habían hecho, vieron su rebelión pasada en su verdadera luz, y estaban aterrorizados. Ellos

habló a Moisés, diciendo: He aquí, morimos, perecemos; todos perecemos.” Al final, se ven obligados a creer la verdad desagradable de que su destino es morir en el desierto. Después de que creyeron que en verdad era el Señor quien había dicho que no debían entrar en la tierra prometida, sino que debían morir, reconocieron que Moisés y Aarón tenían razón y que habían pecado contra el Señor al rebelarse contra su autoridad. También confesaron que Coré y los que perecieron con él eran pecadores contra el Señor, y que con justicia habían sufrido su ira.

Los hechos relativos a Coré y su compañía, que se rebelaron contra Moisés y Aarón, y contra Jehová, se registran como advertencia para el pueblo de Dios, especialmente para los que viven sobre la tierra cerca del fin del tiempo. Satanás ha inducido a las personas a imitar el ejemplo de Coré, Datán y Abiram, al levantar la insurrección entre el pueblo de Dios. Aquellos que se permiten levantarse en oposición al claro testimonio, se engañan a sí mismos y realmente han pensado que aquellos sobre quienes Dios puso la carga de su obra eran exaltados sobre el pueblo de Dios, y que sus consejos y reprensiones eran innecesarios. . Se han levantado en oposición al claro testimonio que Dios quiere que den al reprender los errores cometidos entre el pueblo de Dios. Los testimonios dados contra las indulgencias dañinas, como el té, el café, el rapé y el tabaco, han irritado a cierta clase, porque destruiría a sus ídolos. Muchos por un tiempo estuvieron indecisos si hacer un sacrificio completo de todas estas cosas dañinas, o rechazar los claros testimonios presentados, y ceder a los clamores del apetito. Ocupaban una posición inestable. Había un conflicto entre sus convicciones de la verdad y sus autoindulgencias. Su estado de indecisión los hizo débiles, y con muchos prevaleció el apetito. Su [37] sentido de las cosas sagradas fue pervertido por el uso de estos venenos lentos ; y finalmente decidieron por completo que, cualquiera que fuera la consecuencia, no se negarían a sí mismos. Esta terrible decisión levantó de inmediato un muro de separación entre ellos y los que se estaban limpiando , como Dios había mandado, de toda contaminación de la carne y del espíritu, y estaban perfeccionando la santidad en el temor del Señor. Los testimonios directos dados estaban en su camino y les causaron gran inquietud, y encontraron alivio al luchar contra ellos y esforzarse por hacer que ellos mismos y los demás creyeran que eran falsos. Dijeron que la gente estaba bien, pero fue la reprimenda

testimonios que hicieron el problema. Y cuando los rebeldes despliegan su estandarte, todos los descontentos se juntan alrededor del estandarte, y todos los deficientes espirituales, los cojos, los cojos y los ciegos, unen su influencia para esparcir y sembrar discordia.

Todo avance de los siervos de Dios a la cabeza de la obra ha sido observado con sospecha por aquellos que han tenido un espíritu de insurrección, y todas sus acciones han sido tergiversadas por la crítica, hasta que las almas honestas han caído en la trampa de falta de conocimiento correcto. Los que los desvían están tan afectados por prejuicios ciegos y por rechazar los testimonios que Dios les ha enviado, que no pueden ver ni oír bien. Es tan difícil desengañar a algunos de estos, que se han dejado llevar a la rebelión, como lo fue convencer a los israelitas rebeldes de que estaban equivocados, y que Moisés y Aarón tenían razón. Aun después de que Dios, de una manera milagrosa, hizo que la tierra se tragara a Coré, Datán y Abiram, los líderes de la rebelión, el pueblo aún creía que Moisés y Aarón estaban equivocados y que habían matado al pueblo de la Caballero. Los hebreos no se curaron de su rebelión hasta que fueron muertos catorce mil setecientos del pueblo [38] que se habían unido a los rebeldes. Y luego, después de todo esto, Dios en su misericordia condescendió a realizar un milagro notable sobre la vara de Aarón, para establecer sus mentes para siempre con respecto al sacerdocio.

* * * * *

Capítulo 29—Moisés pecó

Nuevamente la congregación de Israel fue llevada al desierto, al mismo lugar donde Dios los probó poco después de salir de Egipto. El Señor les sacó agua de la peña, que había seguido fluyendo hasta justo antes de que volvieran a la peña, cuando el Señor hizo que cesara esa corriente viva, para probar de nuevo a su pueblo para ver si soportaría la prueba de su fe, o de nuevo murmurar contra él. Cuando los hebreos tenían sed y no podían encontrar agua, se impacientaban y no recordaban el poder de Dios que, casi cuarenta años antes, les había sacado agua de la roca. En lugar de confiar en Dios, se quejaron de Moisés y Aarón, y les dijeron: “Ojalá hubiéramos muerto cuando nuestros hermanos murieron delante del Señor”. Es decir, desearon haber sido de ese número que había sido destruido por la plaga en la rebelión de Coré, Datán y Abiram.

Ellos preguntaron enojados: “¿Por qué habéis hecho subir a la congregación del Señor a este desierto, para que nosotros y nuestro ganado muramos allí? ¿Y por qué nos habéis hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, ni de higos, ni de vides, ni de granados; ni hay agua para beber. Y Moisés y Aarón fueron de la presencia de la asamblea a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros, y la gloria del Señor se les apareció. Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne la [39] asamblea, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña delante de sus ojos, y dará su agua, y tú sácales agua de la peña; así darás de beber a la congregación ya sus bestias. Y tomó Moisés la vara de delante de Jehová, como él le había mandado. Y Moisés y Aarón reunieron a la congregación delante de la peña, y él les dijo: Oíd ahora, rebeldes, ¿tenemos que traer agua de esta peña?

Y alzó Moisés su mano, y con su vara golpeó la peña dos veces, y corrieron abundantes aguas, y la congregación

bebió, y también sus bestias. Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado.”

Aquí Moisés pecó. Se cansó de las continuas murmuraciones del pueblo contra él, y por mandato del Señor tomó la vara, y en vez de hablar a la peña, como Dios le había mandado, la golpeó con la vara dos veces, diciendo: ¿Tenemos que traer agua de esta roca? Aquí habló imprudentemente con sus labios. No dijo, Dios ahora les mostrará otra evidencia de su poder, y les sacará agua de esta roca. No atribuyó el poder y la gloria a Dios por haber hecho brotar de nuevo agua del pedernal, y por lo tanto no lo engrandeció delante del pueblo.

Por este fracaso de Moisés, Dios no le permitió conducir al pueblo a la tierra prometida.

Los pecados de los hombres buenos, cuyo comportamiento general ha sido digno de imitación, son particularmente ofensivos para Dios. Hacen que Satanás triunfe y se burle de los ángeles de Dios con las fallas de los instrumentos escogidos de Dios, y dan a los injustos la ocasión de levantarse contra Dios. El Señor mismo había guiado a Moisés de una manera especial, y le había revelado su gloria, como a ningún otro sobre la [40] tierra. Era impaciente por naturaleza, pero se había aferrado firmemente a la gracia de Dios, e imploró sabiduría del cielo con tanta humildad, que Dios lo fortaleció y superó su impaciencia, de modo que Dios lo llamó el hombre más manso sobre la faz de la tierra. toda la tierra

Aarón murió en el monte Hor, porque el Señor le había dicho que no entrara en la tierra prometida, porque había pecado con Moisés, en el momento de sacar agua de la peña en Meriba. Moisés y los hijos de Aarón lo sepultaron en el monte, para que el pueblo no cayera en la tentación de hacer demasiada ceremonia sobre su cuerpo y cometiera el pecado de idolatría.

Los cananeos hicieron guerra contra Israel, y tomaron prisioneros a algunos de ellos, y el ejército de los israelitas rogó al Señor que fuera con ellos a la guerra contra los cananeos, y los entregara en sus manos, y ellos destruirían por completo sus ciudades, y ser fiel en el seguimiento de Dios. Él escuchó su oración y salió con

sus ejércitos a la batalla, y los israelitas vencieron a sus enemigos, y los destruyeron por completo a ellos y a sus ciudades.

* * * * *

Capítulo 30—Serpientes ardientes

Cuando el pueblo partió de Hor por el camino del mar Rojo, para rodear la tierra de Edom, se desanimó mucho y se quejó de las dificultades del camino. Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para morir en el desierto? porque no hay pan, ni hay agua? y nuestra alma aborrece este pan ligero. ¿Y el Señor envió serpientes ardientes entre el pueblo, y mordían al pueblo? y murió mucho pueblo de Israel. Entonces el pueblo vino a Moisés, y dijeron: Hemos pecado por haber hablado contra el Señor, [41] y contra ti. Rogad al Señor que quite de nosotros las serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y acontecerá que todo el que fuere mordido al mirarlo, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta. Y acontecía que si una serpiente mordía a alguno, cuando miraba a la serpiente de bronce, vivía.”

Las murmuraciones de los hijos de Israel no eran razonables, y lo irrazonable siempre llega a los extremos. Pronunciaron falsedades al decir que no tenían pan ni agua. Ambos los habían dado por un milagro de la misericordia de Dios. Para castigarlos por su ingratitud y sus quejas contra Dios, el Señor permitió que las serpientes ardientes los mordieran. Eran llamados de fuego, porque su mordedura producía una inflamación dolorosa y una muerte rápida. Los israelitas, hasta ese momento, habían sido preservados de estas serpientes en el desierto, por un milagro continuo; porque el desierto por el que viajaban estaba infestado de serpientes venenosas.

Moisés le dijo al pueblo que Dios los había preservado hasta ese momento, que no habían sido dañados por las serpientes, lo cual era una muestra de su cuidado por ellos. Les dijo que fue por sus murmuraciones innecesarias, quejándose de las dificultades en su viaje, que Dios les había permitido ser mordidos por serpientes. Esto era para mostrarles que Dios los había guardado de muchos y grandes males, los cu

les hubiera permitido venir sobre ellos, habrían sufrido lo que podrían llamar penalidades. Pero Dios había preparado el camino delante de ellos. No había enfermedad entre ellos. Sus pies no se habían hinchado en todos sus viajes, ni sus vestidos se habían envejecido.

Dios les había dado alimento de ángeles y agua purísima del duro pedernal . Y con todas estas muestras de su amor, si se quejaban, enviaría sus juicios sobre ellos por su ingratitude, y les haría darse cuenta de su cuidado misericordioso por ellos en el pasado, del cual habían sido indiferentes.

Los israelitas estaban aterrorizados y humillados a causa del ser- [42] arrepentidos, y confesaron su pecado en murmuraciones. A Moisés se le ordenó erigir la serpiente de bronce sobre un asta, y si aquellos que habían sido mordidos miraban, serían sanados. Aquí se requería que los israelitas hicieran algo. Deben mirar a la serpiente de bronce si quieren vivir. Muchos habían muerto por la mordedura de las serpientes. Cuando Moisés levantó la serpiente sobre el asta, algunos no tenían fe en que el simple hecho de mirar eso los sanaría, y murieron. Madres, padres, hermanos y hermanas, todos estaban ansiosamente ocupados en ayudar a sus parientes y amigos que sufrían y morían, para que fijaran sus ojos lánguidos en la serpiente. Si pudieran mirar una sola vez mientras se desmayaban y morían, revivían y eran sanados de todos los efectos de sus heridas venenosas. No había ninguna virtud en la serpiente de bronce que causara tal cambio inmediatamente en aquellos que la miraban. La virtud curativa que recibieron al mirar a la serpiente procedía únicamente de Dios. Él eligió en su sabiduría esta manera de mostrar su poder. Fue la fe del pueblo en la provisión hecha lo que fue aceptable para Dios. Por este medio sencillo, el pueblo se dio cuenta de que Dios había permitido que estas serpientes los afligieran, a causa de sus murmuraciones y falta de fe en él. Si obedecían a Dios , no tenían razón para temer, porque él sería su amigo y los preservaría de los peligros a los que estaban continuamente expuestos en el desierto.

La serpiente de bronce, levantada sobre un asta, ilustra al Hijo de Dios, que iba a morir en la cruz. Las personas que están sufriendo por los efectos del pecado pueden encontrar esperanza y salvación solo en la provisión que Dios ha hecho. Así como los israelitas salvaron sus vidas al mirar a la serpiente de bronce, así los pecadores pueden mirar a Cristo y vivir. A diferencia de la serpiente de bronce, tiene virtud en sí mismo y poder para sanar a los

pecador que sufre, se arrepiente y cree. Cristo dice de sí mismo: “Y [43] como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

* * * * *

Capítulo 31—Balaam

Los hijos de Israel avanzaron y acamparon en los campos de Moab, al otro lado del Jordán, junto a Jericó. Balac, rey de los moabitas, vio que los israelitas eran un pueblo poderoso, y cuando supieron que habían destruido a los amorreos y se habían apoderado de su tierra, se llenaron de terror. Todo Moab estaba en problemas. “Y dijo Moab a los ancianos de Madián: Ahora lamerá esta multitud todo lo que está alrededor de nosotros, como lame el buey la hierba del campo. Envió, pues, mensajeros a Balaam, hijo de Beor, a Petor, que está junto al río de la tierra de los hijos de su pueblo, para llamarlo, diciendo: He aquí un pueblo que sale de Egipto. He aquí, ellos cubren la faz de la tierra, y habitan frente a mí. Ven ahora, por tanto, te ruego, maldíceme a este pueblo; porque son demasiado poderosos para mí; por ventura prevaleceré, y los heriremos, y los echaré de la tierra; porque sé que el que bendices es bendito, y el que maldices es maldito.

Balaam había sido un profeta de Dios y un buen hombre. Pero él apostató, y se entregó a sí mismo a la avaricia, de modo que amó el premio de la injusticia. En el momento en que Balac envió mensajeros por él, él era de doble ánimo, siguiendo un curso para ganar y retener el favor y el honor de los enemigos del Señor, a causa de las recompensas que recibió de ellos. Al mismo tiempo, profesaba ser un profeta de Dios. Las naciones idólatras creían que se podían pronunciar maldiciones que afectarían a individuos e incluso a naciones enteras. Cuando los mensajeros relataron su mensaje a Balaam, él muy bien [44] sabía qué respuesta darles. Pero él les pidió que se quedaran esa noche, y les traería la palabra que el Señor le hablaría. Los regalos en manos de los hombres excitaban su disposición codiciosa. Dios vino a Balaam en la noche, a través de uno de sus ángeles, y le preguntó: ¿Qué hombres son estos contigo? Y Balaam dijo a Dios: Balac, hijo de Zipor, rey de Moab, me ha enviado a decir: He aquí un pueblo que ha salido de Egipto,

que cubre la faz de la tierra. Ven, ahora, maldíceme a ellos, tal vez pueda vencerlos y expulsarlos.

Y dijo Dios a Balaam: No irás con ellos. No maldecirás al pueblo, porque son benditos". El ángel le dice a Balaam que los hijos de Israel son conducidos bajo el estandarte del Dios del Cielo, y ninguna maldición del hombre podría retrasar su progreso. Por la mañana se levantó y de mala gana les dijo a los hombres que regresaran a Balak, porque el Señor no permitiría que fuera con ellos. Entonces Balac envió otros príncipes, más en número y más honorables, u ocupando una posición más exaltada que los mensajeros anteriores; y esta vez la llamada de Balak fue más urgente. "Te ruego que nada te impida venir a mí, porque te exaltaré a un honor muy grande, y haré todo lo que me digas. Ven, pues, te lo ruego, maldíceme a este pueblo. Y Balaam respondió y dijo a los siervos de Balac: Si Balac me diera su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra del Señor mi Dios, para hacer menos o más".

Su temor del poder de Dios tiene ascendencia sobre su disposición codiciosa. Sin embargo, su curso de conducta muestra que su amor por el honor y la ganancia luchaba duro por el dominio, y no lo sometió. Habría gratificado su codicia, si se hubiera atrevido a hacerlo. Después de que Dios le dijo que no debía ir, estaba ansioso por que se le concediera el privilegio de ir. Les instó a que se quedaran esa noche, para poder volver a consultar a Dios. Un ángel fue enviado a [45] Balaam para decirle: "Si los hombres vienen a llamarte, levántate y ve con ellos; sin embargo, la palabra que yo te diga, eso harás." El Señor permitió que Balaam siguiera sus propias inclinaciones e intentara, si así lo deseaba, agrandar tanto a Dios como a los hombres.

Los mensajeros de Balac no lo llamaron por la mañana para que fuera con ellos. Estaban molestos por su retraso y esperaban una segunda negativa. Balaam podría haberse excusado y fácilmente evitado ir. Pero él pensó que porque el Señor la segunda vez no le prohibió ir, él iría y alcanzaría a los embajadores de Balac. La ira del Señor se encendió contra Balaam porque él iba, y envió a su ángel para que se interpusiera en el camino y lo matara por su insensatez presuntuosa. La bestia vio al ángel del Señor y se desvió. Balaam estaba fuera de sí de rabia. El hablar de la bestia pasó desapercibido para él como algo

notable, porque estaba cegado por la pasión. Cuando el ángel se reveló a Balaam, éste se asustó, dejó su bestia y se inclinó con humildad ante el ángel. Relató a Balaam la palabra del Señor, y dijo: “Salí para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí”. Era importante para Israel vencer a los moabitas, para poder vencer a los habitantes de Canaán. Después de que el ángel advirtió de manera impresionante a Balaam en contra de complacer a los moabitas, le dio permiso para continuar su viaje. Dios glorificaría su nombre, incluso a través del presuntuoso Balaam, ante los enemigos de Israel. Esto no podría hacerse de una manera más eficaz que mostrándoles que un hombre de la codiciosa disposición de Balaam no se atrevía, por promesas de promoción o recompensas, a pronunciar una maldición contra Israel.

Balac se encontró con Balaam y le preguntó por qué se demoraba tanto en venir cuando envió por él, y le dijo que tenía poder para promoverlo a la honra. Balaam respondió: He aquí, he venido a ti. Luego le dijo que no tenía poder para decir nada. La palabra que Dios le daría que él podría hablar, y no podría ir más allá. Balaam ordenó [46] los sacrificios según los ritos religiosos. Dios envió a su ángel a encontrarse con Balaam, para darle palabras de expresión, como lo había hecho en ocasiones cuando Balaam estaba completamente dedicado al servicio de Dios. “Y el Señor puso una palabra en la boca de Balaam, y dijo: Vuelve a Balac, y así hablarás. Y volvió a él, y he aquí él estaba junto a su holocausto, él y todos los príncipes de Moab. Y retomó su parábola, y dijo: Balac, rey de Moab, me ha traído de Siria, de los montes del oriente, diciendo: Ven, maldíceme a Jacob, y ven, desafía a Israel. ¿Cómo he de maldecir a quien Dios no ha maldecido? ¿O cómo desafiaré a quien el Señor no ha desafiado? Porque desde lo alto de las peñas lo veo, y desde los montes lo contemplo. He aquí, el pueblo habitará solo, y no será contado entre las naciones. ¿Quién puede contar el polvo de Jacob, y el número de la cuarta parte de Israel? ¡Déjame morir la muerte de los justos, y que mi último fin sea como el suyo!”

Balaam habló en un estilo solemne y profético. ¿Cómo desafiaré o dedicaré a la destrucción a aquellos a quienes Dios ha prometido prosperar? Declaró en palabras proféticas que Israel debería seguir siendo un pueblo distinto; que no se unieran, se tragarán o se perdieran en ninguna otra nación; que llegarían a ser mucho más numerosos que

ellos entonces eran; y relató su prosperidad y fortaleza. Vio que el fin de los justos era verdaderamente deseable, y expresó proféticamente su deseo de que su vida terminara como la de ellos.

Balac estaba desilusionado y enojado. Él exclama: "¿Qué me has hecho? Te tomé para maldecir a mis enemigos, y he aquí, los has bendecido por completo". Balac piensa que es la gran apariencia de los israelitas en sus tiendas, que Balaam ve desde un monte alto, lo que le impide maldecirlos. Piensa que si lo lleva a otro lugar, donde Israel no aparecerá con tanta ventaja, puede obtener una maldición de Balaam. De nuevo, en Zofim, en la cima del Pisga, Balaam ofreció holocaustos, y luego fue [47] solo a hablar con el ángel de Dios. Y el ángel le dijo a Balaam qué decir. Cuando regresó, Balac preguntó con ansiedad: "¿Qué ha dicho el Señor?" "Y tomando su parábola, dijo: Levántate, Balac, y escucha. Escúchame, hijo de Zipor. Dios no es hombre, para que mienta; ni el hijo del hombre, para que se arrepienta. ¿Ha dicho él, y no lo hará? ¿O lo ha dicho, y no lo cumplirá? He aquí, he recibido mandamiento de bendecir, y él ha bendecido, y no puedo revocarlo. No ha visto iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel.

Jehová su Dios está con él, y júbilo de rey en medio de ellos.

Dios los sacó de Egipto. Tiene como la fuerza de un unicornio. Ciertamente, no hay encantamiento contra Jacob, ni hay adivinación contra Israel. Según este tiempo se dirá de Jacob y de Israel: ¡Qué ha hecho Dios! He aquí, el pueblo se levantará como un gran león, y él mismo se enaltecerá como un cachorro de león. No se echará hasta que coma de la presa y beba la sangre de los muertos".

Balac todavía se jactaba de la vana esperanza de que Dios estaba sujeto a variación, como el hombre. Balaam le informa que nunca se inducirá a Dios a quebrantar su palabra o alterar su propósito con respecto a Israel, y que es en vano que espere obtener una maldición para su pueblo, o esperar que revierta la bendición que ha prometido. a ellos Y ningún encantamiento o maldición pronunciada por un adivino podría tener la menor influencia sobre esa nación que tiene la protección de la Omnipotencia.

Balaam había querido aparentar ser favorable a Balak, y había permitido que lo engañaran, y pensara que usaba supersticiones.

ceremonias y encantamientos cuando rogaba al Señor. Pero a medida que siguió el mandato que le había dado Dios, se volvió más audaz en la medida en que obedecía el impulso divino, y dejó a un lado su pretendido conjuro, y, mirando hacia el campamento de los israelitas, los contempla a todos acampados en perfecto orden. , bajo sus respectivos estandartes, a distancia del tabernáculo. A Balaam se le permitió [48] contemplar la gloriosa manifestación de la presencia de Dios, cubriendo, protegiendo y guiando el tabernáculo. Se llenó de admiración ante la sublime escena. Abrió su parábola con toda la dignidad de un verdadero profeta de Dios. Sus palabras proféticas son estas: “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus tabernáculos, oh Israel! Como los valles se extienden, como huertos junto a un río , como árboles de áloe que plantó el Señor, y como cedros junto a las aguas. El derramará el agua de sus baldes, y su simiente estará en muchas aguas, y su rey será más alto que Agag, y su reino será exaltado. Dios lo sacó de Egipto. Tiene como la fuerza de un unicornio.

Devorará a las naciones, sus enemigos, y quebrará sus huesos, y los traspasará con sus flechas. Se echó, se echó como un león, y como un gran león, ¿quién lo despertará? Bienaventurado el que te bendiga, y maldito el que te maldiga. Y la ira de Balac se encendió contra Balaam, y se golpeó las manos.

Y Balac dijo a Balaam: Te llamé para maldecir a mis enemigos, y he aquí, los has bendecido por completo estas tres veces”.

Los moabitas entendieron el significado de las palabras proféticas de Balaam: que los israelitas, después de conquistar a los cananeos, se establecerían en su tierra, y que todos los intentos de someterlos no servirían más que para que una bestia débil despertara al león de su cabeza. guarida. Balaam le dijo a Balac que le informaría lo que los israelitas deberían hacer con su pueblo en un período posterior. El Señor desplegó el futuro ante Balaam, y permitió que los eventos que ocurrirían pasaran ante su vista, para que los moabitas comprendieran que Israel finalmente triunfaría. Mientras Balaam recitaba proféticamente el futuro a Balac y sus príncipes, quedó asombrado ante la futura demostración del poder de Dios.

Después de que Balaam hubo regresado a su lugar, y la influencia controladora [49] Cuando la presencia del Espíritu de Dios lo había abandonado , prevaleció su codicia, que no había sido superada, sino simplemente reprimida. el podría pensar

de nada más que la recompensa y la promoción al honor que podría haber recibido de Balak, hasta que estuvo dispuesto a recurrir a cualquier medio para obtener lo que deseaba. Balaam sabía que la prosperidad de Israel dependía de su observancia de la ley de Dios, y que no había forma de traer una maldición sobre ellos sino seduciéndolos a la transgresión. Decidió asegurar para sí mismo la recompensa de Balac y la promoción que deseaba, aconsejando a los moabitas qué curso seguir para traer la maldición sobre Israel. Aconsejó a Balac que proclamara una fiesta idólatra en honor de sus dioses ídolos, y persuadiría a los israelitas para que asistieran, para que se deleitaran con la música, y luego las más bellas mujeres madianitas incitarían a los israelitas a transgredir la ley de Dios. , y se corrompen, y también los influyen para que ofrezcan sacrificios a los ídolos. Este consejo satánico tuvo demasiado éxito. Muchos de los israelitas fueron persuadidos por Balaam, porque lo consideraban un profeta de Dios, para unirse a él y mezclarse con ese pueblo idólatra, y participar con él en la idolatría y la fornicación.

“E Israel se unió a Baal-peor. Y la ira del Señor se encendió contra Israel. Y Jehová dijo a Moisés: Toma todas las cabezas del pueblo, y cuélgalas delante de Jehová, contra el sol, para que el furor de la ira de Jehová se aparte de Israel. Y Moisés dijo a los jueces de Israel: Matad cada uno a sus hombres que se unieron a Baal-peor”. Moisés ordenó a los jueces del pueblo que ejecutaran el castigo de Dios contra los que habían transgredido, y colgaran las cabezas de los transgresores delante del Señor, para que Israel temiera seguir su ejemplo.

El Señor mandó a Moisés que enfadara a los madianitas y los hiriese, porque habían enfadado a Israel con sus artimañas, con las cuales los habían engañado para transgredir los mandamientos de Dios.

[50] El Señor ordenó a Moisés que vengara a los hijos de Israel de los madianitas, y luego él debería ser reunido con su pueblo. Moisés ordenó a los hombres de guerra que se prepararan para la batalla contra los madianitas. Y pelearon contra ellos como el Señor mandó, y mataron a todos los varones, pero tomaron cautivos a las mujeres y los niños. Balaam fue asesinado con los madianitas. “Y Moisés, y Eleazar, el sacerdote, y todos los príncipes de la congregación, salieron a recibirlos fuera del campamento. Y Moisés se enojó contra los oficiales del ejército, contra los capitanes de millares y capitanes de centenas.

Dreds, que venían de la batalla. Y Moisés les dijo: ¿Habéis salvado con vida a todas las mujeres? He aquí, estos hicieron que los hijos de Israel, por el consejo de Balaam, delinquieren contra el Señor en el asunto de Peor, y hubo una plaga entre la congregación del Señor.”

Moisés ordenó a los hombres de guerra que destruyeran a las mujeres y los niños varones. Balaam había vendido a los hijos de Israel por una recompensa, y pereció con el pueblo cuyo favor había obtenido con el sacrificio de veinticuatro mil de los israelitas. Muchos consideran que el Señor es cruel al exigir a su pueblo que haga la guerra a otras naciones. Dicen que es contrario a su carácter benévolo. Pero el que hizo el mundo y formó al hombre para que habite sobre la tierra, tiene dominio ilimitado sobre todas las obras de sus manos, y tiene derecho a hacer lo que le plazca y lo que le plazca con la obra de sus manos. El hombre no tiene derecho a decirle a su Hacedor: ¿Por qué haces así? No hay injusticia en su carácter. Él es el Gobernante del mundo, y una gran parte de sus súbditos se han rebelado contra su autoridad y han pisoteado su ley. Él les ha otorgado abundantes bendiciones y los ha rodeado con todo lo necesario, pero se han inclinado ante imágenes de madera y piedra, plata y oro, que sus propias manos han hecho. Enseñan a sus hijos que estos son los dioses que les dan vida y salud, y hacen fructificar sus tierras, y les dan riquezas y honra. Se burlan del Dios de Israel. Desprecian a su pueblo, porque sus obras son justas.” El necio [51] ha dicho en su corazón: No hay Dios. son corruptos Han hecho obras abominables.” Dios los ha soportado hasta que colmaron la medida de su iniquidad, y entonces ha traído sobre ellos destrucción repentina. Ha usado a su pueblo como instrumentos de su ira, para castigar a las naciones malvadas, que los han afligido y seducido a la idolatría.

Una foto de familia se presentó ante mí. Una parte de los hijos parece ansiosa por aprender y obedecer los requisitos del padre, mientras que los demás pisotean su autoridad y parecen regocijarse en mostrar desprecio por el gobierno de su familia. Comparten los beneficios de la casa de su padre y reciben constantemente su generosidad. Dependen totalmente de él por todo lo que reciben, pero no son agradecidos, sino que se comportan con orgullo, como si todos los favores que recibieron de su padre indulgente se los proporcionaran ellos mismos.

el padre se da cuenta de todos los actos irrespetuosos de sus hijos desobedientes y desagradecidos, pero los soporta.

Finalmente, estos hijos rebeldes van aún más lejos y buscan influir y conducir a la rebelión a los miembros de la familia de su padre que hasta ahora han sido fieles. Entonces se pone en acción toda la dignidad y autoridad del padre, y éste expulsa de su casa a los hijos rebeldes, que no sólo han abusado de su amor y de sus bendiciones, sino que han tratado de subvertir a los pocos que se habían sometido a los sabios y juiciosos. leyes de la casa de su padre.

Por el bien de los pocos leales, cuya felicidad estaba expuesta a la influencia sediciosa de los miembros rebeldes de su casa, separa de su familia a sus hijos rebeldes, mientras que al mismo tiempo se esfuerza por acercar a sí a los fieles restantes. y leales. Todos honrarían la conducta sabia y justa de tal padre, al castigar con la mayor severidad a sus hijos rebeldes e inobedientes.

Dios ha tratado así a sus hijos. Pero el hombre, en su ceguera, [52] pasará por alto las abominaciones de los impíos, y pasará inadvertida la continua ingratitud y rebelión, y los pecados que osan el cielo de aquellos que pisotean la ley de Dios y desafían su autoridad. No se detienen aquí, sino que se regocijan en subvertir a su pueblo e influir en él mediante sus artimañas para que transgredan, y muestran abierto desprecio por los sabios requisitos de Jehová.

Algunos sólo pueden ver la destrucción de los enemigos de Dios, que les parece cruel y cruel. No miran hacia el otro lado.

Pero sean dadas eternas gracias, ese hombre impulsivo y cambiante, con toda su jactanciosa benevolencia, no es el que dispone y controla los eventos. "Las tiernas misericordias de los impíos son crueles".

* * * * *

Capítulo 32—La muerte de Moisés

Moisés iba a morir pronto, y Dios le ordenó, antes de su muerte, reunir a los hijos de Israel y relatarles todos los viajes del ejército hebreo desde su salida de Egipto, y todas las grandes transgresiones de sus padres. , que trajo sus juicios sobre ellos, y lo obligó a decir que no debían entrar en la tierra prometida. Sus padres habían muerto en el desierto, conforme a la palabra del Señor. Sus hijos habían crecido, ya ellos se les iba a cumplir la promesa de poseer la tierra de Canaán. Muchos de estos eran niños pequeños cuando se dio la ley, y no recordaban la grandeza del evento. Otros nacieron en el desierto, y para que no se dieran cuenta de la necesidad de obedecer los diez mandamientos, y todas las leyes y juicios dados a Moisés, Dios le instruyó que recapitulara los diez mandamientos, y todas las circunstancias relacionadas con el entrega de la ley.

Moisés había escrito en un libro todas las leyes y juicios dados [53] él de Dios, y había registrado fielmente todas las instrucciones que les había dado en el camino, y todos los milagros que les había hecho , y todas las murmuraciones de los hijos de Israel. Moisés también había registrado su superación como consecuencia de las murmuraciones de ellos.

Todo el pueblo se reunió delante de él, y él leyó los acontecimientos de su historia pasada del libro que había escrito. También leyó las promesas de Dios para ellos si eran obedientes, y las maldiciones que caerían sobre ellos si eran desobedientes.

Contó al pueblo su gran dolor por su culpa en Meriba. “Y entonces rogué al Señor, diciendo: Oh Señor Dios, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; porque ¿qué Dios hay en el cielo o en la tierra, que pueda hacer según tus obras y según tus fuerzas? Te ruego que me permitas pasar y ver la buena tierra que está más allá del Jordán, esa hermosa montaña y el Líbano. Pero el Señor se enojó conmigo por tu

y no me escuchó. Y me dijo el Señor: Bástete; no me hables más de este asunto. Sube a la cumbre del Pisgá, y alza tus ojos al occidente, al norte, al sur y al oriente, y míralo con tus ojos; porque no pasarás este Jordán. Pero manda a Josué, y anímalo, y fortalécelo; porque él pasará delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que tú verás. Ahora, pues, escucha, oh Israel, los estatutos y los decretos que yo te enseñé, para que los cumplas y vivas, y entres y poseas la tierra que el Señor, el Dios de tus padres, te da. No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis nada de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno.”

Moisés les dijo que por su rebelión el Señor se había propuesto varias [54] veces destruirlos. Pero él había intercedido por ellos tan fervientemente que Dios, en su gracia, los había perdonado. Les recordó los milagros que el Señor había hecho a Faraón y a toda la tierra de Egipto. Él les dijo: “Pero vuestros ojos han visto todas las grandes obras que hizo el Señor. Guardad, pues, todos los mandamientos que os mando hoy, para que seáis fuertes, y entréis y poseáis la tierra adonde vais para poseerla.

Moisés advirtió especialmente a los hijos de Israel contra ser seducidos a la idolatría. Les encargó encarecidamente que obedecieran los mandamientos de Dios. Si demostraran ser obedientes y amaran al Señor y lo sirvieran con todo su afecto, él les daría lluvia a su debido tiempo, haría que su vegetación floreciera y aumentara su ganado. También deben gozar de privilegios especiales y exaltados, y deben triunfar sobre sus enemigos. Les relató las ventajas de la tierra de Canaán sobre la de Egipto. En ciertas estaciones del año, las tierras cultivadas en Egipto debían ser regadas desde el río, con maquinaria, que se trabajaba. Este fue un proceso laborioso.

Moisés les dijo: “Porque la tierra a la cual entráis para poseerla, no es como la tierra de Egipto de donde salisteis, donde sembrasteis vuestra semilla, y la regasteis con vuestro pie, como huerta de hortaliza . . Mas la tierra adonde vais para poseerla, es tierra de montes y de valles, y bebe agua de la lluvia del cielo. Una tierra que el Señor tu Dios cuida. Los ojos del Señor tu D

están siempre sobre él, desde el principio del año hasta el fin del año.”

Muchos de los egipcios rindieron esa devoción al río que pertenecía únicamente a Dios. Lo reconocieron como su dios, porque dependían de sus aguas para saciar su sed, y para usarlas en sus tierras para hacer que floreciera la vegetación; y generosamente suministró sus mesas con pescado.

Durante las plagas de Egipto el Faraón fue puntual en su supersticiosa devoción al río, y lo visitaba todas las mañanas, y de pie en sus orillas alababa y daba gracias al agua, [55] contando el gran bien que hacía, y contándole al agua su gran poder; que sin ella no podrían existir; porque sus tierras fueron regadas por ella, y suministró alimento para sus mesas. La primera plaga que visitó a Egipto iba a venir sobre las aguas, uno de los dioses exaltados de Faraón. Moisés golpeó las aguas delante de Faraón y sus grandes hombres, y vieron que las aguas que adoraban se convirtieron en sangre. Fue una masa pútrida durante siete días, y murieron todos los peces que había en ella. La gente no podía usar el agua para ningún propósito.

Moisés instruyó a los hijos de Israel de una manera ferviente e impresionante. Sabía que era su última oportunidad de dirigirse a ellos. Entonces terminó de escribir en un libro todas las leyes, juicios y estatutos que Dios le había dado; también, las varias regulaciones con respecto a las ofrendas de sacrificio. Puso el libro en las manos de los hombres en el oficio sagrado, y pidió que, para su custodia, se pusiera a un lado del arca, porque el cuidado de Dios estaba continuamente sobre ese cofre sagrado. Este libro de Moisés debía ser preservado, para que los jueces de Israel pudieran consultarlo si surgía algún caso que lo hiciera necesario. Un pueblo errante a menudo entiende los requisitos de Dios para adaptarse a su propio caso, por lo tanto, el libro de Moisés fue preservado en un lugar muy sagrado, para futuras referencias.

Moisés cerró sus últimas instrucciones al pueblo con un discurso profético muy poderoso. Fue patético y elocuente. Por inspiración de Dios bendijo por separado a las tribus de Israel. En sus palabras finales, se refirió en gran medida a la majestad de Dios y la excelencia de Israel, que siempre continuarían si obedecían a Dios y se aferraban a su fuerza. Él les dijo: “No hay nadie como el Dios de Jesurún, que cabalga sobre los cielos en vuestra ayuda, y en su

excelencia en el cielo. El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos. Y él echará de delante de ti al enemigo, y dirá: Destrúyelo. Israel, pues, habitará [56] solo en seguridad. La fuente de Jacob estará sobre una tierra de trigo y mosto; también sus cielos destilarán rocío. Dichoso eres, oh Israel. ¿Quién como tú, oh pueblo salvado por el Señor, escudo de tu socorro, y quién es la palabra de tu excelencia? Y tus enemigos te serán hallados mentirosos; y pisarás sobre sus lugares altos.”

Josué fue seleccionado por Dios para ser el sucesor de Moisés en la conducción del ejército hebreo a la tierra prometida. Fue consagrado de la manera más solemne a la importante obra futura de guiar, como fiel pastor, al pueblo de Israel. “Y Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría; porque Moisés le había puesto las manos encima. Y los hijos de Israel lo escucharon e hicieron como el Señor había mandado a Moisés”. Y mandó a Josué delante de toda la congregación de Israel: Esforzaos y cobrad ánimo; porque tú traerás a los hijos de Israel a la tierra que les juré, y yo estaré contigo.” Habló a Josué en lugar de Dios.

También hizo reunir ante él a los ancianos y oficiales de las tribus, y les encargó solemnemente que obraran con justicia y rectitud en sus oficios religiosos, y que obedecieran fielmente todas las instrucciones que les había dado de parte de Dios. Llamó a los cielos y a la tierra por testigos contra ellos, que si se apartaban de Dios y transgredían sus mandamientos, él era claro, porque les había instruido y advertido fielmente.

“Y Moisés subió de los campos de Moab al monte de Nebo, a la cumbre del Pisga, que está frente a Jericó, y le mostró Jehová toda la tierra hasta Galaad, hasta Dan. y todo Neftalí, y la tierra de Efraín, y de Manasés, y toda la tierra de Judá, hasta el mar extremo, y el sur, y la llanura del valle de Jericó, la ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y el Señor le dijo: Esta es la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Te lo he hecho ver con tus ojos, pero no pasarás allí. Así Moisés, [57] el siervo del Señor, murió allí en la tierra de Moab, conforme a la palabra del Señor. Y lo sepultó en un valle, en la tierra de Moab, frente a Bet-peor; pero nadie sabe de su sepulcro

hasta el día de hoy. Y Moisés tenía ciento veinte años cuando murió; su ojo no se oscureció, ni su fuerza natural disminuyó.”

Moisés ascendió al Pisgá, la más alta prominencia de la montaña que podía alcanzar, y allí sus ojos claros y nítidos contemplaron la tierra, el hogar prometido de Israel. Dios abrió ante sus ojos toda la tierra de Canaán. Él allí en el monte se dio cuenta plenamente de las ricas bendiciones que Israel disfrutaría si obedecían fielmente los mandamientos de Dios.

No era la voluntad de Dios que nadie subiera con Moisés a la cima del Pisgá. Allí estaba él, sobre una alta prominencia en la cima del Pisgah, en presencia de Dios y de los ángeles celestiales. Después de haber visto Canaán a su satisfacción, se acostó, como un guerrero cansado, para descansar. Le sobrevino el sueño, pero era el sueño de la muerte. Los ángeles tomaron su cuerpo y lo enterraron en el valle. Los israelitas nunca pudieron encontrar el lugar donde fue sepultado. Su entierro secreto fue para evitar que el pueblo pecara contra el Señor al cometer idolatría sobre su cuerpo. Moisés había logrado mucho para Israel. En todas sus instrucciones se podía ver justicia, inteligencia y pureza.

La vida de Moisés estuvo marcada por un amor supremo a Dios. Su piedad, humildad y paciencia le dieron influencia con el ejército de Israel. Su celo y fe en Dios eran mayores que los de cualquier otro hombre sobre la tierra. A menudo se había dirigido a su pueblo con palabras de conmovedora elocuencia. Nadie supo mejor que él cómo mover los afectos de la gente. Dirigió todos los asuntos relacionados con los intereses religiosos del pueblo con gran sabiduría.

Satanás se regocijó de haber logrado que Moisés pecara contra Dios. Por esta transgresión, Moisés quedó bajo el dominio de la muerte. Si hubiera continuado fiel, y su vida no hubiera sido mancillada por aquella única transgresión, al no dar a Dios la gloria [58] de sacar agua de la roca, habría entrado en la tierra prometida, y habría sido trasladado a El cielo sin ver la muerte. Miguel, o Cristo, con los ángeles que sepultaron a Moisés, descendió del cielo, después de haber permanecido en la tumba un breve tiempo, lo resucitó y lo llevó al cielo.

Cuando Cristo y los ángeles se acercaron a la tumba, Satanás y sus ángeles aparecieron en la tumba y estaban guardando el cuerpo de Moisés para que no fuera removido. Mientras Cristo y sus ángeles se acercaban, Satanás

resistió su acercamiento, pero fue obligado, por la gloria y el poder de Cristo y sus ángeles, a retroceder. Satanás reclamó el cuerpo de Moisés, a causa de su única transgresión; pero Cristo mansamente lo remitió a su Padre, diciendo: "El Señor te reprenda". Cristo le dijo a Satanás que él sabía que Moisés se había arrepentido humildemente de este mal, y que ninguna mancha quedó sobre su carácter, y su nombre en el libro celestial de los registros permaneció intacto. Entonces Cristo resucitó el cuerpo de Moisés, que Satanás había reclamado.

En la transfiguración de Cristo, Moisés fue enviado con Elías, que había sido trasladado, para hablar con Cristo acerca de sus sufrimientos y ser los portadores de la gloria de Dios para su amado Hijo. Moisés había sido grandemente honrado por Dios. Había tenido el privilegio de hablar con Dios cara a cara, como habla un hombre con su amigo. Y Dios le había revelado su excelsa gloria, como nunca lo había hecho con ningún otro.

* * * * *

Capítulo 33—Josué

Después de la muerte de Moisés, Josué iba a ser el líder de Israel, para conducirlos a la tierra prometida. Había sido primer ministro de Moisés durante la mayor parte del tiempo que los israelitas habían vagado por el desierto. Había visto las maravillosas obras de Dios obradas [59] por Moisés, y comprendía bien el carácter del pueblo. Fue uno de los doce espías que fueron enviados a buscar la tierra prometida, y uno de los dos que dieron fiel cuenta de sus riquezas, y que animaron al pueblo a subir y poseerla con la fuerza de Dios. Estaba bien calificado para este importante cargo. El Señor le prometió a Josué que estaría con él como lo había estado con Moisés, y que haría que la caída de Canaán fuera una conquista fácil para él, siempre que fuera fiel en observar todos sus mandamientos. Estaba ansioso por cómo ejecutaría su comisión de conducir al pueblo a la tierra de Canaán. Pero este estímulo eliminó sus temores.

Josué ordenó a los hijos de Israel que se prepararan para un viaje de tres días, y que todos los hombres de guerra salieran a la batalla. “Y respondieron a Josué, diciendo: Todo lo que nos mandes, haremos, y a donde nos envíes, iremos. Como escuchamos a Moisés en todo, así te escucharemos a ti; solamente que el Señor tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que se rebele contra tu mandamiento, y no escuche tus palabras en todo lo que le mandes, se le dará muerte; solamente sé fuerte y de buen ánimo.”

El paso de los israelitas por el Jordán iba a ser milagroso. “Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque mañana el Señor hará maravillas entre vosotros. Y habló Josué a los sacerdotes, diciendo: Tomad el arca del pacto, y pasad delante del pueblo. Y tomaron el arca del pacto, y fueron delante del pueblo. Y el Señor dijo a Josué: Desde este día comenzaré a engrandecerte a la vista de todo Israel, para que sepan que como estuve con Moisés, así estaré contigo”.

Los sacerdotes debían ir delante del pueblo y llevar el arca que contenía la ley de Dios. Y como sus pies se sumergieron en el borde del Jordán, y las aguas fueron cortadas de arriba, y los sacerdotes pasaron [60] llevando el arca, que era un símbolo de la presencia Divina, y la hueste hebrea siguió. Cuando los sacerdotes habían cruzado la mitad del Jordán, se les ordenó que se pararan en el lecho del río hasta que todo el ejército de Israel hubiera pasado. Aquí la generación de israelitas existente entonces estaba convencida de que las aguas del Jordán estaban sujetas al mismo poder que sus padres habían visto desplegarse en el Mar Rojo, cuarenta años antes. Muchos de estos pasaron por el Mar Rojo cuando eran niños. Ahora pasan el Jordán, hombres de guerra, completamente equipados para la batalla. Después que todo el ejército de Israel hubo pasado el Jordán, Josué mandó a los sacerdotes que subieran del río. Tan pronto como los sacerdotes, que llevaban el arca del pacto, salieron del río y se detuvieron en tierra firme, el Jordán siguió rodando como antes, y se desbordó por todas sus orillas. Este maravilloso milagro realizado para los israelitas aumentó mucho su fe. Para que nunca se olvide este maravilloso milagro, el Señor ordenó a Josué que ordenara a los hombres notables, uno de cada tribu, que quitaran piedras del lecho del río, el lugar donde estaban los pies de los sacerdotes mientras pasaba la hueste hebrea. y para llevarlos sobre sus hombros, y levantar un monumento en Gilgal, para recordar el hecho de que Israel pasó el Jordán en tierra seca. Después que los sacerdotes hubieron subido del Jordán, Dios quitó su poderosa mano, y las aguas se precipitaron como una poderosa catarata por su propio

Cuando todos los reyes de los amorreos y los reyes de los cananeos oyeron que el Señor había detenido las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel, su corazón se derritió de temor. Los israelitas habían matado a dos de los reyes de Moab, y su paso milagroso por el Jordán crecido e impetuoso los llenó del mayor terror. Entonces Josué circuncidó a todo el pueblo que había nacido en el desierto. Después de esta ceremonia, celebraron la pascua en los llanos de Jericó. “Y el Señor dijo a Josué: Hoy he quitado de sobre vosotros el oprobio de Egipto.”

[61] Las naciones paganas habían reprochado al Señor ya su pueblo, porque los hebreos no habían poseído la tierra de Canaán, que esperaban heredar poco después de salir de Egipto. Sus enemigos habían triunfado, porque habían vagado tanto tiempo en el desierto,

y se ensoberbecieron contra Dios, declarando que no podía llevarlos a la tierra de Canaán. Ya habían pasado el Jordán en seco, y sus enemigos ya no podían reprocharles.

El maná había continuado hasta este momento. Pero ahora, cuando estaban para poseer Canaán y comer del fruto de la tierra, los israelitas no tenían más necesidad de él, y cesó.

Cuando Josué se retiró de los ejércitos de Israel para meditar y orar para que la presencia especial de Dios lo acompañara, vio a un hombre de gran estatura, vestido con ropas de guerra, con la espada desenvainada en la mano. Josué no lo reconoció como uno de los ejércitos de Israel y, sin embargo, no tenía apariencia de ser un enemigo. En su celo lo abordó y le dijo: "Eres tú por nosotros, o por nuestros adversarios. Y él dijo: No; pero como capitán del ejército del Señor he venido ahora. Y Josué se postró sobre su rostro en tierra, y adoró, y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el capitán del ejército del Señor dijo a Josué: Quita el calzado de tu pie; porque el lugar en que tú estás es santo. Y Josué así lo hizo".

Este no era un ángel común. Era el Señor Jesucristo, el que había conducido a los hebreos por el desierto, envueltos en la columna de fuego de noche y en la columna de nube de día. El lugar se hizo sagrado por su presencia, por lo tanto, se le ordenó a Josué que se quitara los zapatos.

La zarza ardiente que vio Moisés también era una señal de la presencia divina, y cuando él se acercó para contemplar la vista maravillosa, la misma voz que aquí le habla a Josué, le dijo a Moisés: "No te acerques acá. Quitate el calzado de los pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada".

La gloria de Dios santificó el santuario, y por eso [62] los sacerdotes nunca entraban calzados en el lugar santificado por la presencia de Dios. Partículas de polvo podrían adherirse a sus zapatos, lo que profanaría el santuario. Por lo tanto, los sacerdotes estaban obligados a dejar sus zapatos en el atrio, antes de entrar al santuario. En el atrio, junto a la puerta del tabernáculo, estaba la fuente de bronce, donde los sacerdotes se lavaban las manos y los pies antes de entrar en el tabernáculo, para que se quitara toda impureza, "para que no mueran". Todos los que oficiaban en el santuario estaban o

de Dios para hacer preparativos especiales antes de entrar donde se revelaba la gloria de Dios.

Para transmitir a la mente de Josué que él no era menos que Cristo, el Exaltado, dice: "Quítate el calzado de tu pie". Entonces el Señor instruyó a Josué qué camino seguir para tomar Jericó. A todos los hombres de guerra se les debe ordenar que rodeen la ciudad una vez al día durante seis días, y el séptimo día deben dar siete vueltas alrededor de Jericó.

"Y Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: Llevad el arca del pacto, y siete sacerdotes lleven siete trompetas de cuernos de carneros delante del arca del Señor. Y dijo al pueblo: Pasad, y cercad la ciudad, y el que está armado, pase delante del arca de Jehová. Y sucedió que cuando Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes que llevaban las siete trompetas de cuernos de carnero pasaron delante del Señor y tocaron las trompetas, y el arca del pacto del Señor los siguió. Y los hombres armados iban delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas, y la retaguardia iba detrás del arca, los sacerdotes iban y tocaban las trompetas. Y Josué había mandado al pueblo, diciendo: No gritaréis, ni haréis ruido con vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día que yo os mande gritar; entonces gritaréis. Y el arca [63] del Señor rodeó la ciudad, rodeándola una vez; y llegaron al campamento, y se alojaron en el campamento.

La hueste hebrea marchaba en perfecto orden. Iba primero un cuerpo selecto de hombres armados, vestidos con sus ropas guerreras, pero ya no para ejercitar su destreza en las armas, sino sólo para creer y obedecer las instrucciones que les dieran. Luego siguieron siete sacerdotes con trompetas. Luego vino el arca de Dios, resplandeciente de oro, un halo de gloria se cernía sobre ella, llevada por sacerdotes con sus ricas y peculiares vestiduras, que denotaban su oficio sagrado. El vasto ejército de Israel siguió en perfecto orden, cada tribu bajo su respectivo estandarte. Así rodearon la ciudad con el arca de Dios. No se escuchó más sonido que el paso de ese poderoso ejército, y la voz solemne de las trompetas, resonó por las colinas y resonó a través de la ciudad de Jericó. Con asombro y alarma, los atalayas de esa ciudad condenada marcaron cada movimiento e informaron a las autoridades. No pueden decir lo que significa toda esta exhibición. Algunos ridiculizaron la idea de que esa ciudad fuera tomada de esta manera,

mientras que otros se asombran al contemplar el esplendor del arca, y la apariencia solemne y digna de los sacerdotes, y el ejército de Israel que los sigue, con Josué a la cabeza. Recuerdan que el Mar Rojo, cuarenta años antes, se abrió ante ellos, y que se les acababa de preparar un paso a través del río Jordán. Están demasiado aterrorizados para el deporte. Son estrictos en mantener las puertas de la ciudad bien cerradas, y poderosos guerreros para proteger cada puerta. Durante seis días los ejércitos de Israel dieron la vuelta a la ciudad. El séptimo día dieron siete vueltas a Jericó. Se ordenó a la gente, como de costumbre, que guardara silencio. Sólo se oía la voz de las trompetas. El pueblo debía observar, y cuando los trompeteros hicieran un toque más largo de lo habitual, entonces todos debían gritar a gran voz, porque Dios les había dado la ciudad. “Y aconteció que el séptimo día se levantaron temprano, al amanecer, y dieron siete vueltas a la ciudad de la misma manera; solamente en ese día dieron siete vueltas a la ciudad. Y aconteció que a la séptima vez, cuando los sacerdotes tocaron las trompetas, Josué [64] dijo al pueblo: Gritad; porque Jehová os ha dado la ciudad. Así gritaba el pueblo cuando los sacerdotes tocaban las trompetas. Y aconteció que cuando el pueblo oyó el sonido de la trompeta, y el pueblo gritó con gran júbilo, el muro se derrumbó completamente, de modo que el pueblo subió a la ciudad, cada uno derecho delante de él, y tomó la ciudad.”

Dios tenía la intención de mostrar a los israelitas que la conquista de Canaán no se les debía atribuir. El Capitán del ejército del Señor venció a Jericó. Él y sus ángeles estaban comprometidos en la conquista. Cristo mandó a los ejércitos del Cielo a derribar los muros de Jericó, y prepara una entrada para Josué y los ejércitos de Israel. Dios, en este milagro maravilloso, no solo fortaleció la fe de su pueblo en su poder para someter a sus enemigos, sino que también reprendió su incredulidad anterior.

Jericó había desafiado a los ejércitos de Israel y al Dios del cielo. Y al ver que el ejército de Israel marchaba alrededor de su ciudad una vez al día, se alarmaron; pero miraron sus fuertes defensas, sus firmes y altos muros, y se sintieron seguros, que podrían resistir cualquier ataque. Pero cuando de repente sus firmes muros se tambalearon y cayeron, con un estruendo deslumbrante, como los repiques del trueno más fuerte, quedaron paralizados por el terror y no pudieron ofrecer resistencia.

Ninguna mancha descansó sobre el carácter santo de Josué. Era un líder sabio. Su vida estuvo enteramente dedicada a Dios. Antes de morir, reunió a la hueste hebrea y, siguiendo el ejemplo de Moisés, recapituló sus viajes por el desierto y también el trato misericordioso de Dios con ellos. Luego se dirigió a ellos con elocuencia. Él les contó que el rey de Moab hizo guerra contra ellos, y llamó a Balaam para que los maldijera; pero Dios “no escuchó a Balaam, por lo que todavía te bendijo”. Entonces les dijo: “Y si mal os parece servir al Señor, escoged hoy a quién sirváis ; si los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, que estaban al otro lado del río, o los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis. Pero yo y mi casa serviremos al Señor. Y el pueblo respondió y dijo: Guarde Dios que dejemos al Señor, para servir a otros dioses; porque el Señor nuestro Dios es el que nos hizo subir a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, y el que hizo aquellas grandes señales delante de nuestros ojos, y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos, y entre toda la gente por la que pasamos.”

El pueblo renovó su pacto con Josué. Le dijeron: Al Señor nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos. Josué escribió las palabras de su pacto en el libro que contiene las leyes y estatutos dados a Moisés. Josué era amado y respetado por todo Israel, y su muerte fue muy lamentada por ellos.

* * * * *

Capítulo 34—Samuel y Saúl

Los hijos de Israel eran un pueblo muy favorecido. Dios los había sacado de la esclavitud egipcia y los había reconocido como su propio tesoro peculiar. Moisés dijo: “¿Qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ellos, como el Señor nuestro Dios está en todas las cosas que le invocamos?”

Samuel había juzgado a Israel desde su juventud. Había sido un juez justo e imparcial, fiel en todo su trabajo. Estaba envejeciendo, y la gente vio que sus hijos no seguían sus pasos.

Aunque no eran viles, como los hijos de Eli, sin embargo, eran deshonestos y de doble ánimo. Mientras ayudaban a su padre en su laborioso trabajo, su amor por la recompensa los llevó a favorecer la causa de los injustos.

Los hebreos exigieron un rey de Samuel, como las naciones [66] alrededor de ellos. Al preferir un monarca despótico al gobierno sabio y apacible de Dios mismo, por la jurisdicción de sus profetas, mostraron una gran falta de fe en Dios y confianza en su providencia para levantarles gobernantes que los dirigieran y los gobernarán. Siendo los hijos de Israel peculiarmente el pueblo de Dios, su forma de gobierno era esencialmente diferente de todas las naciones que los rodeaban. Dios les había dado estatutos y leyes, y había escogido sus gobernantes para ellos, y el pueblo debía obedecer a estos líderes en el Señor. En todos los casos de dificultad y gran perplejidad, había que consultar a Dios. Su demanda de un rey fue una salida rebelde de Dios, su líder especial. Sabía que un rey no sería lo mejor para su pueblo elegido. Le rendirían a un monarca terrenal el honor que se le debía únicamente a Dios. Y si tuvieran un rey, cuyo corazón fuera engreído y no recto con Dios, los alejaría de él y los haría rebelarse contra él. El Señor sabía que nadie podía ocupar el puesto de rey, y recibir los honores que normalmente se dan a un rey, sin ser exaltado, y sus caminos parecían rectos a sus propios ojos, mientras que al mismo tiempo estaban pecando contra Dios. A la palabra de un rey, personas inocentes serían

hecho sufrir, mientras que el más indigno sería exaltado, a menos que confiara continuamente en Dios y recibiera sabiduría de él.

Si los hebreos hubieran continuado obedeciendo a Dios después de salir de Egipto, y hubieran guardado su justa ley, él habría ido delante de ellos y los habría prosperado, y los habría convertido siempre en el terror de las naciones paganas que los rodeaban. Pero ellos siguieron tan a menudo sus propios corazones rebeldes, y se apartaron de Dios, y entraron en la idolatría, que Él permitió que fueran vencidos por otras naciones, para humillarlos y castigarlos. Cuando en su aflicción clamaron a Dios, él siempre los escuchó, y les levantó un gobernante para librarlos de sus enemigos. Estaban tan cegados que no reconocieron que fueron sus pecados los que habían hecho que Dios se apartara de ellos, y los dejara [67] débiles y presa de sus enemigos, pero razonaron que era porque no tenían a nadie investido con dignidad real. autoridad para comandar los ejércitos de Israel. No habían guardado un recuerdo agradecido de los muchos ejemplos que Dios les había dado de su cuidado y gran amor, sino que a menudo desconfiaban de su bondad y misericordia.

Dios había levantado a Samuel para juzgar a Israel. Fue honrado por todo el pueblo. Dios debía ser reconocido como su gran Cabeza, sin embargo, designó a sus gobernantes, y los imbuyó de su Espíritu, y les comunicó su voluntad a través de sus ángeles, para que pudieran instruir al pueblo. Dios también dio evidencias especiales al pueblo, por medio de sus obras poderosas realizadas por medio de sus gobernantes escogidos, para que tuvieran la confianza de que él los había investido con una autoridad que no podía dejarse de lado a la ligera.

Dios estaba enojado con su pueblo porque exigieron un rey. Él les dio un rey en su ira. Sin embargo, le pidió a Samuel que le dijera al pueblo fielmente la conducta de los reyes de las naciones que los rodeaban; que no serían como un juez de las dificultades de la iglesia y el Estado, para instruirlos en los caminos del Señor, como sus gobernantes; que su rey sería exaltado, y requeriría honores reales, y exigiría un fuerte impuesto o tributo ; que serían oprimidos; y que Dios no les manifestaría su gran poder, como en Egipto, para librarlos, sino que cuando clamaran a él en su angustia, él no los escucharía.

Pero el pueblo no aceptó el consejo de Samuel y siguió exigiendo un rey. “Y el Señor dijo a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan;

porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que yo no reine sobre ellos.” Aquí Dios le concedió al Israel rebelde lo que resultaría ser una gran maldición para ellos, porque no se someterían a que el Señor gobernara por ellos. Pensaron que sería más honorable a la vista de otras naciones que se dijera: Los hebreos tienen un rey. El Señor le ordenó a Samuel que ungiera a Saúl como [68] rey de Israel. Su apariencia era noble, tal como convendría al orgullo de los hijos de Israel. Pero Dios les dio una exhibición de su disgusto. No era una estación del año en que los visitaban fuertes lluvias, acompañadas de truenos. “Entonces Samuel invocó al Señor, y el Señor envió truenos y lluvia ese día.

Y todo el pueblo temía mucho al Señor ya Samuel. Y dijo todo el pueblo a Samuel: Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal, pedirnos un rey. Samuel procuró animar al pueblo, que aunque habían pecado, si desde entonces seguían al Señor, él no los abandonaría, por causa de su gran nombre. “Además, en cuanto a mí, Dios me libre de pecar contra el Señor cesando de orar por ustedes; pero yo os enseñaré el camino bueno y recto. Solamente temed al Señor, y servidle en verdad con todo vuestro corazón; porque considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros. Pero si todavía hacéis el mal, seréis consumidos, vosotros y vuestro rey”.

Cuando los filisteos, con su gran ejército, se prepararon para hacer la guerra contra Israel, entonces el pueblo tuvo miedo. No tenían tanta confianza en que Dios se les apareciera como antes habían demandado impíamente un rey. Sabían que no eran más que un puñado, en comparación con los ejércitos de los filisteos, y salir a la batalla con ellos parecía una muerte segura. No se sentían tan seguros como pensaban en posesión de su rey. En su perplejidad no se atrevieron a invocar a Dios, a quien habían despreciado. El Señor dijo a Samuel: No te han desechado a ti, sino a mí, al desear un rey.

Ahora bien, estos hombres que habían sido valientes, y un terror para sus numerosos enemigos, tenían miedo de salir a la batalla contra los filisteos. Tenían a su rey, pero no se atrevían a confiar en él, y sentían que lo habían elegido antes que a la Fortaleza de Israel. Cuando fueron llevados a esta condición desconcertante, sus corazones desfallecieron. El pueblo se dispersó, en su angustia, y se escondió en cuevas, [69]

y en matorrales, y en lugares altos, y en fosos, como si huyera del cautiverio. Los que se atrevieron a ir con Saúl lo siguieron temblando. Estaba en gran perplejidad al ver que la gente se había dispersado de él. Esperó ansiosamente la venida prometida de Samuel; pero pasó el tiempo, y él no vino. Dios había detenido a propósito a Samuel, para que su pueblo pudiera ser probado y pudiera darse cuenta de su pecado, y cuán pequeña era su fuerza, y cuán débil era su juicio y sabiduría sin Dios.

En su calamidad se arrepintieron de haber elegido un rey. Habían poseído mayor coraje y confianza mientras tenían gobernantes temerosos de Dios para instruirlos y guiarlos, porque obtuvieron el consejo directo de Dios, y era como ser guiados por Dios mismo. Ahora, se dieron cuenta de que estaban comandados por un rey descarriado, que no podía salvarlos en su angustia. Saúl no tenía un sentido alto y exaltado de la excelencia y la terrible majestad de Dios. No tenía una consideración sagrada por sus ordenanzas señaladas. Con un espíritu impetuoso porque Samuel no apareció a la hora señalada, se apresuró presuntuosamente ante Dios y emprendió la obra sagrada del sacrificio. Mientras estaba equipado para la guerra, construyó el altar y ofició para él y el pueblo. Esta obra fue entregada sagradamente a aquellos designados para el propósito. Este acto fue un crimen en Saúl, y tal ejemplo llevaría al pueblo a tener en baja estima las ceremonias y ordenanzas religiosas santificadas y ordenadas por Dios, prefigurando la ofrenda sin pecado de su amado Hijo. Dios quiere que su pueblo tenga una consideración santa y una reverencia sagrada por la obra sacrificial de los sacerdotes, que apunta al sacrificio de su Hijo.

Tan pronto como Saúl hubo terminado su obra presuntuosa, Samuel aparece y, al ver las evidencias de su pecado, clama con dolor a Saúl: "¿Qué has hecho?" Saúl explica el asunto a Samuel, [70] justificándose, poniendo delante de Samuel su perplejidad y angustia, y su tardanza como excusa. Samuel reprende a Saúl, y le dice que ha obrado neciamente, al no guardar los mandamientos del Señor, que si los hubiera obedecido, el Señor habría establecido su reino para siempre. "Pero ahora tu reino no continuará. El Señor le ha buscado un hombre conforme a su corazón, y el Señor le ha mandado que sea capitán sobre su pueblo, porque tú no has guardado lo que el Señor te ha mandado".

Por el pecado de Saúl en su soberbia ofrenda, el Señor no le dio el honor de comandar los ejércitos de Israel en la batalla contra los filisteos. El Señor quiere que solo su nombre sea magnificado para que los ejércitos de Israel no se exalten a sí mismos como si fuera a causa de su justicia, valor o sabiduría, que sus enemigos fueran vencidos. Movi6 en el coraz6n de Jonat6n, var6n justo, y su escudero, que se pasara a la guarnici6n de los filisteos. Jonat6n creía que Dios podía obrar por ellos y salvar por muchos o por pocos. No se apresur6 presuntuosamente. Pidi6 el consejo de Dios, luego, con un coraz6n intrépido, confiando solo en él, sigui6 adelante. A trav6s de estos dos hombres, el Señor llev6 a cabo su obra de someter a los filisteos. Envi6 ángeles para proteger a Jonat6n y a su escudero y protegerlos de los instrumentos de muerte en manos de sus enemigos.

Los ángeles de Dios pelearon al lado de Jonat6n, y los filisteos lo rodearon. Gran temor se apoder6 de la hueste de los filisteos en el campo y en la guarnici6n. Y los saboteadores que habían sido divididos en compańías separadas y enviados en diferentes direcciones, listos para su trabajo de matanza, estaban terriblemente asustados. La tierra tembl6 debajo de ellos, como si una gran multitud con jinetes y carros estuviera sobre el terreno preparado para la batalla. Jonat6n y su escudero, y hasta la hueste de los filisteos sabían que el Señor estaba trabajando para la liberaci6n de los hebreos. Los filisteos quedaron perplejos. Les pareci6 que entre ellos había hombres de Israel que peleaban [71] contra ellos; y pelearon unos contra otros, y mataron a sus propios ejércitos.

La batalla había progresado bastante tiempo antes de que Saúl y sus hombres se dieran cuenta de que se estaba obrando la liberaci6n de Israel. Los atalayas de Saúl percibieron una gran confusi6n entre los filisteos, y vieron que su númer6 disminuía y, sin embargo, nadie se perdi6 de los ejércitos de Israel. Después de contar a los hombres de guerra, Jonat6n y su escudero fueron dados por desaparecidos. Saúl y el pueblo estaban perplejos. Hizo traer el arca de Dios, y mientras el sacerdote consultaba a Dios, aument6 el alboroto entre los filisteos. Sonaba como dos grandes ejércitos en una batalla cerrada. Cuando Saúl y el pueblo de Israel vieron que Dios peleaba por ellos, los que habían huido y se escondieron en su terror, y los que se habían unido a los filisteos por miedo, se u

y Jonatán, y persiguieron a los filisteos. El Señor obró por Israel, y los entregó para la gloria de su propio nombre, para que el ejército pagano no triunfe sobre su pueblo, y se enorgullezca contra Dios.

Nuevamente Saúl erró en su voto precipitado de que nadie debería comer hasta la tarde. Hubo una gran falta de sabiduría en el celo de Saúl al hacer tal voto. Fue un gran día de trabajo para el pueblo, y sufrieron mucho por el desfallecimiento, y cuando expiró el tiempo del voto, el pueblo estaba tan desfallecido que transgredieron el mandamiento del Señor, y comieron carne con la sangre, que había sido prohibido de Dios. Saúl estaba decidido a matar a su hijo Jonatán, porque en su desmayo había probado un poco de miel, ignorando el voto de su padre.

Aquí se vio el celo ciego de Saúl, y la falta de juzgar con justicia y sabiduría en asuntos difíciles. Debía haber razonado así: Dios se ha complacido en obrar de manera especial a través de Jonatán, escogiéndolo así entre los hijos de Israel para librarlos; y [72] sería un crimen destruir su vida, que Dios ha preservado milagrosamente. Sabía que si perdonaba su vida, debía reconocer que había cometido un error al hacer tal voto. Esto humillaría su orgullo ante la gente. Saúl debería haber respetado a aquellos a quienes Dios había honrado al elegirlos para liberar a Israel. Al dar muerte a Jonatán, mataría a uno a quien Dios amaba, mientras que aquellos cuyos corazones no estaban bien con Dios los mantendría vivos. Dios no permitiría que Jonatán muriera, sino que indujo al pueblo a oponerse al juicio de Saúl, aunque él era un monarca gobernante, para que se convenciera de que había pecado al hacer un voto tan precipitado. “Y el pueblo dijo a Saúl: ¿Ha de morir Jonatán, que ha hecho esta gran salvación en Israel? Dios no lo quiera. Vive el Señor, que ni un cabello de su cabeza caerá en tierra; porque ha obrado con Dios hoy. Así rescató el pueblo a Jonatán, para que n

Saúl era un hombre impulsivo, y el pueblo de Israel pronto sintió su pecado al exigir un rey. El Señor ordenó a Samuel que fuera a Saúl con una orden especial de él. Antes de relatarle las palabras del Señor, le dijo. “Jehová me envió a ungirte por rey sobre su pueblo, sobre Israel; ahora pues, escucha la voz de las palabras del Señor.”

Samuel había perdido la confianza en el carácter religioso de Saúl, porque lo había sido independientemente de seguir la palabra del Señor. Había pecado en su ofrenda presuntuosa, y errado grandemente en su voto precipitado. Por lo tanto, Samuel le dio un encargo especial para prestar atención a las palabras del Señor. “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Me acuerdo de lo que hizo Amalec a Israel. Cómo lo acechaba en el camino cuando subía de Egipto. Ahora ve y golpea a Amalek, y destruye por completo todo lo que tienen, y no los perdones.”

Muchos años antes, Dios había designado a Amalek para la destrucción total. Habían levantado sus manos contra Dios y su trono, y habían jurado por sus dioses que Israel sería completamente consumido, y el Dios de Israel sería abatido de modo que no pudiera librarlos de su manos.

Amalec se había burlado de los temores de su pueblo y se había burlado de las maravillosas obras de Dios para la liberación de Israel realizadas por mano de Moisés ante los egipcios. Se habían jactado de que sus sabios y magos podían realizar todas esas maravillas. Y si los hijos de Israel hubieran sido sus cautivos, en su poder como lo fueron en el de Faraón, que el mismo Dios de Israel no hubiera podido librarlos de sus manos. Despreciaron a Israel y juraron azotarlos hasta que no quedara ninguno.

Dios tomó nota de sus palabras jactanciosas contra él, y ordenó que fueran completamente destruidos por el mismo pueblo al que habían despreciado, para que todas las naciones pudieran señalar el fin de ese pueblo tan orgulloso y poderoso.

Dios probó a Saúl al confiarle la importante comisión de ejecutar su amenaza de ira sobre Amalek. Pero él desobedeció a Dios y perdonó al malvado y blasfemo rey Agag, a quien Dios había señalado para la muerte, y perdonó lo mejor del ganado. Destruyó por completo todos los desechos que no les beneficiarían. Saúl pensó que se sumaría a su grandeza perdonar a Agag, un noble monarca espléndidamente ataviado. Y volver de la batalla con él cautivo, con gran botín de bueyes, ovejas y mucho ganado, le daría mucha fama, y haría que las naciones le temieran y temblaran delante de él.

Y el pueblo se unió a él en esto. Disculpaban su pecado entre ellos mismos al no destruir el ganado, porque podían reservarlo para sacrificar a Dios, y guardar su propio ganado para sí mismos.

Samuel visita a Saúl con una maldición del Señor por su desobediencia, por exaltarse así ante el Señor, para elegir su propio camino y seguir su propio razonamiento, en lugar de seguir estrictamente al Señor. Saúl sale al encuentro de Samuel, como un hombre inocente, y lo saluda con estas palabras: “Bendito seas tú del Señor. He [74] cumplido el mandamiento del Señor. Y Samuel dijo. ¿Qué significa, pues, el balido de las ovejas en mis oídos, y el mugido de los bueyes que oigo? Y Saúl dijo. Los han traído de los amalecitas; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para sacrificar al Señor tu Dios, y el resto lo hemos destruido por completo.”

Samuel relata a Saúl lo que Dios le había dicho la noche anterior, la cual pasó Samuel en oración dolorosa, a causa de los pecados de Saúl. “Cuando eras pequeño a tus propios ojos, ¿no fuiste puesto por cabeza de las tribus de Israel, y el Señor te ungió por rey sobre Israel?” Le recuerda a Saúl los mandamientos de Dios que había transgredido inicualemente, y le pregunta: “¿Por qué, pues, no obedeciste la voz de Jehová, sino que volaste sobre los despojos e hiciste lo malo ante los ojos de Jehová?”

“Y Saúl dijo a Samuel: Sí, he obedecido la voz del Señor, y he ido por el camino que el Señor me envió, y he traído a Agag, rey de Amalec, y he destruido por completo a los amalecitas. Pero el pueblo tomó del botín ovejas y bueyes, lo principal de las cosas que debían haber sido totalmente destruidas, para sacrificar a Jehová tu Dios en Gilgal”.

Saulo aquí pronunció una falsedad. El pueblo había obedecido sus instrucciones. Pero para protegerse a sí mismo, quiso que el pueblo cargara con el pecado de su desobediencia.

“Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios, como en obedecer la voz de Jehová? He aquí, obedecer es mejor que el sacrificio, y prestar atención que la grasa de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como iniquidad e idolatría la obstinación. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado a ti para que no seas rey. Y Saúl dijo a Samuel: He pecado; porque he transgredido el mandamiento del Señor y tus palabras, porque temí al pueblo y obedecí su voz.

[75] Dios no deseaba que su pueblo poseyera nada que perteneciera a los amalecitas, porque su maldición recaía sobre ellos y sus posesiones.

siones. Dispuso que tuvieran un fin, y que su pueblo no conservara para sí nada de lo que él había maldecido.

También deseaba que las naciones vieran el fin de ese pueblo que lo había desafiado, y que se dieran cuenta de que fueron destruidos por el mismo pueblo al que habían despreciado. No debían destruirlos para aumentar sus propias posesiones, o para obtener gloria para sí mismos, sino para cumplir la palabra del Señor hablada con respecto a Amalek.

El Señor le había dicho a Moisés: "Escribe esto para memoria en un libro, y repítelo en los oídos de Josué; porque destruiré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Acordaos de lo que os hizo Amalec en el camino, cuando salisteis de Egipto; cómo te salió al encuentro en el camino, y te golpeó la retaguardia, aun a todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas fatigado y fatigado. Y no temía a Dios. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé reposo de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da en heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo . . . No lo olvidarás.

Y, sin embargo, Saúl se había atrevido a desobedecer a Dios y reservar lo que había maldecido y designado para morir, para ofrecerlo ante Dios como sacrificio por el pecado.

Samuel presentó ante Saúl su proceder inicuo y luego preguntó: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz de Jehová?" Hubiera sido mejor si hubiera obedecido a Dios, que hacer tales provisiones para sacrificios y ofrendas por sus pecados de desobediencia.

Dios no se deleitaba tanto en el derramamiento de la sangre de las bestias como en la obediencia a sus mandamientos. Las ofrendas fueron designadas divinamente para recordar al hombre pecador que el pecado traía la muerte, y que la sangre de la bestia inocente podía expiar la culpa del [76] transgresor, en virtud del gran sacrificio aún por ofrecer. Dios exigió de su pueblo obediencia en lugar de sacrificio. Todas las riquezas de la tierra eran suyas. El ganado sobre mil colinas le pertenecía. No requirió que el botín de un pueblo corrompido, sobre el cual recaía su maldición, hasta su total extinción, le fuera presentado para prefigurar al santo Salvador, como un cordero sin mancha.

Samuel le informó a Saúl que su rebelión era como pecado de brujería. Es decir, cuando uno comenzaba a viajar en el camino

de rebelión, se deja dominar por una influencia que se opone a la voluntad de Dios. Satanás controla la mente rebelde.

Quienes así son controlados pierden la tranquila confianza en Dios y tienen cada vez menos disposición a rendir obediencia amorosa a su voluntad.

Satanás se familiariza cada vez más con ellos, hasta que parece que no tienen poder para dejar de rebelarse. A este respecto, la rebelión es como el pecado de la brujería.

La obstinación de Saúl en insistir ante Samuel en que había obedecido a Dios, fue como iniquidad e idolatría. Su amor por hacer su propia voluntad le era más deseable que obtener el favor de Dios o la aprobación de una conciencia limpia. Y cuando su pecado fue expuesto claramente ante él, y su error definitivamente señalado, su orgullo de opinión, su excesivo amor propio, lo llevaron a justificarse a sí mismo en su proceder equivocado, desafiando la reprensión de Samuel, y la palabra de el Señor por boca de su profeta. Tal obstinación en una transgresión conocida, lo separó para siempre de Dios.

Sabía que había ido en contra del mandato expreso de Dios, pero cuando Dios lo reprendió por medio de Samuel, no reconoció humildemente su pecado, sino que de una manera determinada pronunció una falsedad en autojustificación. Si se hubiera arrepentido humildemente y recibido la reprensión, el Señor habría tenido misericordia y perdonado a Saúl por su gran pecado. Pero el Señor dejó a Saúl por negarse tercamente a ser corregido y decir mentiras a Samuel, su mensajero. Samuel [77] le dijo a Saúl que, como él había rechazado la palabra del Señor, Dios lo había rechazado para que no fuera rey.

Esta última denuncia sorprendente de Samuel le dio a Saúl un sentido de su verdadera condición y, a través del miedo, reconoció que había pecado y que había transgredido el mandamiento del Señor, que antes había negado firmemente. Suplicó a Samuel que perdonara su pecado y que adorara con él ante el Señor. Samuel se negó, y le dijo a Saúl que Dios le había arrebatado el reino y, para que no fuera engañado, le dijo que la Fortaleza de Israel no mentiría y sería tan cambiante como él.

Nuevamente, Saúl suplicó fervientemente que Samuel lo honrara con su presencia una vez más ante los ancianos de Israel y todo el pueblo. Samuel cedió a su pedido y llamó al cruel rey Agag, y él vino a él muy cortésmente. “Y Samuel dijo: Como tu espada ha dejado sin hijos a la mujer, así quedará sin hijo tu madre

entre mujeres Y Samuel cortó a Agag en pedazos delante del Señor en Gilgal”.

Y el Señor nunca más se comunicó con Saúl, ni lo instruyó por medio de Samuel. Había elegido seguir su propia voluntad y había rechazado la palabra del Señor. Dios lo dejó guiado por su propio juicio, el cual había elegido seguir en lugar de obedecer a Dios. Saúl no tuvo un verdadero arrepentimiento. Había sido exaltado porque fue hecho rey. Manifestó mayor ansiedad por ser honrado por Samuel ante el pueblo que por obtener el perdón y el favor de Dios.

Samuel no vino más a Saúl con instrucciones de Dios. El Señor no podía emplearlo para llevar a cabo sus propósitos. Pero él envió a Samuel a la casa de Isaí, para ungir a David, a quien había elegido para ser gobernante en lugar de Saúl, a quien había rechazado.

Cuando los hijos de Isaí pasaron ante Samuel, él habría elegido a Eliab, quien era de gran estatura y apariencia digna, pero el ángel de Dios estuvo a su lado para guiarlo en la importante decisión, y le instruyó que no debía juzgar. de la apariencia Eliab no temía al Señor. Su corazón no estaba bien con Dios. Sería [78] un gobernante orgulloso y exigente. Ninguno se encontró entre los hijos de Isaí sino David, el más joven, cuya humilde ocupación era la de cuidar ovejas. Había desempeñado el humilde oficio de pastor con tanta fidelidad y valentía que Dios lo seleccionó para ser capitán de su pueblo. Con el tiempo, cambiaría el cayado de pastor por el cetro.

David no era de gran estatura, pero su semblante era hermoso, expresivo de humildad, honestidad y verdadero coraje. El ángel de Dios le indicó a Samuel que David era el que debía ungir, porque él era el elegido de Dios. Desde entonces el Señor le dio a David un corazón prudente y entendido.

Cuando Saúl vio que Samuel ya no venía a instruirlo, supo que el Señor lo había rechazado por su mala conducta, y su carácter pareció estar marcado por los extremos para siempre. Sus sirvientes, a quienes él dirigía en cuanto a las cosas relacionadas con el reino, a veces no se atrevían a acercarse a él, porque parecía un hombre loco, violento y abusivo. A menudo parecía lleno de remordimiento. Era melancólico y, a menudo, temeroso donde no había peligro. Esto lo descalificó para gobernante. Siempre estaba lleno de ansiedad, y cuando en su estado de ánimo sombrío deseaba que no lo molestaran, y en

los tiempos no permitirían que nadie se acercara a él. Hablaría proféticamente de su destronamiento, y de que otro ocuparía su posición como gobernante, y que su posteridad nunca sería exaltada al trono ni recibiría honores reales, sino que todos perecerían a causa de sus pecados. Repetía proféticamente dichos contra sí mismo con energía distraída, incluso en presencia de sus señores y del pueblo.

Los que presenciaron estas extrañas exhibiciones en Saúl le recomendaron la música, calculada para tener una influencia calmante sobre su mente cuando estaba así distraída. En la providencia de Dios, David se hizo notar como un hábil músico. También fue recomendado por ser un valiente hombre de guerra, prudente y fiel [79] en todo, porque fue especialmente guiado por el Señor. Saúl se sentía a veces humillado, y hasta ansioso de que se hiciera cargo del gobierno del reino uno que supiera del Señor cómo andar conforme a su voluntad. Mientras estaba en un estado mental favorable, envió mensajeros para David. Pronto lo amó y le dio el puesto de escudero, convirtiéndolo en su asistente. Pensó que si David era el favor de Dios, él sería una salvaguardia para él y tal vez le salvaría la vida cuando se expusiera a sus enemigos. La habilidad de David al tocar el arpa calmó el espíritu atribulado de Saúl. Mientras escuchaba los encantadores acordes de la música, tuvo una influencia para disipar la melancolía que se apoderó de él y llevar su mente excitada a un estado más racional y feliz.

Especialmente el corazón de Jonatán estaba unido al de David, y se estableció entre ellos un lazo de unión sumamente sagrado, que permaneció intacto hasta la muerte de Saúl y Jonatán. Estas fueron las obras del Señor, que Jonatán podría ser el medio para preservar la vida de David, cuando Saúl trataría de matarlo. La providencia de Dios conectó a David con Saúl, para que por su sabia conducta pudiera obtener la confianza del pueblo, y por un largo curso de penalidades y vicisitudes fuera inducido a poner toda su confianza en Dios, mientras lo preparaba para convertirse en gobernante de su pueblo. gente.

Cuando los filisteos reanudaron la guerra con Israel, a David se le permitió ir a la casa de su padre para retomar la ocupación de pastor que tanto amaba. Los filisteos no se atreven a aventurar sus grandes ejércitos contra Israel, como lo habían hecho hasta ahora, por temor a ser vencidos y caer ante Israel. Ignoran la debilidad

de Israel No saben que Saúl y su pueblo tienen gran ansiedad, y no se atreven a comenzar la batalla con ellos, temiendo que Israel sea vencido. Pero los filisteos proponen su propia manera de hacer la guerra, eligiendo un hombre de gran tamaño y fuerza, cuya altura es de unos doce pies, y envían a este campeón para provocar un combate con Israel, rogándoles que envíen un hombre para pelear con [80] él. Tenía una apariencia terrible, hablaba con orgullo y desafiaba a los ejércitos de Israel y a su Dios.

Durante cuarenta días, este fanfarrón orgulloso llenó de terror a Israel, y atemorizó mucho a Saúl, porque nadie se atrevía a aventurarse a pelear contra el poderoso gigante. Israel, a causa de sus transgresiones, no tenía esa confianza sagrada en Dios que los llevaría a la batalla en su nombre. Pero Dios no permitiría que una nación idólatra levantara la cabeza con orgullo contra el Gobernante del universo. Salvó a Israel, no por mano de Saúl, sino por mano de David, a quien había levantado para gobernar a su pueblo.

Saúl no sabe qué hacer. Se imagina a Israel como esclavos filisteos . No ve forma de escapar. En su angustia ofrece una gran recompensa a cualquiera que mate al jactancioso orgulloso. Pero todos sienten su debilidad. Tienen un rey a quien Dios no instruye, que no se atreve a emprender ninguna empresa peligrosa, porque no espera ninguna intervención especial de Dios para salvar su vida. Como Israel había sido cómplice con él en la transgresión, no tenía esperanza de que Dios obraría especialmente para ellos y los libraría de las manos de los filisteos. Los ejércitos de Israel parecían paralizados por el terror. No podían confiar en su rey, a quien habían exigido a Dios. La mente de Saúl era cambiante. Dirigía por un corto tiempo los ejércitos, y luego el miedo y el desánimo se apoderaban de él, y revocaba sus órdenes.

Mientras David está realizando un humilde encargo de su padre a sus hermanos, escucha al jactancioso orgulloso que desafia a Israel, y su espíritu se conmueve dentro de él. Está celoso de los ejércitos del Dios viviente a quien ha desafiado el jactancioso blasfemo. Expresa su indignación de que un pagano, que no tiene temor de Dios ni poder de él, sea dejado para temer a todo Israel y triunfar sobre ellos.

El hermano mayor de David, Eliab, a quien Dios no había elegido para ser rey, estaba celoso de David porque era honrado delante de él. [81]

Despreció a David y lo consideró inferior a sí mismo. Lo acusó ante otros de escabullirse sin que su padre lo supiera para ver la batalla. Se burla de él con el pequeño negocio en el que se dedica, en el cuidado de unas pocas ovejas en el desierto. David rechaza la acusación injusta y dice: “¿Qué he hecho ahora? ¿No hay una causa? David no tiene cuidado de explicarle a su hermano que había venido en ayuda de Israel; que Dios lo había enviado para matar a Goliat. Dios lo había escogido para ser gobernante de Israel, y como los ejércitos del Dios viviente estaban en tal peligro, un ángel le había ordenado que salvara a Israel.

David es llevado ante Saúl y le dice que Israel no debe temer: “Tu siervo irá y peleará contra este filisteo”. Saúl se opone debido a su juventud. David se refiere a los peligros que había experimentado en el desierto, para salvar a las ovejas bajo su cuidado. Humildemente atribuye su liberación a Dios. “Jehová me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me libraré de la mano de este filisteo”. Saúl le da permiso a David para ir. Él pone sobre David su propia armadura real. Pero David lo dejó y se limitó a elegir cinco piedras lisas del arroyo, una honda y un bastón. Cuando el orgulloso desafiante de Israel vio al joven de hermoso semblante acercándose a él con este equipo, preguntó: “¿Soy yo un perro, para que vengas a mí con palos?” Maldijo a David por sus dioses, y con jactancia lo invitó a venir a él, para que pudiera dar su carne a las aves del cielo y a las bestias del campo. “Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y escudo”. Pero no vengo a ti con ostentación de armaduras, ni con armas poderosas, sino “en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado”. David no se jacta de una habilidad superior. Su gloria está en el Señor. “Jehová te entregará hoy en mi mano, para que toda la tierra sepa [82] que hay un Dios en Israel. Y toda esta asamblea sabrá que el Señor no salva con espada y lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos. Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y vino y se acercó al encuentro de David, David se apresuró y corrió hacia el ejército para encontrarse con el filisteo. Y David metió su mano en su alforja, y tomó de allí una piedra, y la calafateó, e hirió al filisteo en la frente, y la piedra se hundió en su frente; y cayó sobre su rostro en tierra.”

David cortó la cabeza del jactancioso orgulloso con su propia espada poderosa, de la cual se había jactado. Y cuando los filisteos vieron que su campeón estaba muerto, se confundieron y huyeron en todas direcciones, persiguiéndolos Israel.

Cuando Saúl y David volvían de la matanza de los filisteos, las mujeres de las ciudades salieron a su encuentro con demostraciones de alegría y cantos. Una compañía cantó: "Saúl ha matado a sus miles". Otra compañía respondió a la primera: "Y David sus diez mil".

Esto hizo que Saúl se enojara mucho. En lugar de manifestar humilde gratitud a Dios porque Israel había sido salvado de la mano de sus enemigos por la mano de David, un cruel espíritu de celo viene sobre él y, como en tiempos pasados, se entrega a su control. "Y Saúl se enojó mucho, y le desagradó el dicho; y dijo: Le han atribuido a David diez mil, ya mí no me han atribuido sino millares; ¿Y qué más puede tener sino el reino? Sus temores se despertaron, que este era de hecho el hombre que tomaría su lugar como gobernante. Sin embargo, como todo el pueblo estimaba y amaba a David, Saúl temía hacerle daño abiertamente.

A través de la influencia del pueblo, David fue ascendido a hacerse cargo del negocio relacionado con la guerra. Fue líder en todas sus empresas importantes. Cuando Saúl vio que David se había ganado el amor y la confianza del pueblo, lo odió, porque pensó que era preferido antes que él. Vio la oportunidad de matarlo, [83] y cuando el espíritu maligno estaba sobre él, y David tocaba delante de él como de costumbre, para calmar su mente atribulada, trató de matarlo arrojándole con fuerza un instrumento puntiagudo a la cabeza. corazón. Los ángeles de Dios preservaron la vida de David. Le hicieron entender cuál era el propósito de Saúl, y cuando le arrojaron el instrumento, saltó hacia un lado y no recibió daño, mientras que el instrumento fue hundido profundamente en la pared donde David había estado sentado.

Al pueblo de Israel se le hizo sentir ahora su peculiar posición. Tenían pruebas diarias de que Dios había dejado a Saúl en su propio camino culpable, y un gobernante que se atrevió a cometer asesinato y matar a una persona justa que el Señor había elegido para salvarlos les ordenó. Y por los actos crueles de Saúl estaban teniendo evidencias vivientes a qué extremos de culpa y crimen podía llegar un rey que se rebelaba contra Dios, y se gobernaba por sus propias pasiones.

David había obedecido a Saúl como un siervo, y su conducta fue humilde. Su vida fue irreprochable. Su fidelidad en hacer la voluntad de Dios fue una reprensión constante al proceder extravagante y rebelde de Saúl. Saúl decidió no dejar ningún medio sin probar, para que David pudiera ser muerto. Mientras vivió Saúl, este fue el gran objetivo de su vida, a pesar de que se vio obligado a atribuir a la providencia de Dios el escape de David de sus manos. Sin embargo, su corazón estaba desprovisto del amor de Dios, y era un autoidólatra. A su orgullo y ambición se sacrificaron el verdadero honor, la justicia y la humanidad. Cazó a David como a una bestia salvaje. David a menudo tenía a Saúl en su poder, y los hombres a quienes mandaba lo instaban a matarlo. Aunque David sabía que había sido escogido por Dios para reinar en Israel, no quiso levantar la mano contra Saúl, a quien Dios había ungido. Eligió buscar asilo entre los filisteos. Con su conducta prudente y humilde hizo que incluso sus enemigos estuvieran en paz con él, con quienes permaneció hasta la muerte de Saúl.

Cuando los filisteos vuelven a hacer la guerra contra Israel, Saúl tiene miedo.

[84] No ha descansado en ninguna época de peligro, y el pueblo está dividido.

Algunos van con Saúl en toda su maldad. Otros no pueden confiar en su juicio y desean un gobernante justo. Los últimos actos de Saúl han sido tan crueles, presuntuosos y atrevidos, que su conciencia es como un flagelo, reprendiéndolo continuamente. Sin embargo, no se arrepiente de su maldad, sino que prosigue su curso implacable con desesperación desesperada, y ante la perspectiva de una batalla se distrae y se vuelve melancólico. Presume, con su carga de culpa sobre él, de consultar a Dios, pero Dios no le responde. Ha masacrado bárbaramente a los sacerdotes del Señor, porque permitieron que David escapara. Destruyó la ciudad donde habitaban los sacerdotes, y mató a una multitud de justos, para satisfacer su ira envidiosa. Sin embargo, en su peligro se atreve a acercarse a Dios, para preguntar si hará la guerra contra los filisteos.

Pero como Dios lo ha dejado, busca una mujer con espíritu familiar, que esté en comunión con Satanás. Ha abandonado a Dios, y finalmente busca a uno que ha hecho un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno, para el conocimiento. La bruja de Endor había hecho un acuerdo con Satanás para seguir sus instrucciones en todas las cosas, y él realizaría prodigios y milagros para ella, y le revelaría

ella las cosas más secretas, si ella se entregaba sin reservas a ser controlada por Su Satánica Majestad. Esto lo había hecho ella.

Cuando Saúl preguntó por Samuel, el Señor no hizo que Samuel se le apareciera a Saúl. No vio nada. A Satanás no se le permitió perturbar al resto de Samuel en la tumba y traerlo en realidad a la bruja de Endor. Dios no le da poder a Satanás para resucitar a los muertos. Pero los ángeles de Satanás asumen la forma de amigos muertos, y hablan y actúan como ellos, para que a través de amigos declarados muertos, él pueda llevar a cabo mejor su obra de engaño. Satanás conocía bien a Samuel y supo cómo representarlo ante la bruja de Endor y pronunciar correctamente el destino de Saúl y sus hijos.

Satanás vendrá de una manera muy plausible a aquellos a quienes pueda engañar; y se insinuará en su favor, y los alejará casi imperceptiblemente de Dios. Los gana bajo su control [85] con cautela al principio, hasta que sus perceptibilidades se vuelven embotadas. Luego hará sugerencias más audaces, hasta que pueda llevarlos a cometer casi cualquier grado de delito. Cuando los ha llevado completamente a su lazo, entonces está dispuesto a que vean dónde están, y se regocija en su confusión, como en el caso de Saúl. Había permitido que Satanás lo condujera como cautivo voluntario, y ahora Satanás extiende ante Saúl una descripción correcta de su destino. Al dar a Saúl una declaración correcta de su fin, a través de la mujer de Endor, Satanás abre un camino para que Israel sea instruido por su astucia satánica, para que puedan, en su rebelión contra Dios, aprender de él y, al hacerlo, cortar el último eslabón que los uniría a Dios.

Saúl sabía que en este último acto, al consultar a la bruja de Endor, cortó el último jirón que lo unía a Dios. Sabía que si antes no se había separado voluntariamente de Dios, este acto sellaba esa separación y la hacía definitiva. Había hecho un pacto con la muerte y un pacto con el infierno. La copa de su iniquidad estaba llena.

Capítulo 35—David

Dios seleccionó a David, un humilde pastor, para gobernar a su pueblo. Era estricto en todas las ceremonias relacionadas con la religión judía y se distinguía por su audacia y confianza inquebrantable en Dios. Fue notable por su fidelidad y reverencia. Su firmeza, humildad, amor a la justicia y decisión de carácter lo capacitaron para llevar a cabo los altos propósitos de Dios, instruir a Israel en sus devociones y gobernarlos como un monarca generoso y sabio.

[86] Su carácter religioso era sincero y ferviente. Fue mientras David fue así fiel a Dios, y poseía estos rasgos exaltados de carácter, que Dios lo llama un hombre conforme a su propio corazón. Cuando fue exaltado al trono, su conducta general contrastaba notablemente con la de los reyes de otras naciones. Aborrecía la idolatría y celosamente impidió que el pueblo de Israel fuera seducido a la idolatría por las naciones vecinas. Fue muy amado y honrado por su pueblo.

Con frecuencia venció y triunfó. Creció en riqueza y grandeza. Pero su prosperidad tuvo una influencia para alejarlo de Dios. Sus tentaciones fueron muchas y fuertes. Finalmente cayó en la práctica común de otros reyes a su alrededor, de tener una pluralidad de esposas, y su vida fue amargada por los malos resultados de la poligamia. Su primer error fue tomar más de una esposa, apartándose así del sabio arreglo de Dios. Este alejamiento de la derecha preparó el camino para mayores errores. Las naciones idólatras reales consideraban que tener muchas esposas era una adición a su honor y dignidad, y David consideraba un honor para su trono tener varias esposas. Pero se le hizo ver la maldad miserable de tal proceder por la infeliz discordia, la rivalidad y los celos entre sus numerosas esposas e hijos.

Su crimen en el caso de Urías y Betsabé fue atroz a la vista de Dios. Un Dios justo e imparcial no sancionó ni excusó estos pecados en David, sino que envió una reprensión y una fuerte denuncia por parte de Natán, su profeta, que retrata con vivos colores su dolorosa

ofensa. David había sido cegado a su maravillosa partida de Dios. Se había disculpado a sí mismo por su propia conducta pecaminosa, hasta que sus caminos parecieron pasables a sus propios ojos. Un paso en falso había preparado el camino para otro, hasta que sus pecados exigieron la reprensión de Jehová por medio de Natán. David despierta como de un sueño. Siente el sentido de su pecado. No busca excusar su proceder, ni paliar su pecado, como hizo Saúl; pero con remordimiento y dolor sincero, inclina la cabeza ante el profeta de Dios y reconoce su culpa. Nathan le dice a David que debido a su arrepentimiento y humilde confesión, [8] Dios perdonará su pecado, evitará una parte de la calamidad amenazada y perdonará su vida. Sin embargo, debía ser castigado, porque había dado gran ocasión a los enemigos del Señor para que blasfemaran. Esta ocasión ha sido aprovechada por los enemigos de Dios, desde los días de David hasta el tiempo presente. Los escépticos han atacado al cristianismo y ridiculizado la Biblia porque David les dio la ocasión. Traen a los cristianos el caso de David, su pecado en el caso de Urías y Betsabé, su poligamia, y luego afirman que David es llamado un hombre conforme al corazón de Dios, y si el registro bíblico es correcto, Dios justificó a David en sus crímenes

Se me mostró que fue cuando David era puro y andaba en el consejo de Dios, que Dios lo llamó un hombre conforme a su corazón. Cuando David se apartó de Dios y manchó su carácter virtuoso con sus crímenes, ya no era un hombre conforme al corazón de Dios. Dios no lo justificó en lo más mínimo en sus pecados, sino que envió a Natán su profeta, con terribles denuncias a David porque había transgredido el mandamiento del Señor. Dios muestra su disgusto por el hecho de que David tenga una pluralidad de esposas visitándolo con juicios y permitiendo que los males se levanten contra él desde su propia casa. La terrible calamidad que Dios permitió que le sobreviniera a David, quien por su integridad una vez fue llamado varón conforme al corazón de Dios, es evidencia para las generaciones venideras de que Dios no justificará a nadie por transgredir sus mandamientos, sino que ciertamente castigará al culpable, por justos y favorecidos por Dios que alguna vez hayan podido ser mientras seguían al Señor con pureza de corazón. Cuando los justos se apartan de su justicia y hacen el mal, su justicia pasada no los salvará de la ira de un Dios justo y santo.

Los principales hombres de la historia bíblica han pecado gravemente. Sus pecados no están ocultos, sino fielmente registrados en la historia de la iglesia de Dios, con el castigo de Dios, que siguió a las ofensas.

[88] Estos casos se dejan registrados para el beneficio de las generaciones posteriores, y deben inspirar fe en la palabra de Dios, como una historia fiel. Los hombres que desean dudar de Dios, dudar del cristianismo y de la palabra de Dios, no juzgarán con franqueza e imparcialidad, sino que con mentes prejuiciosas escudriñarán la vida y el carácter, para detectar todos los defectos en la vida de aquellos que han sido los más afectados . eminentes líderes de Israel. Una delineación fiel del carácter, Dios ha hecho que se dé en la historia inspirada, de los mejores y más grandes hombres de su época. Estos hombres eran mortales, sujetos a un Diablo tentador. Su debilidad y pecados no están cubiertos, pero están fielmente registrados, con la reprensión y el castigo que siguieron. “Estas cosas fueron escritas para nuestra amonestación sobre quienes han llegado los fines del mundo.”

Dios no ha permitido que se diga mucho en su palabra para exaltar las virtudes de los mejores hombres que han vivido sobre la tierra. Todas sus victorias y grandes y buenas obras fueron atribuidas a Dios. Solo él debía recibir la gloria, solo él debía ser exaltado. Él era todo y en todos. El hombre era sólo un agente, un instrumento débil en sus manos. El poder y la excelencia era todo de Dios. Dios vio en el hombre una disposición continua a apartarse de él, olvidarlo y adorar a la criatura, en lugar del Creador. Por lo tanto, Dios no sufriría mucho en la alabanza del hombre para quedar en las páginas de la historia sagrada.

David se arrepintió de su pecado en polvo y ceniza. Suplicó el perdón de Dios, y no ocultó su arrepentimiento a los grandes hombres, e incluso a los servidores de su reino. Compuso un Salmo penitencial, relatando su pecado y arrepentimiento, cuyo Salmo sabía que sería cantado por generaciones posteriores. Deseaba que otros fueran instruidos por la triste historia de su vida.

Los cánticos que compuso David fueron cantados por todo Israel, especialmente en presencia de la corte reunida, y ante los sacerdotes, ancianos y señores. Sabía que la confesión de su culpa traería sus pecados al conocimiento de otras generaciones. Presenta su [89] caso, mostrando en quién estaba su confianza y esperanza de perdón. “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus misericordias borra mis transgresiones. Lávame

completamente de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado. Líbrame de la culpa de sangre, oh Dios, Dios de mi salvación.”

David no manifiesta el espíritu de un inconverso. Si hubiera poseído el espíritu de los gobernantes de las naciones que lo rodeaban, no le habría dado a Natán la imagen de su crimen ante él en sus colores verdaderamente abominables, sino que le habría quitado la vida al fiel reprensor. Pero a pesar de la altura de su trono y su poder ilimitado, su humilde reconocimiento de todo lo que se le imputaba, es evidencia de que todavía temía y temblaba ante la palabra del Señor.

A David se le hizo sentir amargamente los frutos del mal. Sus hijos actuaron sobre los pecados de los que había sido culpable. Amnón cometió un gran crimen. Absalón lo vengó matándolo. Así fue traído continuamente a su mente el pecado de David, y le hizo sentir todo el peso de la injusticia cometida contra Urías y Betsabé.

Absalón, su propio hijo, a quien amaba más que a todos sus hijos, se rebeló contra él. Por su notable belleza, modales encantadores y fingida amabilidad, astutamente robó los corazones de la gente. No poseía benevolencia en el fondo, pero era ambicioso y, como muestra su curso, recurriría a la intriga y el crimen para obtener el reino. Habría devuelto el amor y la bondad de su padre quitándose la vida. Fue proclamado rey por sus seguidores en Hebrón y los llevó a perseguir a su padre. Fue derrotado y asesinado.

David fue puesto en gran angustia por esta rebelión. Era diferente a cualquier guerra con la que hubiera estado conectado. Su sabiduría de Dios, su energía y habilidad guerrera le habían permitido resistir con éxito los ataques de sus enemigos. Pero esta guerra antinatural, surgiendo en su propia casa, y siendo el rebelde su propio hijo, pareció confundir [90] y debilitar su juicio sereno. Y sabiendo que este mal había sido predicho por el profeta, y que él mismo lo había acarreado, al transgredir los mandamientos de Dios, destruyó su habilidad y anterior coraje sin igual.

David se humilló y se angustió mucho. Huyó de Jerusalén para salvar su vida. No salió con confianza y honor real, confiando en Dios como en las batallas anteriores; pero mientras subía por la subida del monte de los Olivos, rodeado de su pueblo y de sus valientes, cubrió su cabeza en su humildad, y caminó

descalzos, llorando, y su pueblo imitando el ejemplo de profunda humildad manifestado por su rey, mientras huía ante Absalón.

Simei, un pariente de Saúl, que siempre había tenido envidia de David porque recibió el trono y los honores reales que una vez le habían sido otorgados a Saúl, aprovechó esta oportunidad de descargar su furia rebelde sobre David en su desgracia. Maldijo al rey, y arrojó piedras y lodo contra él y sus siervos, y acusó a David de ser un hombre sanguinario y malicioso. Los seguidores de David pidieron permiso para ir y quitarle la vida, pero David los reprende y les dice que “Maldiga, porque el Señor le ha dicho: Maldice a David. ¿Quién, pues, dirá: Por qué has hecho así? Si mi hijo “busca mi vida, ¿cuánto más ahora la hará este benjamita? Déjalo solo, y déjalo maldecir; porque el Señor le ha mandado.”

Así reconoce ante su pueblo y los principales hombres, que este es el castigo que Dios ha traído sobre él a causa de su pecado, que ha dado a los enemigos del Señor ocasión de blasfemar. El benjamita enfurecido podría estar cumpliendo su parte del castigo predicho, y si soportaba estas cosas con humildad, el Señor disminuiría su aflicción y convertiría la maldición de Simei en una bendición. David no manifiesta el espíritu de un inconverso. Muestra que ha tenido una experiencia en las cosas de Dios. [91] Manifiesta una disposición a recibir la corrección de Dios, y en confianza se vuelve a Él como su única confianza. Dios recompensa la humilde confianza de David en él, derrotando el consejo de Ahitofel y preservando su vida.

David no era el personaje que Simei representaba. Cuando Saúl fue puesto repetidamente en su poder, y sus seguidores lo habrían matado, David no permitió que lo hicieran, aunque temía continuamente por su propia vida, y Saúl lo perseguía como una bestia salvaje. Una vez, cuando Saúl estaba en su poder, se cortó un trozo de la falda de su túnica, para que pudiera demostrarle a Saúl que no le haría daño, aunque podría haberle quitado la vida si así lo hubiera dispuesto. David se arrepintió incluso de esto, porque era el ungido del Señor.

Cuando David tuvo sed y ansiaba mucho el agua del pozo de Belén, tres hombres, sin que él lo supiera, se abrieron paso entre el ejército de los filisteos y sacaron agua del pozo de Belén,

y se lo trajo a David. Consideró demasiado sagrado beber y saciar su sed, porque tres hombres, por su amor por él, habían arriesgado sus vidas para obtenerlo. No consideraba la vida a la ligera. Le parecía que si bebía el agua que aquellos valientes habían puesto en peligro su vida para obtener, sería como beber su sangre.

Derramó solemnemente el agua como ofrenda sagrada a Dios.

Después de la muerte de Absalón, Dios volvió el corazón de Israel, como el corazón de un hombre, a David. Simei, que había maldecido a David en su humildad, por temor a su vida, fue uno de los primeros rebeldes en encontrarse con David a su regreso a Jerusalén. Hizo confesión de su conducta rebelde a David. Los que presenciaron su conducta abusiva instaron a David a no perdonarle la vida, porque maldijo al ungido del Señor. Pero David los reprendió. No solo perdonó la vida de Simei, sino que misericordiosamente lo perdonó. Si David hubiera poseído un espíritu vengativo, fácilmente podría haberlo gratificado dando muerte al ofensor.

Israel prosperó y aumentó en número bajo el gobierno de David, [92] y, a medida que se fortalecieron y aumentaron en riqueza y grandeza, se enaltecieron y se enorgullecieron. Se olvidaron del Dador de todas sus misericordias y estaban perdiendo rápidamente su carácter peculiar y santo, que los separaba de las naciones que los rodeaban.

David, en su prosperidad, no preservó esa humildad de carácter y confianza en Dios que caracterizó la primera parte de su vida. Miró con orgullo las ascensiones al reino, y contrastó su entonces próspera condición con su escaso número y poca fuerza cuando ascendió al trono, llevándose la gloria para sí mismo. Complació sus ambiciosos sentimientos al ceder a las tentaciones del Diablo de numerar a Israel, para poder comparar su debilidad anterior con su entonces próspero estado bajo su gobierno. Esto desagradó a Dios y fue contrario a su mandato expreso. Llevaría a Israel a confiar en la fuerza de sus números, en lugar del Dios viviente.

El trabajo de contar a Israel no se completa completamente antes de que David se sienta convencido de que ha cometido un gran pecado contra Dios. Ve su error, y se humilla ante Dios, confesando su gran pecado al contar neciamente al pueblo. Pero su arrepentimiento llegó demasiado tarde. Ya había salido la palabra del Señor a su fiel profeta, para llevar un mensaje a David, y ofrecerle su

elección de los castigos por su transgresión. David todavía muestra que tiene confianza en Dios. Él elige caer en las manos de un Dios misericordioso, en lugar de ser abandonado a la misericordia cruel de los hombres malvados.

Siguió una rápida destrucción. Setenta mil fueron destruidos por la pestilencia. David y los ancianos de Israel estaban en la más profunda humillación, lamentándose delante del Señor. Mientras el ángel del Señor se dirigía a destruir Jerusalén, Dios le pide que detenga su obra de muerte. Un Dios compasivo todavía ama a su pueblo, a pesar de su rebelión. El ángel vestido con ropas guerreras, con una espada desenvainada en la mano, extendido sobre Jerusalén, se revela a David y [93] a los que estaban con él.

David tiene mucho miedo, pero clama en su angustia y en su compasión por Israel.

Le ruega a Dios que salve a las ovejas. Angustiado, confiesa: "He pecado, y he hecho lo malo. Sea tu mano contra mí y contra la casa de mi padre, y no contra el pueblo". Dios habla a David por medio de su profeta, y le pide que haga expiación por su pecado. El corazón de David estaba en la obra y su arrepentimiento fue aceptado. Se le ofrece gratuitamente la era de Arauna, donde edifica un altar al Señor; también ganado, y todo lo necesario para el sacrificio. Pero David le dice a quien haría esta generosa ofrenda, que el Señor aceptará el sacrificio que está dispuesto a hacer, pero que no se presentará ante el Señor con una ofrenda que no le cueste nada. Se lo compraría a él por el precio completo. Ofreció allí holocaustos y ofrendas de paz. Dios aceptó la ofrenda respondiendo a David enviando fuego del cielo para consumir el sacrificio. Al ángel de Dios se le ordenó poner su espada en su vaina y cesar su obra de destrucción.

David compuso muchos de los Salmos en el desierto, al que se vio obligado a huir por seguridad. Saúl incluso lo persiguió allí, y David fue preservado varias veces de caer en manos de Saúl por la interposición especial de la Providencia. Mientras David pasaba así por severas pruebas y penalidades, manifestó una confianza inquebrantable en Dios, y estaba especialmente imbuido de su Espíritu, mientras componía sus canciones que relatan sus peligros y liberaciones, atribuyendo alabanza y gloria a Dios, su misericordioso preservador. . En estos Salmos se ve un espíritu de fervor, devoción y santidad. Cantó estas canciones, que expresan sus pensamientos y meditaciones de las cosas divinas, acompañadas de hábil música con el arpa y otras

instrumentos El Salmo contenido en [2 Samuel 22](#), fue compuesta mientras Saúl lo perseguía para quitarle la vida. Casi todos los cánticos sagrados de David fueron arreglados en el período anterior de su vida, mientras servía al Señor con integridad y pureza de corazón.

David se propuso construir una casa para Dios, en la cual pudiera [94] lugar del arca sagrada, y a la cual debía acudir todo Israel a adorar. El Señor le informó a David por medio de su profeta que no debía construir la casa, sino que debía tener un hijo que edificara una casa para Dios. “Yo seré su padre, y él será mi hijo. Si comete iniquidad, lo castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres. Pero mi misericordia no se apartará de él, como la aparté de Saúl, a quien he apartado de delante de ti. Dios manifiesta piedad y compasión por la debilidad del hombre descarriado, y promete, si transgrede, castigarlo, y si se arrepiente, perdonarlo .

Los últimos años de la vida de David estuvieron marcados por una fiel devoción a Dios. Se lamentó por sus pecados y por apartarse de los justos preceptos de Dios, que habían oscurecido su carácter y dado ocasión a que los enemigos del Señor blasfemaran. El Señor, por medio de su ángel, instruyó a David y le dio un modelo de la casa que Salomón debía edificarle. Se comisionó a un ángel para que estuviera junto a David mientras él escribía, para beneficio de Salomón, las instrucciones importantes con respecto a la disposición de la casa. El corazón de David estaba en la obra. Manifestó seriedad y devoción al hacer amplios preparativos para la construcción, y no escatimó en trabajo ni en gastos, sino que hizo grandes donaciones de su propio tesoro, dando así un noble ejemplo a su pueblo, que no dudaron en seguir con un corazón dispuesto . .

David siente la mayor solicitud por Salomón. Teme que pueda seguir su ejemplo al hacer el mal. Puede ver con el más profundo dolor las manchas y defectos que ha traído sobre su carácter al caer en graves pecados, y salvaría a su hijo del mal si pudiera. Ha aprendido por experiencia que el Señor en ningún caso sancionará el mal, ya sea que se encuentre en el príncipe más encumbrado o en el súbdito más humilde, sino que castigará al líder de su pueblo con un castigo tanto más severo cuanto más responsable sea su cargo. la del humilde sujeto. Los pecados cometidos por los [95] líderes de Israel tendrían una influencia para disminuir la atrocidad

del crimen en las mentes y conciencias del pueblo, y sería llevado a la atención de otras naciones, que no temen a Dios, sino que pisotean su autoridad, y serían inducidos a blasfemar contra el Dios de Israel.

David encarga solemnemente a su hijo que se adhiera estrictamente a la ley de Dios y que guarde todos sus estatutos. Le relata a Salomón la palabra del Señor, dicha a él por medio de sus profetas. “Además, afirmaré su reino para siempre, si él es constante en cumplir mis mandamientos y mis juicios, como en este día. Ahora, pues, a la vista de todo Israel, la congregación del Señor, y en oídos de nuestro Dios, guardad y buscad todos los mandamientos del Señor vuestro Dios, para que podáis poseer esta buena tierra, y dejarla para heredad para tus hijos después de ti para siempre. Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con voluntad dispuesta; porque el Señor escudriña todos los corazones, y entiende todas las imaginaciones de los pensamientos. Si lo buscas, será hallado por ti; pero si lo abandonas, él te desechará para siempre. Mira ahora, porque el Señor te ha escogido para edificar una casa para el santuario. Sé fuerte y hazlo”.

Después de dar este encargo a su hijo, en audiencia del pueblo y en la presencia de Dios, ofrece agradecido agradecimiento a Dios por haber dispuesto su propio corazón, y el corazón del pueblo, para dar de buena gana para la gran obra de edificio. También ruega al Señor que incline el corazón de Salomón a sus mandamientos. Él dice: “Yo también sé, Dios mío, que tú pruebas el corazón y te complaces en la rectitud. En cuanto a mí, en la rectitud de mi corazón, de buena gana he ofrecido todas estas cosas. Y ahora he visto con gozo a tu pueblo, que está presente aquí, para ofrecerte voluntariamente. Oh Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, guarda esto para siempre en la imaginación de los pensamientos del corazón de tu pueblo, y [96] prepara su corazón para ti. Y da a Salomón, hijo mío, un corazón perfecto para guardar tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para hacer todas estas cosas, y para edificar el palacio, para lo cual he hecho provisión”.

La obra pública de David estaba a punto de terminar. Sabía que iba a morir pronto, y no deja sus asuntos comerciales en confusión, para afligir el alma de su hijo, pero mientras tiene suficiente fuerza física y mental, arregla los asuntos de su reino, incluso al máximo

asuntos más pequeños, sin olvidar advertir a Salomón con respecto al caso de Simei. Sabía que causaría problemas en el reino. Era un hombre peligroso de temperamento violento, y solo mantenía el control a través del miedo. Siempre que se atrevía, provocaba una rebelión o, si tenía una oportunidad favorable, no dudaba en quitarle la vida a Salomón.

David, al arreglar su negocio, da un buen ejemplo a todos los que son avanzados en años, para arreglar sus asuntos mientras son capaces de hacerlo, que cuando se estén acercando a la muerte, y sus facultades mentales se oscurezcan, no tienen nada de naturaleza mundana que desvíe sus mentes de Dios.

Capítulo 36—Salomón

El corazón del pueblo se volvió hacia Salomón, como lo hizo con David, y le obedecen en todo. El Señor envía a su ángel para instruir a Salomón por un sueño, en la noche. Sueña que Dios conversa con él. “Y dijo Dios: Pide lo que te daré. Y Salomón dijo: Tú has hecho a tu siervo David, mi padre, gran misericordia, conforme él anduvo delante de ti en verdad, en justicia, y con rectitud de corazón contigo; y has guardado para él esta gran misericordia, que le has dado [97] un hijo que se sienta en su trono, como sucede hoy. Y ahora, oh Señor, Dios mío, has puesto por rey a tu siervo en lugar de David, mi padre; y yo no soy más que un niño pequeño; No sé salir ni entrar. Y tu siervo está en medio de tu pueblo que tú escogiste, un pueblo grande, que no puede ser contado ni contado por su multitud. Da, pues, a tu siervo un corazón entendido para juzgar a tu pueblo, para que yo pueda discernir entre el bien y el mal; porque ¿quién podrá juzgar a este tu pueblo tan grande?

“Y agradó a Jehová la palabra que Salomón había pedido esto . Y le dijo Dios: Porque has pedido esto, y no has pedido para ti larga vida, ni has pedido para ti riquezas , ni has pedido la vida de tus enemigos; pero has pedido para ti inteligencia para discernir el juicio, he aquí, he hecho conforme a tu palabra. He aquí, te he dado un corazón sabio y entendido, de modo que no hubo otro como tú antes de ti, ni después de ti surgirá otro como tú. Y también te he dado lo que no pediste, riquezas y honra, de modo que entre los reyes no haya ninguno como tú en todos tus días. Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo tu padre David, entonces alargaré tus días.

Dios promete que como ha estado con David, estará con Salomón. Si anduviere delante de Jehová con integridad de corazón y con rectitud, para hacer conforme a todo lo que Dios le mandó, y

si guarda sus estatutos y juicios, promete establecer su trono sobre Israel para siempre. Salomón siente la magnitud del trabajo de construir una casa para Dios. Así da expresión a sus ideas: “¿Quién podrá edificarle una casa? viendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo.”

El Señor impartió a Salomón esa sabiduría que él deseaba por encima de las riquezas terrenales, el honor o la larga vida. Fue el rey más sabio que jamás se haya sentado en el trono. Dios le dio un corazón comprensivo. Escribió muchos proverbios y compuso muchas canciones. Durante muchos años [98] su vida estuvo marcada por la devoción a Dios, la rectitud, y por los principios firmes y la estricta obediencia a los mandamientos de Dios. Dirigió todas las empresas importantes y manejó los asuntos comerciales relacionados con el reino con la mayor sabiduría. Su cumplimiento fiel de las instrucciones, al construir el edificio más magnífico que el mundo jamás haya visto, hizo que su fama se extendiera entre las naciones de todas partes. Fue grandemente bendecido y honrado por Dios.

Todas las naciones reconocieron y se maravillaron de su superior conocimiento, sabiduría, la excelencia de su carácter y la grandeza de su poder. Muchos venían a él de todas partes del mundo para contemplar su poder ilimitado y para ser instruidos en cómo conducir asuntos difíciles. El templo construido para Dios no podía ser superado por su riqueza, belleza y diseño costoso.

Después que el templo estuvo terminado, Salomón reunió a todo Israel, y muchas naciones también vinieron a presenciar la dedicación de la casa de Dios. Fue dedicado con gran esplendor. Salomón se dirige al pueblo y trata de arrancar de la mente de todos los presentes las supersticiones que han nublado la mente de las naciones paganas con respecto a Jehová. Les dice que Dios no es como los dioses paganos, que están confinados en templos construidos para ellos, pero que el Dios de Israel los encontraría por su Espíritu cuando el pueblo se reuniera en esa casa dedicada a su adoración.

Salomón se arrodilla ante Dios en presencia de esa inmensa congregación y hace súplica a Dios. Él indaga en su oración: “Pero, ¿es cierto que Dios habitará sobre la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte. ¿Cuánto menos esta casa que he edificado?” Continúa: “Para que tus ojos estén abiertos hacia esta casa de noche y de día, hacia el lugar del cual

tú has dicho: Mi nombre estará allí; para que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar.”

[99] “Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios, y la gloria de Jehová llenó la casa. Y los sacerdotes no podían entrar en la casa del Señor, porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor. Y cuando todos los hijos de Israel vieron descender el fuego y la gloria del Señor sobre la casa, se inclinaron rostro en tierra sobre el pavimento, y adoraron y alabaron al Señor, diciendo: Porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia.”

Siete días estuvo Salomón dedicado a la dedicación de la casa de Dios. Y después de que terminaron las ceremonias de dedicación de la casa, “El Señor le dijo: He oído tu oración y tu ruego que has hecho delante de mí. He santificado esta casa que tú has edificado, para poner en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán allí perpetuamente. Y si andas delante de mí como anduvo David tu padre, con integridad de corazón y con rectitud, para hacer conforme a todo lo que te he mandado, y guardas mis estatutos y mis decretos, entonces yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como prometí a David tu padre, diciendo: No te faltará varón sobre el trono de Israel. Pero si os apartáis de mí, vosotros o vuestros hijos, y no guardáis mis mandamientos y mis estatutos que he puesto delante de vosotros, sino que vayáis y sirváis a dioses ajenos y los adoréis, entonces exterminaré a Israel de la tierra que les he dado, y de esta casa que he santificado a mi nombre, la echaré de delante de mí, e Israel será por refrán y refrán entre todos los pueblos.

Si Israel permanecía fiel y leal a Dios, este glorioso edificio permanecería para siempre, como un signo perpetuo del favor especial de Dios para con su pueblo elegido. Fueron llamados peculiares, porque solo ellos, entre todas las naciones de la tierra, preservaron la verdadera adoración de Dios, guardando sus mandamientos.

Mientras Salomón permaneció puro, Dios estuvo con él. En la dedicación del templo exalta la ley de Dios ante el pueblo. Mientras bendice al pueblo, repite estas palabras: “El Señor nuestro Dios esté con nosotros, como estuvo con nuestros padres. Que no nos deje, ni nos desampare

a nosotros; para que incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos, y sus estatutos, y sus decretos, que mandó a nuestros padres.”

Con la rectitud de su corazón, exhorta a la congregación de Israel: “Sea, pues, vuestro corazón perfecto para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en este día”. Mientras Salomón obedeció firmemente los mandamientos, Dios estuvo con él, tal como había suplicado que pudiera estar, como lo estuvo con David. “Tú hiciste a mi padre David gran misericordia, conforme él anduvo delante de ti en verdad, en justicia, y en rectitud de corazón.”

Hay suficiente contenido en estas palabras para silenciar a todos los escépticos con respecto a la sanción de Dios por los pecados de David y Salomón. Dios fue misericordioso con ellos según anduvieron delante de él en verdad, justicia y rectitud de corazón. Justo de acuerdo a su fidelidad, Dios trató con ellos.

Salomón caminó por muchos años rectamente delante de Dios. Dios le dio sabiduría para juzgar al pueblo con imparcialidad y misericordia. Pero incluso este hombre exaltado, erudito y una vez bueno, cayó al ceder a las tentaciones relacionadas con su prosperidad y posición de honor. Se olvidó de Dios y de las solemnes condiciones de su éxito. Cayó en la práctica pecaminosa de otros reyes, de tener muchas esposas, lo cual era contrario al arreglo de Dios. Dios ordenó a Moisés que advirtiera al pueblo en contra de tener una pluralidad de esposas. “Ni se multiplicará las mujeres para sí, para que su corazón no se desvíe. Ni se multiplicará mucho la plata y el oro.”

El corazón de Salomón se apartó de Dios cuando multiplicó para sí esposas de naciones idólatras. Dios había prohibido expresamente a su pueblo casarse con naciones idólatras, porque las había escogido como su peculiar tesoro. “Porque aconteció que cuando Salomón era anciano, [101] sus mujeres desviaron su corazón tras dioses ajenos. Y su corazón no era perfecto para con el Señor su Dios, como lo era el corazón de David, su padre.” “Y el Señor se enojó contra Salomón, porque su corazón se había apartado del Señor Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiera dioses ajenos; pero no guardó lo que el Señor le había mandado. Por tanto, el Señor dijo a Salomón:

Por cuanto esto es hecho por ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que te he mandado, ciertamente romperé de ti el reino, y lo daré a tu siervo.” El Señor informó a Salomón por medio de su profeta de su propósito con respecto a él.

Que haría cesar su prosperidad, y levantaría adversarios contra él, y ya no reinaría como monarca universal sobre el trono de Israel. Si Salomón hubiera muerto antes de apartarse de Dios, su vida habría sido una de las más notables registradas. Pero empañaba su brillo y exhibió un sorprendente ejemplo de la debilidad del más sabio de los mortales. Los hombres más grandes y los más sabios seguramente fracasarán, a menos que sus vidas estén marcadas por la confianza en Dios y la obediencia a sus mandatos.

* * * * *

Capítulo 37—El arca de Dios

El arca de Dios era un cofre sagrado, hecho para ser el depositario de los diez mandamientos, cuya ley era la representante del mismo Dios. Esta arca era considerada la gloria y fortaleza de Israel. La señal de la presencia Divina moraba en él día y noche. Los sacerdotes que ministraban ante ella eran sagradamente consagrados al santo oficio. Llevaban un pectoral orlado de piedras preciosas de diferentes materiales, las mismas que componen los doce cimientos [102] de la ciudad de Dios. Dentro de la frontera estaban los nombres de las doce tribus de Israel, grabados en piedras preciosas engastadas en oro. Esta era una obra muy rica y hermosa, suspendida de los hombros de los sacerdotes, cubriendo el pecho.

A la derecha ya la izquierda del pectoral estaban colocadas dos piedras más grandes, que brillaban con gran esplendor. Cuando se traían asuntos difíciles a los jueces, que no podían decidir, se remitían a los sacerdotes, y consultaban a Dios, quien les respondía. Si estaba a favor, y si les concedía el éxito, un halo de luz y gloria reposaba especialmente sobre la piedra preciosa de la derecha. Si estaba en contra, un vapor o una nube parecía posarse sobre la piedra preciosa de la mano izquierda. Cuando preguntaron a Dios acerca de ir a la batalla, la piedra preciosa de la derecha, rodeada de luz, dijo: Ve y prospera. La piedra de la izquierda, cuando estaba sombreada por una nube, decía : No irás, no prosperarás.

Cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo una vez al año y ministraba delante del arca en la terrible presencia de Dios, preguntaba, y Dios le respondía muchas veces con voz audible. Cuando el Señor no respondió con una voz, dejó que los sagrados rayos de luz y gloria descansaran sobre los querubines a la derecha del arca, en aprobación o favor. Si sus peticiones eran rechazadas, una nube se posaba sobre los querubines de la izquierda.

Cuatro ángeles celestiales acompañaban siempre al arca de Dios en todos sus viajes, para protegerla de todo peligro y para cumplir cualquier misión que se les requiriera en relación con el arca. Jesús el hijo

de Dios, seguido de ángeles celestiales, iba delante del arca cuando llegaba al Jordán, y las aguas se cortaron delante de su presencia. Cristo y los ángeles se pararon junto al arca y los sacerdotes en el lecho del río hasta que todo Israel hubo pasado el Jordán. Cristo y los ángeles asistieron al circuito del arca alrededor de Jericó y, finalmente, derribaron los enormes muros de la ciudad y entregaron a Jericó en manos de Israel.

[103] Cuando Elí era sumo sacerdote, exaltó a sus hijos al sacerdocio. A Elí solo se le permitía entrar en el lugar santísimo una vez al año. Sus hijos servían a la puerta del tabernáculo, y oficiaban en la matanza de las bestias, y en el altar del sacrificio. Continuamente abusaron de este sagrado oficio. Eran egoístas, codiciosos, glotones y libertinos. Dios reprendió a Elí por su negligencia criminal en la disciplina familiar. Elí reprendió a sus hijos, pero no los refrenó. Y cuando fueron colocados en el sagrado oficio del sacerdocio, Elí se enteró de su conducta al defraudar a los hijos de Israel en sus ofrendas, también de sus atrevidas transgresiones de la ley de Dios, y de su conducta violenta, que hizo que Israel pecara.

Sus crímenes eran conocidos por todo Israel. Elí los reprendió. Les presentó la enormidad de su pecado. No era como un pecado contra los demás, que los sacerdotes oficiantes podían expiar. Pero si los mismos sacerdotes pecan contra Dios, y muestran abiertamente desprecio por su autoridad, ¿quién debe expiarlos? No consideraron el consejo de su padre. Eli era juez y también sumo sacerdote en Israel, y era responsable de la conducta de sus hijos. Debería haberlos quitado inmediatamente del sacerdocio y juzgado como su caso lo merecía. Sabía que si hacía esto, debían sufrir la muerte por su abominable ejemplo para Israel. Permitirles, cargados de culpa, ocupar la relación de sacerdotes con Israel, llevaría al pueblo a despreciar el crimen y las ofrendas de los sacrificios.

El Señor por medio de su profeta envió una reprensión a Eli. “¿Por qué coces de mi sacrificio y de mi ofrenda que he mandado en mi morada, y honráis a mis hijos por encima de mí, para engordaros con lo más importante de todas las ofrendas de mi pueblo Israel? Por tanto, dice el Señor Dios de Israel: He dicho en verdad que tu casa y la casa de tu padre andarán delante de mí para siempre; mas ahora dice el Señor : Aléjate de mí; porque a los que me honran, yo los honraré, y los que me desprecian serán menospreciados”.

El afecto indebido de Elí por sus hijos lo convirtió en un juez parcial. el [104] excusado pecados en ellos que habría condenado en otros. El Señor informó a Elí por medio de su profeta que, debido a que había permitido que sus hijos permanecieran en oficios sagrados, mientras obligaban a Israel a pecar, y debido a sus transgresiones de su ley, exterminaría a sus dos hijos en un día. Como Elí había descuidado su deber sagrado, Dios los castigaría y ambos perecerían.

Aquí hay una reprensión permanente para los padres, seguidores profesos de Cristo, que no refrenan a sus hijos, sino que simplemente les ruegan , como Elí, y dicen: “¿Por qué hacéis tan maldad?” pero que no los restringen decididamente. Los tales sufren que se deshonre la causa de Dios, porque no ejercen la autoridad que les corresponde para refrenar la maldad.

El Señor le hizo saber al niño Samuel los juicios que traería sobre la casa de Elí a causa de su negligencia. “Y el Señor dijo a Samuel: He aquí, yo haré una cosa en Israel, a todo el que la oiga, le retiñirán ambos oídos. Aquel día haré contra Elí todas las cosas que he dicho acerca de su casa. Cuando yo comienzo, también haré un final. Porque le he dicho que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad que él conoce; porque sus hijos se envilecieron, y él no los detuvo. Y por tanto, he jurado a la casa de Elí, que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada con sacrificio ni con ofrenda para siempre.”

Las transgresiones de los hijos de Elí fueron tan atrevidas, tan insultantes para un Dios santo, que ningún sacrificio podría expiar tal transgresión deliberada. Estos sacerdotes pecadores profanaron los sacrificios que tipificaban al Hijo de Dios. Y con su conducta blasfema estaban pisoteando la sangre de la expiación, de la cual se derivaba la virtud de todos los sacrificios.

Samuel le contó a Elí las palabras del Señor, “y él dijo: Es el Señor, que haga lo que bien le pareciere”. Eli sabía que Dios había sido deshonrado y sintió que había pecado. Afirmó que [105] Dios fue justo al castigar así su negligencia pecaminosa. La palabra del Señor a Samuel fue dada a conocer por Elí a todo Israel. Al hacer esto, pensó en corregir en cierta medida su pasada negligencia pecaminosa. El mal pronunciado sobre Eli no se demoró mucho.

Los israelitas hicieron guerra contra los filisteos, y fueron vencidos, y cuatro mil de ellos fueron muertos. Los hebreos tenían miedo.

Sabían que si otras naciones se enteraban de su derrota, se animarían a hacerles la guerra también. Los ancianos de Israel decidieron que su derrota se debió a que el arca de Dios no estaba con ellos. Enviaron a Silo por el arca del pacto. Pensaron en su paso por el Jordán, y en la fácil conquista de Jericó, cuando cargaron el arca, y decidieron que todo lo que era necesario era traerles el arca, y triunfarían sobre sus enemigos.

No se dieron cuenta de que su fuerza estaba en su obediencia a esa ley contenida en el arca, que era un representante de Dios mismo. Los sacerdotes contaminados, Ofni y Phinehas, estaban con el arca sagrada, transgrediendo la ley de Dios. Estos pecadores llevaron el arca al campamento de Israel. Se restableció la confianza de los hombres de guerra, y se sintieron confiados en el éxito.

“Y cuando el arca del pacto del Señor entró en el campamento, todo Israel gritó con gran júbilo, de modo que la tierra volvió a temblar. Y cuando los filisteos oyeron el ruido del grito, dijeron: ¿Qué significa el ruido de este gran grito en el campamento de los hebreos? Y entendieron que el arca del Señor había entrado en el campamento. Y los filisteos tuvieron miedo; porque decían: Dios ha venido al campamento. Y dijeron: ¡Ay de nosotros! porque no ha habido tal cosa hasta ahora. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos libraré de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a los egipcios con todas las plagas en el desierto. Esforzaos, y sed hombres, oh filisteos, para que no seáis siervos [106] de los hebreos, como ellos lo han sido de vosotros. Déjense como hombres y peleen. Y pelearon los filisteos, e Israel fue herido, y huyeron cada uno a su tienda. Y hubo una matanza muy grande; porque cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada, y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, fueron muertos”.

Los filisteos pensaron que esta arca era el dios de los israelitas. No sabían que el Dios viviente, que creó los cielos y la tierra, y dio su ley en el Sinaí, enviaba prosperidad y adversidad según la obediencia o transgresión de su ley, contenida en el cofre sagrado.

Hubo una matanza muy grande en Israel. Eli estaba sentado al borde del camino, mirando con un corazón tembloroso para recibir noticias del ejército. Temía que el arca de Dios pudiera ser tomada y contaminada por el ejército filisteo. Un mensajero del ejército corrió a Silo y le informó a Eli que sus dos hijos habían sido asesinados. Podía soportar esto con un grado de calma, porque tenía motivos para esperarlo.

Pero cuando el mensajero agregó: "Y el arca de Dios ha sido tomada", Elí vaciló angustiado sobre su asiento, cayó hacia atrás y murió. Él compartió la ira de Dios que vino sobre sus hijos. Él era culpable en gran medida de sus transgresiones, porque había descuidado criminalmente refrenarlos. La captura del arca de Dios por parte de los filisteos fue considerada la mayor calamidad que le podía ocurrir a Israel. La mujer de Finees, cuando estaba a punto de morir, llamó a su hijo Icabod, diciendo: "La gloria se ha ido de Israel, porque el arca de Dios ha sido tomada".

Dios permitió que su arca fuera tomada por sus enemigos para mostrar a Israel cuán vano era confiar en el arca, el símbolo de su presencia, mientras profanaban los mandamientos contenidos en el arca. Dios los humillaría quitándoles esa sagrada arca, su jactancioso poderío y confianza.

Los filisteos estaban triunfantes, porque tenían, como pensaban, el Dios famoso de los israelitas, que había hecho tales maravillas para ellos, y los había convertido en el terror de sus enemigos. Llevaron el arca de Dios a Asdod, y la colocaron en un templo espléndido, [107] hecho en honor de su dios más popular, Dagón, y lo colocaron al lado de su dios. Por la mañana los sacerdotes de estos dioses entraron en el templo, y se aterrorizaron al encontrar a Dagón caído sobre su rostro en tierra ante el arca del Señor. Levantaron a Dagón y lo colocaron en su posición anterior. Pensaron que podría haberse caído accidentalmente. Pero a la mañana siguiente lo encontraron caído sobre su rostro en tierra como antes, y la cabeza de Dagón y ambas manos fueron cortadas. Los ángeles de Dios, que siempre acompañaban al arca, postraron al dios ídolo sin sentido, y luego lo mutilaron, para mostrar que Dios, el Dios viviente, estaba por encima de todos los dioses, y ante él todo Dios pagano era como nada. Los paganos poseían una gran reverencia por su dios, Dagón, y cuando lo encontraron ruinosamente mutilado y tendido boca abajo ante el arca de Dios, se entristecieron y lo consideraron un mal presagio para los filisteos. Fue

interpretado por ellos que los filisteos y todos sus dioses todavía serían sometidos y destruidos por los hebreos, y el Dios de los hebreos sería más grande y más poderoso que todos los dioses. Sacaron el arca de Dios del templo de sus ídolos y la colocaron aparte.

Los hombres de Asdod comenzaron a afligirse mucho. El Señor los destruyó, y se acordaron de las plagas traídas sobre Egipto, y de su dios mutilado, y se convencieron de que era porque guardaban el arca de Dios que les sobrevenían estas aflicciones angustiosas. Dios demostraría a los filisteos idólatras, y también a su pueblo, que el arca era fuerza y poder para los que obedecían su ley, y que para los desobedientes e inicuos era castigo y muerte.

Cuando los hombres de Asdod se convencieron de que era el Dios de los hebreos que causaron sus aflicciones, a causa de su arca, decidieron que el arca del Dios de Israel no permaneciera con ellos.

“Porque,” dicen ellos, “su mano duele sobre nosotros y sobre Dagón nuestro dios.”

[108] Los grandes hombres y los gobernantes consultaron juntos sobre lo que debían hacer con el arca del Dios de Israel. Lo habían tomado en triunfo, pero no sabían qué hacer con el cofre sagrado; porque en lugar de ser un poder y una fuerza para ellos, era una gran carga y una pesada maldición. Decidieron enviarlo a Gat. Pero los ángeles destructores llevaron a cabo su obra de destrucción también en ese lugar. Muchos de ellos murieron, y no se atrevieron a retener más el arca en Gat, no fuera que el Dios de Israel consumiera a todo el pueblo con su maldición.

Los de Gat decidieron enviar el arca a Ecrón. Y mientras los sacerdotes idólatras llevaban el arca de Dios a Ecrón, el pueblo de Ecrón se alarmó mucho y gritó: “Nos han traído el arca del Dios de Israel, para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo”. Los Ekronitas también fueron afligidos, y un gran número de ellos murió. Acudieron a sus dioses en busca de ayuda, como lo habían hecho las ciudades de Asdod y Gat, pero no obtuvieron alivio. Se habían humillado a clamar al Dios de Israel a quien pertenecía el arca para que los aliviara de su aflicción. “Entonces enviaron y reunieron a todos los príncipes de los filisteos, y dijeron: Envía el arca del Dios de Israel, y vuélvela a su lugar, para que no nos mate a nosotros ni a nuestro pueblo; porque hubo una destrucción mortal en toda la ciudad. La mano de Dios fue muy pesada allí. Y los hombres que no murieron fueron heridos con los esmerods, y el clamor de la ciudad subió al cielo.”

Los filisteos guardaron el arca de Dios siete meses. Habían vencido a los israelitas y habían tomado el arca de Dios, en la que suponían que consistía su poder, y pensaban que siempre estarían a salvo y no tendrían más temor de los ejércitos de Israel. Pero en medio de su alegría por su éxito, se escuchó un llanto por toda la tierra, y finalmente la causa fue acreditada al arca de Dios. Fue llevado de un lugar a otro aterrorizado, y la destrucción de parte de Dios siguió su curso, hasta que los filisteos quedaron muy perplejos sin saber qué hacer con él. Los ángeles que la acompañaban, la guardaban de todo mal. Y los filisteos no se atrevieron a abrir [109] el cofre, porque su dios Dagón había corrido tal suerte que temían tocarlo o tenerlo cerca de ellos. Llamaron a los sacerdotes y a los adivinos, y les preguntaron qué debían hacer con el arca de Dios. Les aconsejaron que lo devolvieran al pueblo a quien pertenecía, y que enviaran con él una costosa ofrenda por la culpa, que si a Dios le complacía aceptar, serían sanados. También deben entender que la mano de Dios estaba sobre ellos porque habían tomado su arca, que pertenecía únicamente a Israel.

Algunos no estaban a favor de esto. Era demasiado humillante llevar el arca de regreso, y ellos instaron a que ninguno de los filisteos se atreviera a arriesgar su vida para llevar el arca del Dios de Israel que les había traído tanta muerte. Sus consejeros rogaron al pueblo que no endureciera su corazón, como lo habían hecho los egipcios y Faraón, y que les causara aflicciones y plagas aún mayores. Y como todos tenían miedo de tomar el arca de Dios, les aconsejaron, diciendo: Ahora pues, haced una carreta nueva, y tomad dos vacas lecheras, sobre las cuales no haya puesto yugo, y atad las vacas a la carreta, y traer sus terneros a casa de ellos. Y tomad el arca del Señor, y ponedla sobre el carro; y poned las joyas de oro que le devolvieréis en expiación por la culpa, en un cofre a su lado; y despídelo, para que se vaya. Y ved si sube por el camino de su término á Beth-semes, pues él nos ha hecho este gran mal. Pero si no, entonces sabremos que no es su mano la que nos hirió; fue una casualidad que nos pasó. Y los hombres así lo hicieron; y tomó dos vacas lecheras, y las ató a la carreta, y encerró sus becerros en casa. Y las vacas tomaron el camino derecho al camino de Bet-semes, y se fueron por el camino bramando, sin desviarse a la derecha ni a la izquierda”.

Los filisteos sabían que no se induciría a las vacas a dejar a sus terneros en casa, a menos que algún poder invisible las instara a hacerlo. Las vacas fueron directas a Bet-semes, mugiendo por sus terneros, pero saliendo directamente de ellos. Los príncipes de los filisteos siguieron el arca hasta el término de Bet-semes. No se atreven a confiar ese cofre sagrado por completo a las vacas. Temían que si le acontecía algún mal, les sobrevendrían calamidades mayores. No sabían que los ángeles de Dios acompañaban el arca y guiaban a las vacas en su curso a donde pertenecía. La gente de Bet-semes estaba segando en el campo, y cuando vieron el arca de Dios sobre el carro tirado por las vacas, se regocijaron mucho. Sabían que era obra de Dios. Las vacas arrastraron el carro que contenía el arca hasta una piedra grande y se detuvieron. Los levitas bajaron el arca del Señor y la ofrenda de los filisteos, y ofrecieron el carro y las vacas que habían llevado el arca sagrada y la ofrenda de los filisteos a Dios en holocausto. Los señores de los filisteos regresaron a Ecrón y la plaga cesó.

Los hombres de Bet-semes tenían curiosidad por saber qué gran poder podía haber en esa arca, que hizo que lograra cosas tan maravillosas. Ellos consideraban que el arca era tan poderosa y no acreditaban el poder a Dios. Sólo los hombres designados sagradamente para ese propósito podían contemplar el arca, despojada de sus cubiertas, sin morir, porque era como si contemplaran al mismo Dios. Y cuando el pueblo satisfizo su curiosidad y abrió el arca para contemplar sus sagrados rincones, lo que los idólatras paganos no se habían atrevido a hacer, los ángeles que atendían el arca mataron a más de cincuenta mil personas.

Y la gente de Bet-semes tuvo miedo del arca, y dijeron: “¿Quién podrá estar en pie delante de este santo Señor Dios? ¿Y a quién subirá de entre nosotros? Y enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han vuelto a traer el arca del Señor. Desciendan y tráiganlo.” El pueblo de Quiriat-jearim llevó el arca del Señor a la casa de Abinadab, [111] y santificó a su hijo para que la guardara. Durante veinte años los hebreos estuvieron en poder de los filisteos, y se humillaron mucho y se arrepintieron de sus pecados, y Samuel intercedió por ellos, y Dios volvió a ser misericordioso con ellos. Y los filisteos les hicieron la guerra,

y el Señor obró de nuevo de una manera milagrosa para Israel, y vencieron a sus enemigos.

El arca permaneció en la casa de Abinadab hasta que David fue coronado rey. Reunió a todos los escogidos de Israel, treinta mil, y fue a traer el arca de Dios. Pusieron el arca sobre un carro nuevo y la sacaron de la casa de Abinadab. Uza y Ahio, hijos de Abinadab, conducen el carro. David y toda la casa de Israel tocaron delante del Señor con toda clase de instrumentos musicales. “Y cuando llegaron a la era de Najón, Uza extendió su mano hacia el arca de Dios y la agarró, porque los bueyes la sacudían . Y la ira del Señor se encendió contra Uza, y Dios lo hirió allí por su error; y allí murió junto al arca de Dios.”

Uza se enojó con los bueyes, porque tropezaron. Mostró una manifiesta desconfianza en Dios, como si quien había traído el arca de la tierra de los filisteos no pudiera cuidarla. Los ángeles que atendían el arca derribaron a Uza por presumir impacientemente de poner su mano sobre el arca de Dios.

“Y David tuvo miedo de Jehová aquel día, y dijo: ¿Cómo vendrá a mí el arca de Jehová? Así que David no le quiso llevar el arca del Señor a la ciudad de David; pero David lo llevó aparte a la casa de Obed-edom, el geteo.” David sabía que era un hombre pecador y temía que, como Uza, de alguna manera fuera presuntuoso y provocara la ira de Dios sobre sí mismo. “Y el arca del Señor permaneció en la casa de Obed-edom, el geteo, tres meses, y el Señor bendijo a Obed-edom y a toda su casa”.

Dios enseñaría a su pueblo que, si bien su arca era terror y muerte para quienes transgredían sus mandamientos contenidos en ella, también era una bendición y fortaleza para quienes eran obedientes a sus [112] mandamientos. Oyendo David que la casa de Obed-edom había sido grandemente bendecida, y que todo lo que había prosperado por causa del arca de Dios, tuvo gran deseo de traerla a su propia ciudad. Pero antes de que David se atreviera a mover el arca sagrada, se santificó a Dios, y también ordenó que todos los hombres de mayor autoridad en el reino se mantuvieran alejados de todos los asuntos mundanos y de todo lo que pudiera distraer sus mentes de la devoción sagrada.

Así deben santificarse con el propósito de conducir el arca sagrada a la ciudad de David. “Así que David fue y trajo

el arca de Dios de la casa de Obed-edom a la ciudad de David con alegría. Y aconteció que cuando los que llevaban el arca del Señor hubieron andado seis pasos, sacrificó bueyes y animales cebados.”

David se despojó de su atavío real y se vistió con ropas similares a las de los sacerdotes, que nunca se habían usado antes, para que no hubiera la menor impureza en su ropa. Cada seis pasos erigían un altar y sacrificaban solemnemente a Dios. La bendición especial del Señor recayó sobre el rey David, quien así manifestó ante su pueblo su exaltada reverencia por el arca de Dios. “Y David bailó delante del Señor con todas sus fuerzas; y David estaba ceñido con un efod de lino. Entonces David y toda la casa de Israel conducían el arca del Señor con júbilo y sonido de trompeta. Y cuando el arca del Señor entraba en la ciudad de David, Mical, la hija de Saúl, miró por una ventana y vio al rey David saltando y danzando delante del Señor, y lo menospreció en su corazón

La dignidad y el orgullo de la hija del rey Saúl se escandalizaron de que el rey David se despojara de sus vestiduras de realeza, y se pusiera su cetro real, y se vistiera con las sencillas vestiduras de lino que usaba el sacerdote. Ella pensó que él se estaba deshonrando mucho ante el pueblo de Israel. Pero Dios honró a David a la vista de todo [113] Israel al permitir que su Espíritu morara en él. David se humilló, pero Dios lo exaltó. Cantó de manera inspirada, tocando el arpa, produciendo la música más encantadora. Sintió en un grado pequeño ese santo gozo que todos los santos experimentarán a la voz de Dios cuando su cautiverio termine, y Dios haga un pacto de paz con todos los que han guardado sus mandamientos. “Y metieron el arca de Jehová, y la pusieron en su lugar, en medio del tabernáculo que David había levantado para ella. Y David ofreció holocaustos y ofrendas de paz delante del Señor”.

Después de que Salomón hubo terminado de construir el templo, reunió a los ancianos de Israel y a los hombres más influyentes del pueblo, para sacar el arca del pacto del Señor de la ciudad de David. Estos hombres se consagraron a Dios y con gran solemnidad y reverencia acompañaron a los sacerdotes que llevaban el arca. “Y trajeron el arca del Señor, y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios sagrados que estaban en el tabernáculo, los cuales trajeron los sacerdotes y los levitas. y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel, que estaban reunidos

a él, estaban con él delante del arca, sacrificando ovejas y bueyes, que no se podían contar ni contar por la multitud.”

Salomón siguió el ejemplo de su padre David. Cada seis pasos que sacrificó. Con cánticos, música y gran ceremonia, “los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el oráculo de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. Porque los querubines extendían sus dos alas sobre el lugar del arca, y los querubines cubrían el arca y sus varas arriba.”

Se había hecho un santuario espléndido, de acuerdo con el modelo mostrado a Moisés en el monte, y luego presentado por el Señor a David. El santuario terrenal fue hecho como el celestial. Además de los querubines en la parte superior del arca, Salomón hizo otros dos ángeles de mayor tamaño, de pie en cada extremo del [114] arca, representando a los ángeles celestiales que guardan siempre la ley de Dios. Es imposible describir la belleza y el esplendor de este tabernáculo. Allí, como en el tabernáculo, el arca sagrada fue transportada en orden solemne y reverencial y colocada en su lugar bajo las alas de los dos majestuosos querubines que estaban de pie sobre el suelo.

El coro sagrado unió sus voces, con todo tipo de instrumentos musicales, en alabanza a Dios. Y mientras las voces en armonía, con instrumentos de música, resonaban por el templo y eran transportadas por los aires a través de Jerusalén, la nube de la gloria de Dios se apoderó de la casa, como antes había llenado el tabernáculo. “Y sucedió que cuando los sacerdotes salieron del lugar santo, la nube llenó la casa del Señor, de modo que los sacerdotes no podían estar de pie para ministrar a causa de la nube, porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor.”

El rey Salomón se subió a un patíbulo de bronce delante del altar y bendijo al pueblo. Luego se arrodilló y, con las manos levantadas hacia arriba, derramó una oración ferviente y solemne a Dios, mientras la congregación estaba inclinada con el rostro en tierra. Después de que Salomón terminó su oración, un fuego milagroso vino del cielo y consumió el sacrificio.

Debido a los pecados de Israel, la calamidad que Dios dijo que vendría sobre el templo, si su pueblo se apartaba de él, se cumplió unos cientos de años después de la construcción del templo. Dios prometió a Salomón, si permanecía fiel, y su pueblo obedecían todas

sus mandamientos, para que ese glorioso templo permanezca para siempre en todo su esplendor, como evidencia de la prosperidad y las exaltadas bendiciones que recaen sobre Israel por su obediencia.

Debido a la transgresión de Israel de los mandamientos de Dios, y sus actos malvados, Dios permitió que fueran al cautiverio para humillarlos y castigarlos. Antes de que el templo fuera destruido, Dios hizo saber a algunos de sus siervos fieles el destino del templo, [115] que era el orgullo de Israel, y que consideraban con idolatría, mientras pecaban contra Dios. También les reveló la cautividad de Israel. Estos hombres justos, justo antes de la destrucción del templo, sacaron el arca sagrada que contenía las tablas de piedra, y con luto y tristeza, la escondieron en una cueva donde debía ser escondida del pueblo de Israel, a causa de sus pecados, y nunca más les sería devuelto. Esa arca sagrada aún está escondida. Nunca ha sido perturbado desde que fue secretado.

* * * * *

Capítulo 38—El Mesías

Antes de que Cristo dejara el cielo y viniera al mundo a morir, era más alto que cualquiera de los ángeles. Era majestuoso y encantador. “Quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse.” Tomó sobre sí mismo la naturaleza del hombre. Cuando comenzó su ministerio, era apenas un poco más alto que el tamaño común de los hombres que entonces vivían sobre la tierra. Si hubiera venido entre los hombres con su forma noble y celestial, su apariencia exterior habría atraído las mentes de la gente hacia él, y habría sido recibido sin el ejercicio de la fe.

Por ese período se esperaba al Mesías. Muchos lo esperaban como un poderoso monarca. Los judíos se habían jactado ante los gentiles de su venida, y habían insistido mucho en la gran liberación que les traería, que reinaría como rey y suprimiría toda autoridad. Todo reino y nación se inclinaría ante él, y la nación judía reinaría sobre ellos. Tenían los eventos de la primera y segunda venida de Cristo confundidos juntos.

Estaba en el orden de Dios que Cristo tomara sobre sí la forma y naturaleza del hombre caído, para que pudiera ser perfeccionado a través del sufrimiento, y soportar él mismo la fuerza de las tentaciones de Satanás, [116] para que supiera mejor cómo socorrer a los que deben ser tentados. La fe de los hombres en Cristo como el Mesías no había de descansar en las evidencias de la vista, y creen en él por sus atractivos personales, sino por la excelencia de carácter que se encuentra en él, que nunca había existido ni se podría hallar en otro. Todos los que amaban la virtud, la pureza y la santidad serían atraídos a Cristo y verían suficiente evidencia de que él es el Mesías, predicho por la profecía, que vendría. Aquellos que así confiaron en la palabra de Dios, recibirían los beneficios de las enseñanzas de Cristo, y finalmente de su expiación.

Cristo vino a llamar la atención de todos los hombres hacia su Padre, enseñándoles el arrepentimiento hacia Dios. Su obra fue reconciliar al hombre con Dios. Aunque Cristo no vino como se esperaba, sin embargo,

vino tal como la profecía había señalado que vendría. Los que querían creer, tenían fundamento suficiente para su fe al referirse a la profecía, que predecía la venida del Justo y describía la manera de su venida.

La antigua iglesia judía era el pueblo muy favorecido de Dios, sacado de Egipto y reconocido como su propio tesoro peculiar. Las muchas y sumamente grandes y preciosas promesas para ellos como pueblo, eran la esperanza y la confianza de la iglesia judía. En esto confiaron y creyeron segura su salvación. Ningún otro pueblo profesaba ser gobernado por los mandamientos de Dios. Nuestro Salvador vino primero a su propio pueblo, pero no lo recibieron.

Los judíos farisaicos, orgullosos e incrédulos esperaban que su Salvador y Rey vendría al mundo revestido de majestad y poder, obligando a todos los gentiles a rendirle obediencia. No esperaban que se manifestara en él ninguna humillación y sufrimiento. No recibirían al manso y humilde Jesús, y no lo reconocerían como el Salvador del mundo. Si hubiera aparecido en esplendor y asumido la autoridad de los grandes hombres del mundo, [117] en lugar de tomar la forma de un siervo, lo habrían recibido y adorado. Pero rechazaron a Cristo como su Salvador, y después de haber puesto sus corazones en rebelión contra él, no les fue tan fácil cambiar de rumbo. A pesar de todas las obras poderosas que le vieron hacer, eran demasiado orgullosos y engreídos para ceder sus sentimientos rebeldes. Cada señal y manifestación de su carácter divino aumentó el odio y los celos de los judíos. Ellos mismos no se contentaron con alejarse de él, sino que trataron de impedir todo lo posible escuchar sus enseñanzas o presenciar sus milagros. La mayoría lo rechazó. Despreciaron su apariencia humilde. Negaron su testimonio. Amaban la alabanza de los hombres y la grandeza del mundo. En su estimación de estas cosas, tuvieron por perfecto su juicio, como el juicio de Dios.

Toda la vida y las enseñanzas de Cristo fueron lecciones continuas de humildad, benevolencia, virtud y abnegación. Esta fue una reprensión continua al espíritu santurrón y exigente que manifestaban los judíos. Satanás los guió hasta que parecieron poseer un frenesí ante la mera mención de las maravillosas obras de Cristo, que estaban atrayendo a los

atención de la gente de ellos. Al final se hicieron creer que era un impostor, y cualquier medio que pudieran idear para deshacerse de él sería una virtud para ellos. No pudieron señalar un solo acto en su vida que pudieran condenar, sin embargo, su misma bondad lo convirtió en objeto de sus celos y odio, y en su furia ciega gritaron: ¡Crucifícalo! ¡crucifícalo! El rechazo de la luz deja a los hombres cautivos de Satanás, sujetos a sus tentaciones. Cuando él controla la mente, la luz se convierte en tinieblas para esa mente, el bien en mal y el mal en bien.

En el primer advenimiento de Cristo, Satanás sabía que había venido para limitar su poder y liberar a los cautivos que había atado, y su habilidad se ejerció especialmente para inducir a la nación judía a creer que Cristo era un impostor. Las profecías proporcionaron suficiente evidencia a las mentes sin prejuicios de que Cristo era verdaderamente el Hijo de Dios, Salvador del mundo. Pero los judíos incrédulos eligieron su propio estándar de virtud y pureza de vida. No quisieron ser enseñados por el Justo, y continuaron realizando sus sacrificios y ofrendas inútiles, esperando a un Mesías que ya había llegado.

Nuestro Padre celestial se diseñó para probar y poner a prueba la fe y la obediencia profesadas de su pueblo. Los sacrificios que realizaban bajo la ley eran típicos del Cordero de Dios e ilustraban su gran expiación. Sin embargo, la nación judía estaba tan cegada y engañada por Satanás que cuando vino Cristo, a quien sus sacrificios y ofrendas habían estado prefigurando, no lo recibieron. Lo llevaron como cordero al matadero.

La misma rebelión y odio contra Cristo estará en los corazones de los hombres en su segunda venida. Si la segunda venida de Cristo fuera de la misma manera humilde como en su primera venida, reprendiendo el pecado y elogiando la virtud y la santidad, donde entonces se levantó una voz, clamando: ¡Crucifícale! ¡crucifícalo! habría miles en esta era apóstata. La infidelidad en cuanto a que Cristo es el verdadero Mesías, el Salvador del mundo, aumentará y se extenderá hasta un grado alarmante antes de su segunda venida. Satanás no ha perdido nada de su habilidad y poder que ha estado ejerciendo en el pasado. Puede engañar mejor al hombre ahora que en la primera venida de Cristo.

El Hijo de Dios en esta era será virtualmente despreciado e insultado por hombres corruptos que pretenden ser buenos hombres, como en su primera venida. Satanás ahora se está transformando en un ángel de luz, para

ocultar la deformidad de su carácter, y así él y sus ángeles malignos reciben esa adoración de un pueblo cegado y engañado, que pertenece únicamente a Dios. Cristo es pisoteado. La virtud y la santidad son despreciadas. Los ángeles malignos susurran sus enseñanzas bajas y corruptas en los oídos de los hombres, y se complacen. Sus mentes carnales están gratificadas. Lo que viene de Satanás y del infierno se hacen creer [119] viene de los espíritus de los muertos. Sus conciencias están cauterizadas como con hierro candente. Cuando el Hijo de Dios vino al mundo para morir, sacrificio del hombre, dejó a un lado su gloria y su exaltada estatura. Su altura era sólo un poco superior al tamaño general de los hombres. Su apariencia personal no mostraba marcas especiales de su carácter divino, lo que por sí mismo inspiraría fe. Sin embargo, su forma perfecta, su porte digno, su semblante que expresaba benevolencia, amor y santidad, no fueron igualados por ninguno de los que vivían entonces sobre la tierra.

Cuando el Dador de vida se levantó de entre los muertos como un conquistador triunfante y se dio a conocer a sus discípulos, tenía el mismo tamaño que antes de su crucifixión. No había marcas especiales que hicieran que los hombres de Emaús supieran de inmediato que él era el Hijo de Dios. No lo conocieron hasta que les dijo quién era.

Pero cuando ascendió a lo alto y llevó una multitud de cautivos, escoltado por la hueste celestial, y fue recibido a través de las puertas de la ciudad, con cánticos angelicales de triunfo y regocijo, vi con admiración y asombro que poseía la misma estatura exaltada que tenía antes de venir al mundo para morir por el hombre. Dijo el ángel, Dios, quien obró un milagro tan grande como para hacer carne a Cristo para habitar entre los hombres, y con su poder omnipotente levantará al hombre caído, degenerado y enano, y después de que sean redimidos de la tierra, los hará “ crezcan como becerros del establo”, pudiera en su poder infinito devolver a su amado Hijo su propia estatura exaltada, que era suya antes de dejar el Cielo, y se humilló como un hombre, y se sometió a la muerte de la cruz.

No es maravilla con la hueste angélica que su amado Comandante, después de haber llevado a cabo el plan de salvación, y ascendido al Cielo, debe tomar su propia estatura exaltada, y ser revestido de majestad y gloria, que era suyo antes de partir. Cielo. Pero fue una maravilla con todo el cielo, que el Padre permitió que el Hijo de su seno se despojara de su gloria, y bajara a la tierra, y se sometiera a la humillación, y la agonía de la muerte de la cruz para salvar al hombre caído.

Capítulo 39—Salud

[120]

Adán y Eva en el Edén eran nobles en estatura y perfectos en simetría y belleza. Estaban sin pecado y en perfecta salud. ¡Qué contraste con la raza humana ahora! La belleza se ha ido. La salud perfecta no se conoce. Dondequiera que miremos vemos enfermedad, deformidad e imbecilidad. Pregunté la causa de esta maravillosa degeneración y me señalaron el Edén. La bella Eva fue engañada por la serpiente para que comiera del fruto del único árbol del que Dios les había prohibido comer, o incluso tocarlo para no morir.

Eve tenía todo para hacerla feliz. Estaba rodeada de frutas de todas las variedades. Sin embargo, el fruto del árbol prohibido le pareció más deseable que el fruto de todos los demás árboles en el jardín de los cuales podía comer libremente. Era desmedida en sus deseos. Ella comió, y por su influencia, su esposo también comió, y una maldición cayó sobre ambos. La tierra también fue maldecida a causa de su pecado. Y desde la caída, ha existido la intemperancia en casi todas sus formas. El apetito ha controlado la razón. La familia humana ha seguido un curso de desobediencia y, como Eva, ha sido engañada por Satanás: para ignorar las prohibiciones que Dios ha hecho, halagándose de que la consecuencia no sería tan terrible como se había aprehendido. La familia humana ha violado las leyes de la salud y se ha excedido en casi todo. La enfermedad ha ido en constante aumento. La causa ha sido seguida por el efecto.

Dios les dio a nuestros primeros padres la comida que él diseñó para que la raza comiera. Era contrario a su plan quitarle la vida a cualquier criatura. No habría muerte en el Edén. El fruto de los árboles del jardín era el alimento que requería el hombre. Dios no le dio permiso al hombre para comer alimentos de origen animal hasta después del diluvio. Todo había sido [121] destruido con lo que el hombre podía subsistir, y por lo tanto, el Señor en su necesidad le dio permiso a Noé para comer de los animales limpios que había llevado consigo al arca. Pero la comida animal no era el alimento más saludable para el hombre.

Las personas que vivieron antes del diluvio comieron alimento animal y gratificaron sus deseos hasta que su copa de iniquidad estuvo llena, y Dios limpió la tierra de su contaminación moral mediante un diluvio. Entonces la tercera terrible maldición cayó sobre la tierra. La primera maldición fue pronunciada sobre la posteridad de Adán y sobre la tierra, a causa de la desobediencia. La segunda maldición cayó sobre la tierra después de que Caín mató a su hermano Abel. La tercera maldición más terrible de Dios vino sobre la tierra en el diluvio.

Después del diluvio, la gente comió principalmente alimentos de origen animal. Dios vio que los caminos del hombre estaban corrompidos y que estaba dispuesto a exaltarse con orgullo contra su Creador y a seguir las inclinaciones de su propio corazón. Y permitió que esa raza de larga vida comiera comida animal para acortar sus vidas pecaminosas. Poco después de la inundación, la raza comenzó a disminuir rápidamente en tamaño y en la duración de los años. Había una clase de animales muy grandes que perecieron en el diluvio. Dios sabía que la fuerza del hombre disminuiría, y estos animales gigantes no podrían ser controlados por un hombre débil.

El pecado ha prevalecido desde la caída. Mientras unos pocos han permanecido fieles a Dios, la gran mayoría ha corrompido sus caminos ante él. La destrucción de Sodoma y Gomorra se debió a su gran maldad. Dieron rienda suelta a sus apetitos intemperantes, luego a sus pasiones corruptas, hasta que fueron tan degradados, y sus pecados tan abominables, que su copa de iniquidad se llenó, y fueron consumidos con fuego del cielo.

Cuando el Señor sacó a su pueblo de la esclavitud de Egipto, los condujo por el desierto para probarlos y ponerlos a prueba. Él [122] prometió ser su Dios y tomarlos para sí como su peculiar tesoro. No les prohibió comer carne, sino que se la retuvo en gran medida. Les dio el alimento que él dispuso que tuvieran, que era saludable y del cual podían comer libremente. Hizo llover su pan del cielo, y les dio agua purísima del pedernal. Hizo pacto con ellos, que si le obedecían en todo, no les pondría enfermedad. Pero los israelitas no estaban satisfechos con la comida que Dios les dio. Murmuraron contra Moisés y contra Dios, y desearon regresar a Egipto, donde podrían sentarse junto a las ollas de carne. Dios en su ira les dio carne para satisfacer su apetito lujurioso, y un gran número de ellos murió en el acto de comer la carne para

que habían codiciado. Mientras aún estaba entre sus dientes , vino sobre ellos la maldición de Dios. Dios aquí enseña a su pueblo que no le agrada que permitan que su apetito los controle. Los israelitas a veces preferirían la esclavitud, e incluso la muerte, en lugar de ser privados de carne.

La maldición no vino de golpe. Se sintió por primera vez en casa de Adam. caída, y aumentó con la muerte de Abel, y aumentó grandemente con el diluvio. Desde el diluvio, a medida que la familia humana se ha olvidado de Dios y ha seguido un curso de desobediencia y ha transgredido sus mandamientos, la maldición ha recaído cada vez más sobre los hombres y las bestias. Los árboles y toda la vegetación también han sentido los efectos de la maldición. A lo largo de toda la historia inspirada se prometen bendiciones exaltadas al pueblo de Dios en condiciones de obediencia, y amenazas de maldiciones por la desobediencia.

“Y acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy, Jehová tu Dios te pondrá en alto sobre todas las naciones. de la tierra. Mandará Jehová sobre ti la bendición en tus almacenes, y en todo aquello en que pusieres tu mano; y él te bendecirá en la tierra que el Señor [123] tu Dios te da. Te confirmará Jehová por pueblo suyo santo, como te lo ha jurado, si guardares los mandamientos de Jehová tu Dios, y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor te invoca; y te tendrán miedo. Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, y en el fruto de tu ganado, y en el fruto de tu tierra, en la tierra que Jehová juró a tus padres que te daría. Te abrirá el Señor su buen tesoro, el cielo, para darte lluvia sobre tu tierra en su tiempo, y para bendecir toda la obra de tus manos. Y tú prestarás a muchas naciones, y tú no tomarás prestado”.

Dios pronunció sobre su pueblo una maldición si no escuchaban su voz para procurar cumplir todos sus mandamientos. “Maldito serás en la ciudad, y maldito serás en el campo. Maldita será tu canasta y tu tienda. Maldito será el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir. El Señor enviará sobre

maldición, aflicción y reprensión, en todo lo que pusieres tu mano para hacer, hasta que perezcas y perezcas pronto; por la maldad de tus obras, con que me has desamparado .”

Dios quiere que su pueblo comprenda claramente que serán visitados según su obediencia o transgresión. La maldad y la enfermedad han aumentado con cada generación sucesiva. La tierra ha trabajado bajo la maldición que el hombre ha traído sobre ella debido a la continua desobediencia. “La tierra se enluta y se desvanece de distancia, el mundo languidece y se desvanece, la gente altiva de la tierra languidece. También la tierra está profanada debajo de sus moradores ; porque traspasaron las leyes, cambiaron el ordenamiento, quebrantaron el pacto sempiterno. Por tanto, la maldición ha devorado la tierra, y los que en ella habitan son desolados.” Muchos se maravillan de que la raza humana haya degenerado tanto física, mental y moralmente. No comprenden que es la violación de la constitución y las leyes de Dios, y la violación de las leyes de la salud, lo que ha producido esta triste degeneración. La transgresión de los mandamientos de Dios ha hecho que su mano próspera sea apartada.

La intemperancia en el comer y en el beber, y la complacencia de las bajas pasiones han entorpecido las finas sensibilidades, de modo que las cosas sagradas han sido puestas al mismo nivel que las cosas comunes. Nadab y Abiú bebieron demasiado vino, y el resultado fue que usaron fuego común en lugar del sagrado, y fueron destruidos por deshonorar a Dios. Cuando se deja que el apetito controle la razón, no se disciernen las cosas sagradas. Dios ordenó expresamente a los hijos de Israel que no comieran carne de cerdo. Los paganos usaban esta carne como artículo de comida. Dios prohibió a los hebreos el uso de la carne de cerdo porque era dañina. Llenaba el sistema de humores, y en ese clima cálido a menudo producía lepra. Su influencia sobre el sistema en ese clima fue mucho más dañina que en un clima más frío. Pero Dios nunca diseñó que los cerdos fueran comidos bajo ninguna circunstancia. Los cerdos eran útiles. En un país fructífero, donde había mucho en descomposición sobre el suelo, lo que envenenaría la atmósfera, se permitía a los cerdos correr libres y devoraban las sustancias en descomposición, lo cual era un medio de preservar la salud. Los israelitas tenían prohibido comer otros animales , porque no eran los mejores artículos de comida.

Si los israelitas hubieran manifestado un espíritu de sumisión a las sabias prohibiciones de Dios, Él les habría quitado todo lo que es nocivo para su salud, y no habría permitido que ninguna enfermedad estuviera entre ellos. Pero él les dio lo que codiciaban, porque no se sometieron a él.

El apetito ha sido complacido en detrimento de la salud. Estimulante [125] se han usado bebidas libremente, que han confundido el cerebro y han rebajado al hombre al nivel de la creación bruta. Mientras estaban intoxicados, se han cometido todos los grados de delitos y, sin embargo, los perpetradores han sido excusados en muchos casos, porque no sabían lo que estaban haciendo. Esto no disminuye la culpabilidad del criminal. Si por su propia mano se lleva el vaso a los labios, y deliberadamente toma lo que sabe que destruirá sus facultades de razonamiento, se hace responsable de todo el daño que hace mientras está intoxicado, en el mismo momento en que deja que su apetito lo controle, y cambia sus facultades de razonamiento por bebidas embriagantes. Fue su propio acto lo que lo puso incluso por debajo de los brutos, y los crímenes cometidos cuando está en estado de embriaguez deben ser castigados tan severamente como si la persona tuviera todo el poder de sus facultades de razonamiento.

Nadab y Abiú, bebiendo vino, nublaron sus facultades de razonamiento y perdieron tanto el sentido de las cosas sagradas, que pensaron que podían ofrecer tanto fuego común como sagrado. Dios no los perdonó porque el cerebro estaba confundido. El fuego de su presencia los destruyó en su pecado. Algunos miran con horror a los hombres que han sido vencidos por el licor, y se les ve tambaleándose y tambaleándose en la calle, mientras que al mismo tiempo satisfacen su apetito por cosas que difieren en su naturaleza del licor espirituoso, pero que dañan la salud, afectan el cerebro, y destruir su alto sentido de las cosas espirituales. El bebedor de licor tiene apetito por las bebidas fuertes que gratifica, mientras que otro no tiene apetito por las bebidas embriagantes para reprimir, sino que desea alguna otra indulgencia dañina, y no practica la abnegación más que el borracho.

Aquellos que no controlan sus apetitos al comer son culpables de intemperancia. En aquellos casos en que los hombres pierden todo sentido de su obligación con Dios, sus familias y la comunidad, es un proceso lento. No son cambiados de ser el amable esposo y padre a la vez. Se necesita tiempo para degradarlos a bestias, donde se convierten

[126] meros restos de humanidad. Con muchos, su primer error es hacer un Dios de su apetito, subsistiendo principalmente con alimentos animales muy condimentados que producen un estado febril del sistema, especialmente si la carne de cerdo se usa libremente. La sangre se vuelve impura. La circulación no está igualada. Le siguen escalofríos y fiebre. El apetito falla. Piensan que se debe hacer algo, y tal vez pedir cerveza, lo que los estimula por el momento, pero tan pronto como desaparece la influencia de la cerveza, se hunden mucho más, y el uso continuo de la cerveza los mantiene estimulados y sobreexcitados. . Piensan que la cerveza les fue de tanto beneficio que deben continuar usándola. Después de un tiempo pierde su influencia, luego usan una bebida más fuerte, hasta que se entregan a todos los excesos, y el hombre formado a la imagen de su Hacedor se degrada a sí mismo más bajo que las bestias. Se necesitó tiempo para adormecer la sensibilidad de la mente. Se hizo de manera gradual, pero segura.

El tabaco, en cualquier forma que se use, afecta la constitución. Es un veneno lento. Afecta el cerebro y adormece las sensibilidades, de modo que la mente no puede discernir claramente las cosas espirituales, especialmente aquellas verdades que tenderían a corregir esta inmunda indulgencia. Los que usan tabaco en cualquier forma no están limpios ante Dios. En tan inmunda práctica les es imposible glorificar a Dios en sus cuerpos y espíritus, que son de él. Y mientras usan venenos lentos y seguros, que arruinan su salud y degradan las facultades de la mente, Dios no puede aprobarlos. Él puede ser misericordioso con ellos mientras se entregan a este hábito pernicioso en la ignorancia del daño que les está haciendo, pero cuando el asunto se les presenta en su verdadera luz, entonces son culpables ante Dios si continúan entregando este grosero . apetito.

Dios requería que los hijos de Israel observaran hábitos de estricta limpieza. En cualquier caso de la menor impureza, debían permanecer fuera del campamento hasta la tarde, luego lavarse y entrar al campamento. No había un fumador de tabaco en ese vasto ejército. Si [127] la hubiera habido, se le habría pedido que optara por permanecer fuera del campamento o dejar de usar la inmunda hierba. Y después de limpiar su boca del menor de sus restos inmundos, se le podría haber permitido mezclarse con la congregación de Israel.

A los sacerdotes que ministraban en las cosas sagradas se les ordenaba lavarse los pies y las manos antes de entrar en el tabernáculo en

la presencia de Dios para importunar a Israel, a fin de que no profanaran el santuario. Si los sacerdotes hubieran entrado en el santuario con la boca contaminada con tabaco, habrían compartido la suerte de Nadab y Abiú. Y sin embargo, los cristianos profesos se inclinan ante Dios en sus familias para orar con la boca contaminada con la inmundicia del tabaco. Van a la casa que han consagrado a Dios, profesando adorarlo, con una bolita de tabaco estupefaciente en la boca, y la saliva coloreada manchándoles los labios y la barbilla, y su aliento fétido contaminando el ambiente. Dejan su suciedad venenosa en el suelo o en recipientes preparados para tal fin. Esta es la ofrenda que presentan a Dios. En lugar de la nube de incienso fragante que llena la casa como en el caso del antiguo tabernáculo, se llena con el olor repugnante y contaminado de la saliva y las quids de tabaco expulsadas, y el aire que respira la congregación está envenenado.

Hombres que han sido apartados por la imposición de manos para ministrar en cosas sagradas, a menudo se paran en el púlpito con la boca contaminada, los labios manchados y el aliento contaminado con las impurezas del tabaco. Le hablan a la gente en lugar de Cristo. ¿Cómo puede ser aceptable tal servicio para un Dios santo, que requirió que los sacerdotes de Israel hicieran preparativos tan especiales antes de venir a su presencia, para que su sagrada santidad no los consumiera por deshonrarlo, como en el caso de Nadab y Abiú? Estos pueden estar seguros de que el Dios poderoso de Israel sigue siendo un Dios de limpieza. Profesan servir a Dios mientras cometen idolatría, haciendo de su apetito un Dios. El tabaco es su ídolo querido. Ante ella debe inclinarse toda consideración elevada y sagrada. Profesan [128] estar adorando a Dios, mientras que al mismo tiempo están violando el primer mandamiento. Tienen otros dioses delante del Señor. “Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor”.

Dios requiere pureza de corazón y limpieza personal ahora, como cuando dio instrucciones especiales a los hijos de Israel. Si Dios fue tan particular en ordenar la limpieza a los que viajaban por el desierto que estaban al aire libre casi todo el tiempo, no requiere menos de nosotros que vivimos en casas con techo, donde las impurezas son más visibles y tienen una influencia menos saludable. El tabaco es un veneno de la clase más engañosa y maligna, que tiene una influencia excitante y luego paralizante sobre los nervios del cuerpo. Esto es todo

los más peligrosos porque sus efectos sobre el sistema son muy lentos y al principio apenas perceptibles. Multitudes han caído víctimas de su venenosa influencia. Seguramente se han asesinado a sí mismos con este lento veneno. Y preguntamos: ¿Cuál será su despertar en la mañana de la resurrección?

El té y el café son estimulantes. Sus efectos son similares a los del tabaco; pero afectan en menor grado. Los que usan estos venenos lentos, como el fumador, piensan que no pueden vivir sin ellos, porque se sienten muy mal cuando no tienen estos ídolos. La razón por la que sufren cuando suspenden el uso de estos estimulantes es porque han estado quebrantando a la naturaleza en su trabajo de preservar todo el sistema en armonía y en salud. Estarán preocupados por mareos, dolor de cabeza, entumecimiento, nerviosismo e irritabilidad. Sienten que deberían desmoronarse, y algunos no tienen valor para perseverar en abstenerse de ellos hasta que la naturaleza maltratada se recupere, sino que nuevamente recurren al uso de las mismas cosas dañinas. No le dan tiempo a la naturaleza para que se recupere del daño que le han hecho, sino que para el alivio presente regresan a estas indulgencias dañinas. La naturaleza se vuelve cada vez más débil y menos capaz de recuperarse. Pero si están decididos en sus esfuerzos por perseverar y vencer, [129] la naturaleza maltratada pronto se recuperará y realizará su trabajo sabia y bien sin estos estimulantes. Todo el sistema bajo la influencia de estos estimulantes a menudo se intoxica. Y en la misma medida en que el sistema nervioso es excitado por falsos estimulantes, será la postración que seguirá después de que la influencia de la causa excitante haya disminuido. Esta postración puede superarse con el tiempo absteniéndose del uso de aquellas cosas que crearon tal condición en el sistema. Aquellos que se entregan a un apetito pervertido, lo hacen en detrimento de la salud y el intelecto. No pueden apreciar el valor de las cosas espirituales. Su sensibilidad está embotada, y el pecado no parece muy pecaminoso, y la verdad no se considera de mayor valor que el tesoro terrenal.

Hay una clase que profesa creer la verdad, que no usa tabaco, rapé, té o café, pero son culpables de satisfacer el apetito de una manera diferente. Tienen antojo de carnes muy condimentadas, con ricas salsas, y su apetito se ha pervertido tanto que ni siquiera pueden satisfacerse con carne, a menos que se prepare de la manera más dañina. El estómago tiene fiebre, los órganos digestivos están agotados,

y, sin embargo, el estómago trabaja duro para deshacerse de la carga que se le impone . Una vez que el estómago ha realizado su tarea, se agota, lo que provoca desmayos. Aquí muchos se engañan, y piensan que es la falta de comida lo que produce tales sentimientos, y sin dar tiempo al estómago para descansar, toman más comida, que por el momento quita el desmayo. Y cuanto más se satisface el apetito, más clama por ser gratificado. Este desmayo es generalmente el resultado de comer carne, comer con frecuencia y en exceso. El estómago se cansa al estar constantemente trabajando, desechando alimentos que no son los más saludables. Al no tener tiempo para descansar, los órganos digestivos se debilitan, de ahí la sensación de "ausencia" y el deseo de comer con frecuencia. El remedio que tales requieren es comer con menos frecuencia y menos liberalidad, y contentarse con alimentos sencillos y sencillos, comiendo dos o a lo sumo tres veces al día. El estómago debe tener sus períodos regulares de trabajo y descanso, por lo que comer irregularmente entre [130] comidas es una violación muy perniciosa de las leyes de la salud. Con hábitos regulares y una alimentación adecuada, el estómago se

Debido a que está de moda, en armonía con el apetito morbosos , se amontonan en el estómago ricas tortas, tartas y pudines, y todo lo dañino . La mesa debe llenarse con una variedad, o el apetito depravado no puede ser satisfecho. Por la mañana, estos esclavos del apetito a menudo tienen un aliento impuro y una lengua peluda. No gozan de salud y se preguntan por qué sufren dolores, jaquecas y diversas enfermedades. Muchos comen tres veces al día y nuevamente justo antes de acostarse. En poco tiempo los órganos digestivos se desgastan, porque no han tenido tiempo de descansar. Estos se vuelven miserables dispépticos y se preguntan qué los ha hecho así. La causa ha traído el resultado seguro . Nunca se debe tomar una segunda comida hasta que el estómago haya tenido tiempo de descansar del trabajo de digerir la comida anterior. Si se come una tercera comida, debe ser ligera y varias horas antes de acostarse.

Muchos son tan devotos a la intemperancia que no cambiarán su curso de entregarse a la glotonería bajo ninguna consideración. Antes sacrificarían la salud y morirían prematuramente que refrenar su apetito desmedido. Y hay muchos que ignoran la relación que su comer y beber tienen con la salud. Si tales personas fueran ilustradas, podrían tener valor moral para negar el apetito y comer con más moderación, y sólo de la comida que es saludable

y por su propio curso de acción se ahorran una gran cantidad de sufrimiento.

Las personas que han dado rienda suelta a su apetito comiendo libremente carne, salsas muy condimentadas y diversas clases de tortas ricas y conservas, no pueden saborear de inmediato una dieta simple, saludable y nutritiva. Su gusto está tan pervertido que no tienen apetito por una dieta completa de frutas, pan simple y verduras. No deben esperar saborear al principio un alimento tan diferente del que se han estado complaciendo a comer. Si al principio no pueden disfrutar de la comida sencilla, deben ayunar hasta que puedan. Ese ayuno les resultará de mayor beneficio que la medicina, porque el estómago maltratado encontrará el descanso que ha necesitado durante mucho tiempo, y el hambre real puede ser satisfecha con una dieta sencilla. Hará falta tiempo para que el gusto se recupere de los abusos que ha recibido y adquiera su tono natural. Pero la perseverancia en un curso abnegado de comer y beber pronto hará que la comida simple y sana sea agradable al paladar, y pronto será comido con mayor satisfacción que la que disfruta el epicúreo con sus ricos manjares.

El estómago no está febril con la carne ni sobrecargado, sino que está en una condición saludable y puede realizar fácilmente su tarea. No debe haber demoras en la reforma. Se deben hacer esfuerzos para preservar cuidadosamente la fuerza restante de las fuerzas vitales, eliminando toda carga excesiva. Es posible que el estómago nunca recupere completamente la salud, pero un curso adecuado de dieta evitará una mayor debilidad, y muchos se recuperarán más o menos, a menos que hayan ido muy lejos en la glotonería y el suicidio.

Los que se permiten convertirse en esclavos de un apetito glotón, a menudo van más allá y se degradan complaciendo sus pasiones corruptas, que se han excitado por la intemperancia en el comer y beber. Dan rienda suelta a sus pasiones degradantes, hasta que la salud y el intelecto sufren mucho. Las facultades de razonamiento son, en gran medida, destruidas por los malos hábitos.

Se me presentó el actual estado corrupto del mundo. La vista era terrible. Me he maravillado de que los habitantes de la tierra no fueran destruidos, como la gente de Sodoma y Gomorra. He visto razón suficiente para el estado actual de degeneración y mortalidad en el mundo. La pasión ciega domina la razón, y toda alta consideración de muchos se sacrifica a la lujuria.

El primer gran mal fue la intemperancia en el comer y beber. Hombres y mujeres se han hecho esclavos del apetito. Son intemperantes en el trabajo. Se realiza una gran cantidad de trabajos forzados para [132] obtener alimentos para sus mesas, lo que perjudica gravemente al sistema ya sobrecargado. Las mujeres pasan una gran parte de su tiempo sobre una estufa caliente, preparando comida, muy condimentada con especias para gratificar el sabor. Como consecuencia, los niños son desatendidos y no reciben instrucción moral y religiosa. La madre sobrecargada de trabajo se olvida de cultivar una dulzura de temperamento, que es la luz del sol de la vivienda. Las consideraciones eternas se vuelven secundarias. Hay que emplear todo el tiempo en preparar estas cosas para el apetito que arruinan la salud, agrian el temperamento y nublan las facultades de razonamiento.

Una reforma en la alimentación supondría un ahorro de gastos y de trabajo. Las necesidades de una familia pueden satisfacerse fácilmente con una dieta simple y sana. La comida rica descompone los órganos sanos del cuerpo y la mente. Y cuántos trabajan tan duro para lograr esto.

Los niños que comen inadecuadamente a menudo son débiles, pálidos y enanos, y están nerviosos, excitables e irritables. Todo lo noble se sacrifica al apetito y predominan las pasiones animales. La vida de muchos niños de cinco a diez y quince años parece marcada por la depravación. Poseen conocimiento de casi todos los vicios. Los padres tienen, en gran medida, la culpa en este asunto, ya ellos se les acreditarán los pecados de sus hijos que su mala conducta les ha llevado indirectamente a cometer. Tientan a sus hijos para que satisfagan su apetito poniendo sobre sus mesas carnes y otros alimentos preparados con especias, que tienen tendencia a excitar las pasiones animales. Con su ejemplo aprenden sus hijos la intemperancia en el comer. Se les ha permitido comer casi a cualquier hora del día, lo que hace que los órganos digestivos estén constantemente sobrecargados. Las madres han tenido muy poco tiempo para instruir a sus hijos. Dedicaron su precioso tiempo a cocinar varios tipos de alimentos nocivos para ponerlos sobre sus mesas.

Muchos padres han permitido que sus hijos se arruinen mientras [133] estaban tratando de regular sus vidas a la moda. Si van a venir visitas, desean que se sienten en una mesa tan buena como la que encontrarían entre cualquiera de su círculo de conocidos. Se dedica mucho tiempo y dinero a este objeto. En aras de la apariencia, se prepara comida rica para satisfacer el apetito, e incluso profesar

Los cristianos hacen tanto desfile que convocan a su alrededor una clase cuyo objeto principal al visitarlos es por las golosinas que comen. Los cristianos deberían reformarse en este sentido. Si bien deben entretener cortésmente a sus visitantes, no deben ser esclavos de la moda y el apetito.

Se me mostró que se han producido más muertes por el consumo de drogas que por todas las demás causas combinadas. Si hubiera en la tierra un médico en lugar de miles, se evitaría una gran cantidad de mortalidad prematura. Multitudes de médicos y multitudes de medicamentos han maldecido a los habitantes de la tierra y han llevado a miles y decenas de miles a tumbas prematuras.

Darse el gusto de comer con demasiada frecuencia y en cantidades demasiado grandes sobrecarga los órganos digestivos y produce un estado febril del sistema. La sangre se vuelve impura y entonces ocurren enfermedades de varios tipos. Se llama a un médico, quien prescribe alguna droga que proporciona alivio inmediato, pero que no cura la enfermedad. Puede cambiar la forma de la enfermedad, pero el mal real se multiplica por diez. La naturaleza estaba haciendo todo lo posible para librar al sistema de una acumulación de impurezas, y si se la hubiera dejado sola, con la ayuda de las bendiciones comunes del Cielo, como el aire puro y el agua pura, se habría efectuado una curación rápida y segura.

Los que sufren en tales casos pueden hacer por sí mismos lo que otros no pueden hacerlo tan bien por ellos. Deben comenzar a aliviar la naturaleza de la carga que le han impuesto. Deberían quitar la causa. Ayuna un poco y dale al estómago la oportunidad de descansar. Reduzca el estado febril del sistema mediante una cuidadosa y comprensiva aplicación de agua. Estos esfuerzos ayudarán a la naturaleza en su lucha por liberar el sistema de impurezas. Pero generalmente las personas que sufren dolor se vuelven impacientes. No están dispuestos a usar la abnegación y sufren un poco de hambre. Tampoco están dispuestos a esperar el lento proceso de la naturaleza para acumular las energías sobrecargadas del sistema. Pero están decididos a obtener alivio de inmediato y toman drogas poderosas, prescritas por médicos. La naturaleza estaba haciendo bien su trabajo y habría triunfado, pero mientras cumplía su tarea, se introdujo una sustancia extraña de naturaleza; ¡Qué error! La naturaleza abusada tiene ahora dos males contra los que luchar en lugar de uno. Abandona el trabajo en el que estaba comprometida y se aferra resueltamente a expulsar al intruso recién introducido en el

sistema. La naturaleza siente esta doble corriente sobre sus recursos y se debilita.

Las drogas nunca curan la enfermedad. Sólo cambian la forma y la ubicación. Solo la naturaleza es el restaurador eficaz, y cuánto mejor podría realizar su tarea si se la dejara a sí misma. Pero rara vez se le permite este privilegio. Si la naturaleza lisiada aguanta la carga y finalmente cumple en gran medida su doble tarea, y el paciente vive, el mérito es del médico. Pero si la naturaleza falla en su esfuerzo por expulsar el veneno del sistema y el paciente muere, se llama una maravillosa dispensación de la Providencia. Si el paciente hubiera tomado un curso para aliviar la naturaleza sobrecargada en la estación, y hubiera usado con comprensión agua pura y blanda, esta dispensación de mortalidad por drogas podría haberse evitado por completo. El uso del agua puede lograr muy poco, si el paciente no siente la necesidad de atender también estrictamente su dieta.

Muchos viven violando las leyes de la salud e ignoran la relación que sus hábitos de comer, beber y trabajar mantienen con su salud. No despertarán a su verdadera condición hasta que la naturaleza proteste contra los abusos que está sufriendo, por dolores y molestias en el sistema. Si, incluso entonces, los enfermos comenzaran el trabajo correctamente y recurrieran a los medios simples [135] que han descuidado: el uso del agua y una dieta adecuada, la naturaleza tendría exactamente la ayuda que necesita, y que debería proporcionar. han tenido mucho antes. Si se sigue este curso, el paciente generalmente se recuperará, sin debilitarse.

Cuando las drogas se introducen en el sistema, por un tiempo puede parecer que tienen un efecto beneficioso. Puede ocurrir un cambio, pero la enfermedad no se cura. Se manifestará en alguna otra forma. En los esfuerzos de la naturaleza por expulsar la droga del sistema, a veces se le causa al paciente un intenso sufrimiento. Y la enfermedad, para la cual se administró el fármaco, puede desaparecer, pero solo para reaparecer en una nueva forma, como enfermedades de la piel, úlceras, dolor en las articulaciones enfermas y, a veces, en una forma más peligrosa y mortal. El hígado, el corazón y el cerebro son frecuentemente afectados por las drogas, y con frecuencia todos estos órganos están cargados de enfermedades, y los desdichados sujetos, si viven, son inválidos de por vida, arrastrando con cansancio una existencia miserable. ¡Oh, cuánto cuesta esa droga venenosa! Si no costó la vida, costó demasiado. La naturaleza ha sido lisi

toda la maquinaria está averiada, y en un período futuro de la vida, cuando se deba confiar en que estos finos trabajos que han sido dañados desempeñarán un papel más importante en unión con todos los finos trabajos de la maquinaria de la naturaleza, no pueden pronta y fácilmente realizan fuertemente su trabajo, y todo el sistema siente la carencia. Estos órganos, que deberían estar en condiciones saludables, se debilitan, la sangre se vuelve impura. La naturaleza continúa luchando, y el paciente sufre con diferentes dolencias, hasta que sus esfuerzos cesan repentinamente y le sigue la muerte.

Son más los que mueren por el uso de drogas que todos los que podrían haber muerto por enfermedad si se hubiera dejado que la naturaleza hiciera su propio trabajo.

Muchas vidas han sido sacrificadas por médicos que administran medicamentos para enfermedades desconocidas. No tienen un conocimiento real de la enfermedad exacta que aqueja al paciente. Pero se espera que los médicos [136] sepan en un momento qué hacer, ya menos que actúen inmediatamente, como si entendieran perfectamente la enfermedad, son considerados por los amigos impacientes y por los enfermos como médicos incompetentes.

Por lo tanto, para gratificar las opiniones erróneas de los enfermos y sus amigos, se debe administrar medicina, experimentos y pruebas para curar al paciente de la enfermedad de la que no tiene conocimiento real.

La naturaleza está cargada de drogas venenosas que no puede expulsar del sistema. Los mismos médicos a menudo están convencidos de que han usado medicinas poderosas para una enfermedad que no existía, y la muerte fue la consecuencia.

Los médicos son censurables, pero no son los únicos culpables.

Los mismos enfermos, si fueran pacientes, hicieran dieta y sufrieran un poco, y le dieran tiempo a la naturaleza para recuperarse, se recuperarían mucho antes sin el uso de ningún medicamento. Sólo la naturaleza posee poderes curativos. Las medicinas no tienen poder para curar, pero en general obstaculizarán los esfuerzos de la naturaleza. Después de todo, ella debe hacer el trabajo de restauración.

Los enfermos tienen prisa por curarse y los amigos de los enfermos están impacientes. Tendrán medicina, y si no sienten esa poderosa influencia sobre sus sistemas, sus puntos de vista erróneos los llevan a pensar que deberían sentir, se cambian impacientes por otro médico. El cambio a menudo aumenta el mal. Pasan por un curso de medicina igualmente peligroso que el primero, y más fatal, porque los dos tratamientos no concuerdan, y el sistema está envenenado sin remedio.

Pero muchos nunca han experimentado los efectos benéficos del agua y temen usar una de las mayores bendiciones del Cielo. Se ha negado el agua a personas que sufrían de fiebres ardientes, por temor a que les hiciera daño. Si, en su estado febril, se les hubiera dado agua para beber libremente, y también se les hubieran hecho aplicaciones externas, se habrían ahorrado largos días y noches de sufrimiento y muchas vidas preciosas. Pero miles han muerto con fiebres furiosas que los consumían, hasta que se quemó el combustible que alimentaba la fiebre, se consumieron los órganos vitales, y han muerto en la mayor agonía, sin que se les permitiera tener agua para calmar su sed ardiente. Al agua, a la que se permite que un edificio sin sentido apague los elementos enfurecidos, no se le permite a los seres humanos apagar el fuego que está consumiendo los órganos vitales.

Multitudes permanecen en inexcusable ignorancia respecto a las leyes de su ser. Se preguntan por qué nuestra raza es tan débil y por qué tantos mueren prematuramente. ¿No hay una causa? Los médicos que profesan comprender el organismo humano prescriben a sus pacientes, e incluso a sus amados hijos y a sus compañeros, venenos lentos para acabar con la enfermedad o para curar una ligera indisposición. Seguramente, no pueden darse cuenta de la maldad de estas cosas como me fueron presentadas, o no podrían hacerlo así. Es posible que los efectos del veneno no se perciban de inmediato, pero está haciendo su trabajo con seguridad en el sistema, socavando la constitución y paralizando la naturaleza en sus esfuerzos. Buscan corregir un mal, pero producen uno mucho mayor, muchas veces incurable. Los que son tratados de esta manera están constantemente enfermos y constantemente dosificando. Y, sin embargo, si escucha su conversación, a menudo los escuchará alabando las drogas que han estado usando y recomendando su uso a otros, porque se han beneficiado con su uso. Parecería que para aquellos que pueden razonar de causa a efecto, el semblante cetrino, las continuas quejas de dolencias y la postración general de aquellos que pretenden ser beneficiados, serían pruebas suficientes de la influencia destructora de la salud de las drogas. Y, sin embargo, muchos están tan ciegos que no ven que todas las drogas que han tomado no los han curado, sino que los han empeorado. El inválido de la droga es el número uno en el mundo, pero generalmente está malhumorado, irritable, siempre enfermo, lleva una existencia miserable y parece vivir solo para poner en constante ejercicio la paciencia de los demás. Las drogas venenosas no los han matado

porque la naturaleza es renuente a renunciar a su control sobre la vida. Ella no está dispuesta a cesar sus luchas. Sin embargo, estos drogadictos nunca están bien. Están [138] siempre resfriados, lo que les causa un sufrimiento extremo, por la envenenar todo su sistema.

Me presentaron una rama con grandes semillas planas. Sobre él estaba escrito, Nux vomica, estriquina. Debajo estaba escrito, Sin antídoto. Me mostraron personas bajo la influencia de este veneno. Producía calor y parecía actuar particularmente sobre la columna vertebral, pero afectaba a todo el sistema. Cuando esto se toma en las cantidades más pequeñas, tiene su influencia, que nada puede contrarrestar. Si se toma sin moderación, los resultados suelen ser convulsiones, parálisis, locura y muerte. Muchos usan este mal mortal en pequeñas cantidades. Pero si se dieran cuenta de su influencia, no se introduciría ni un solo grano en el sistema.

Cuando se toma por primera vez, su influencia puede parecer beneficiosa. Excita los nervios conectados con la columna vertebral, pero cuando la excitación pasa, es seguida por una sensación de postración y escalofrío en toda la longitud de la columna vertebral, especialmente en la cabeza y la parte posterior del cuello. Los pacientes generalmente no pueden soportar la menor corriente de aire. Se inclinan a cerrar todas las grietas y, por falta del aire libre y vigorizante del cielo, la sangre se vuelve impura, los órganos vitales se debilitan y el resultado es una debilidad general. Al excitar indebidamente los nervios sensibles conectados con la columna vertebral, por esta droga venenosa, pierden su tono y vitalidad, y sigue la debilidad de la espalda y las extremidades. La vista y el oído a menudo se ven afectados y, en muchos casos, el paciente se vuelve indefenso.

Se me mostró que la amapola blanca inocente y de aspecto modesto produce una droga peligrosa. El opio es un veneno lento, cuando se toma en pequeñas cantidades. En grandes dosis produce letargo y muerte. Sus efectos sobre el sistema nervioso son ruinosos. Cuando los pacientes usan este medicamento hasta que se convierte en un hábito, es casi imposible suspenderlo, porque se sienten muy postrados y nerviosos sin él. Están en peor condición cuando se les priva de él que el bebedor de ron sin su [139] ron, o el fumador de tabaco privado de su tabaco. El esclavo del opio está en una condición lamentable. A menos que su sistema nervioso esté continuamente intoxicado con la droga venenosa, es miserable. Entorpece la sensibilidad, embrutece el cerebro e inhabilita la mente para el servicio.

de Dios. Los verdaderos cristianos no pueden persistir en el uso de este veneno lento, cuando conocen su influencia sobre ellos.

Los que usan opio no pueden rendir a Dios ningún servicio más aceptable que el borracho o el fumador. Aquellos que interrumpen el uso de esta práctica destructora de los nervios y del cerebro tendrán que poseer fortaleza y sufrir, como lo harán el borracho y el esclavo del tabaco, cuando se vean privados de sus indulgencias que destruyen el cuerpo y la mente. A Dios le desagrada que sus seguidores se conviertan en esclavos de hábitos que arruinan el cuerpo y la mente. La nux vomica, o estricnina, y el opio han matado a millones y han dejado a miles sobre la tierra para que vivan una existencia desdichada y sufriente, una carga para ellos mismos y para quienes los rodean.

El mercurio, el calomelano y la quinina han traído su cantidad de miseria, que sólo el día de Dios revelará plenamente. Las preparaciones de mercurio y calomelanos que se introducen en el sistema siempre retienen su fuerza venenosa mientras quede una partícula en el sistema. Estas preparaciones venenosas han destruido a millones y han dejado a los enfermos sobre la tierra para que lleven una existencia miserable. Todos están mejor sin estas mezclas peligrosas. Enfermos miserables, con enfermedades en casi todas sus formas, deformados por el sufrimiento, con úlceras espantosas y dolores en los huesos, pérdida de dientes, pérdida de la memoria y problemas de la vista, se ven en casi todas partes. Son víctimas de preparados venenosos, que en muchos casos han sido administrados para curar alguna ligera indisposición, que después de uno o dos días de ayuno habría desaparecido sin medicina. Pero las mezclas venenosas, administradas por médicos, han probado su ruina.

La interminable variedad de medicinas en el mercado, los numerosos anuncios de nuevas drogas y mezclas, todas las cuales, como dicen, hacen maravillosas curas, matan a cientos donde benefician a uno. Aquellos [140] que están enfermos no son pacientes. Tomarán las diversas medicinas, algunas de las cuales son muy poderosas, aunque no saben nada de la naturaleza de las mezclas. Todos los medicamentos que toman solo hacen que su recuperación sea más desesperada. Sin embargo, siguen dosificándose y continúan debilitándose, hasta que mueren. Algunos tendrán medicina en todos los eventos. Entonces que tomen estas mezclas dañinas y los diversos venenos mortales bajo su propia responsabilidad. Los siervos de Dios no deben administrar

medicinas que saben que dejarán efectos nocivos en el sistema, incluso si alivian el sufrimiento presente.

Toda preparación venenosa en los reinos vegetal y mineral , ingerida en el sistema, dejará su miserable influencia, afectando el hígado y los pulmones, y trastornando el sistema en general. Tampoco termina aquí el mal. Los niños enfermos y débiles son traídos al mundo para compartir esta miseria, que les fue transmitida por sus padres.

Se me ha mostrado que se podría ahorrar una gran cantidad de sufrimiento si todos trabajaran para prevenir la enfermedad, obedeciendo estrictamente las leyes de la salud. Se deben observar estrictos hábitos de limpieza. Muchos, aunque estén bien, no se tomarán la molestia de mantenerse en una condición saludable. Descuidan el aseo personal y no tienen cuidado de mantener pura su ropa. Las impurezas pasan constante e imperceptiblemente del cuerpo a través de los poros de la piel, y si la superficie de la piel no se mantiene en condiciones saludables, el sistema se carga con materia impura. Si la ropa que se usa no se lava con frecuencia y no se airea con frecuencia, se ensucia con las impurezas que se desprenden del cuerpo por la transpiración sensible e insensible. Y si las prendas usadas no se limpian con frecuencia de estas impurezas, los poros de la piel absorben de nuevo los desechos arrojados. Las impurezas del cuerpo, si no se les permite escapar, son devueltas a la sangre y forzadas a entrar en los órganos internos. La naturaleza, para librarse [141] de las impurezas venenosas, hace un esfuerzo por liberar el organismo, esfuerzo que produce fiebres y lo que se llama enfermedad. Pero incluso entonces, si aquellos que están afligidos ayudaran a la naturaleza en sus esfuerzos, mediante el uso de agua pura y suave, se evitaría mucho sufrimiento. Pero muchos, en lugar de hacer esto y tratar de eliminar la materia venenosa del sistema, introducen en el sistema un veneno más mortífero para eliminar un veneno que ya está allí.

Si cada familia se diera cuenta de los resultados benéficos de la limpieza completa, harían esfuerzos especiales para remover toda impureza de sus personas y de sus casas, y extenderían sus esfuerzos a sus locales. Muchos sufren que la materia vegetal en descomposición permanezca en sus instalaciones. No están despiertos a la influencia de estas cosas. Constantemente surge de estas sustancias en descomposición un efluvo que envenena el aire. Al inhalar el aire impuro, la sangre se envenena, los pulmones se ven afectados y todo el sistema

está enfermo Casi todas las enfermedades serán causadas por la inhalación de la atmósfera afectada por estas sustancias en descomposición.

Las familias han sido afligidas con fiebres, algunas han muerto, y la porción restante del círculo familiar casi ha murmurado contra su Hacedor debido a sus angustiosos duelos, cuando la única causa de todas sus enfermedades y muertes ha sido el resultado de su propio descuido. Las impurezas de sus propias premisas les han acarreado enfermedades contagiosas y las tristes aflicciones que imputan a Dios. Toda familia que aprecie la salud debe limpiar sus casas y sus locales de todas las sustancias en descomposición.

Dios mandó que los hijos de Israel no permitieran en ningún caso las impurezas de sus personas o de su ropa. A los que tenían alguna impureza personal se les excluía del campamento hasta la noche, y luego se les pedía que se limpiaran a sí mismos y a su ropa antes de poder entrar al campamento. También se les ordenó por Dios que no tuvieran impurezas en los locales dentro de una gran distancia del campamento, no sea que el Señor pasara y viera [142] su inmundicia.

Muchos no se dan cuenta de la necesidad de luz y aire puro en sus casas para tener salud. Algunos construyen casas y las amueblan con mucho dinero, más para complacer el orgullo y recibir visitas que para la comodidad, conveniencia y salud de sus familias. Las mejores habitaciones se mantienen oscuras. La luz y el aire están cerrados, para que la luz del cielo no dañe los ricos muebles, desteñe las alfombras o empañe los marcos de los cuadros. Cuando a los visitantes se les permite sentarse en estas preciosas habitaciones, corren el peligro de resfriarse debido a la atmósfera de sótano que los impregna. Las salas de estar y los dormitorios se mantienen cerrados de la misma manera y por las mismas razones. Y quien ocupa estas camas que no han sido expuestas libremente a la luz y al aire, lo hace a expensas de la salud y, a menudo, incluso de la vida.

Las habitaciones que no están expuestas a la luz y al aire se humedecen. Las camas y la ropa de cama acumulan humedad, y la atmósfera en estas habitaciones es venenosa, porque no ha sido purificada por la luz y el aire. Varias enfermedades han sido provocadas por dormir en estos modernos apartamentos que destruyen la salud. Cada familia que valore la salud por encima del aplauso vacío de los visitantes elegantes, tendrá una circulación de aire y abundancia de luz a través de cada apartamento de sus casas durante varias horas cada día. Pero muchos :

tan de cerca, se convierten en esclavos de él, y sufrirían enfermedades, e incluso la muerte, antes que estar fuera de moda. Cosecharán lo que han sembrado. Vivirán a la moda, y como resultado sufrirán enfermedades, serán tratados con venenos a la moda y morirán con muertes a la moda.

Los dormitorios deben estar especialmente bien ventilados, y la atmósfera debe estar sana por la luz y el aire. Las persianas deben dejarse abiertas varias horas cada día, las cortinas deben retirarse y la habitación debe ventilarse completamente. No debe quedar nada, ni siquiera por poco tiempo, que destruya la pureza de la atmósfera.

[143] Muchas familias sufren de dolor de garganta, enfermedades pulmonares y dolencias hepáticas, provocadas por su propio curso de acción. Sus dormitorios son pequeños, no aptos para dormir una noche, pero ocupan los pequeños e insalubres apartamentos durante semanas, meses y años. Mantienen sus ventanas y puertas cerradas, por temor a resfriarse si hubiera una grieta abierta para dejar entrar el aire. Respiran el mismo aire una y otra vez, hasta que se impregna con las impurezas venenosas y los desechos, expulsados de sus cuerpos, a través de los pulmones y los poros de la piel. Los tales pueden probar el asunto y estar convencidos del aire insalubre en sus habitaciones cerradas, entrando en ellas después de haber permanecido un rato al aire libre. Entonces pueden tener una idea de las impurezas que han transportado a su sangre, a través de las inhalaciones de los pulmones. Aquellos que así abusan de su salud, deben sufrir con la enfermedad. Todos deberían considerar la luz y el aire como una de las bendiciones más preciosas del Cielo. No deben excluir estas bendiciones como si fueran enemigos.

Los dormitorios deben ser grandes y dispuestos de manera que haya circulación de aire a través de ellos, día y noche. Aquellos que han excluido el aire de sus dormitorios, deben comenzar a cambiar su rumbo inmediatamente. Deben dejar entrar el aire por grados y aumentar la circulación hasta que puedan soportarlo día y noche, invierno y verano, sin peligro de resfriarse. Los pulmones, para estar sanos, deben tener aire puro.

Aquellos que no han tenido una libre circulación de aire en sus habitaciones. durante la noche, generalmente despierto sintiéndose exhausto, febril y sin saber la causa. Era aire, aire vital, que todo el sistema requería, pero que no podía obtener. Al levantarse por la mañana, la mayoría de las personas se beneficiarían tomando un baño de esponja o, si

más agradable, un baño de manos, con simplemente un lavabo de agua. Esto eliminará las impurezas de la piel. Luego, la ropa debe retirarse pieza por pieza de la cama y exponerse al aire. Deben abrirse las [144] ventanas, cerrarse las persianas y dejar que el aire circule libremente durante varias horas, si no todo el día, a través de los dormitorios. De esta manera, la cama y la ropa quedarán completamente aireadas y las impurezas se eliminarán de la habitación.

Los árboles de sombra y los arbustos demasiado cerca y densos alrededor de una casa no son saludables; porque impiden la libre circulación del aire y evitan que los rayos del sol brillen suficientemente. Como consecuencia de esto, una humedad se acumula en la casa. Especialmente en las estaciones húmedas, los dormitorios se humedecen, y los que duermen en las camas sufren reumatismo, neuralgia y dolencias pulmonares, que generalmente terminan en tisis. Numerosos árboles de sombra arrojan muchas hojas que, si no se eliminan de inmediato, se pudren y envenenan la atmósfera. Un jardín embellecido con árboles dispersos y algunos arbustos, a una distancia adecuada de la casa, tiene una influencia feliz y alegre sobre la familia y, si se cuida bien, no resultará perjudicial para la salud. Las viviendas, si es posible, deben construirse sobre terreno alto y seco. Si se construye una casa donde el agua se asienta a su alrededor, permanece por un tiempo y luego se seca, surge un miasma venenoso, y el resultado será fiebre y fiebre, dolor de garganta, enfermedades pulmonares y fiebres.

Muchos han esperado que Dios los proteja de la enfermedad simplemente porque se lo han pedido. Pero Dios no tuvo en cuenta sus oraciones, porque su fe no se perfeccionó por las obras. Dios no obrará un milagro para evitar que se enfermen aquellos que no se cuidan a sí mismos, sino que continuamente violan las leyes de la salud y no hacen ningún esfuerzo por prevenir la enfermedad. Cuando hacemos todo lo que podemos de nuestra parte para tener salud, entonces podemos esperar que los benditos resultados sigan, y podemos pedirle a Dios con fe que bendiga nuestros esfuerzos para la preservación de la salud. Él entonces responderá a nuestra oración, si su nombre puede ser glorificado por ello. Pero que todos entiendan que tienen una obra que hacer. Dios no obrará de manera milagrosa para preservar la salud de las personas que están tomando un curso seguro de enfermarse [145] por su falta de atención a las leyes de la salud.

Aquellos que satisfagan su apetito, y luego sufran a causa de su intemperancia, y tomen drogas para aliviarlos, pueden estar seguros de que Dios no se interpondrá para salvar la salud y la vida que están tan temerariamente en peligro. La causa ha producido el efecto. Muchos, como último recurso, siguen las instrucciones de la palabra de Dios y piden las oraciones de los ancianos de la iglesia para que les devuelvan la salud. Dios no considera adecuado responder a las oraciones ofrecidas en favor de los tales, porque sabe que si se les devolviera la salud, la sacrificarían de nuevo en el altar del apetito malsano.

Hay una clase de inválidos que no tienen una enfermedad real localizada. Pero como creen que están peligrosamente enfermos, en realidad son inválidos. La mente está enferma, y mueren muchos que podrían recuperarse de la enfermedad, que sólo existe en la imaginación. Si estos pudieran distraer sus mentes de sí mismos, de notar cada sentimiento pobre, pronto mejorarían. La inactividad causará enfermedades. Y a esto, la indulgencia del apetito malsano, y el consumo de drogas, y aquellos que no tenían una enfermedad real localizada, se volverán inválidos de hecho. Se hacen así. Si los tales se comprometieran en un trabajo alegre y saludable, se elevarían por encima de los malos sentimientos. Incluso si a veces se cansaran mucho, no les haría daño. Como se acostumbrarían a un trabajo sano y activo, la mente estaría ocupada y no encontrarían tiempo para detenerse en cada dolor y molestia.

Si los inválidos prescindieran de toda clase de medicinas, mejoraran sus hábitos alimenticios y ejercitaran tanto como fuera posible al aire libre, sus nombres pronto desaparecerían de la lista de inválidos. El poder de la voluntad es un poderoso apaciguador de los nervios y puede resistir muchas enfermedades, simplemente no cediendo a las dolencias y estableciéndose en un estado de inactividad. Aquellos que tienen poca fuerza y [146] energía natural, necesitan cuidarse constantemente, no sea que sus mentes se enfermen y se rindan a una supuesta enfermedad, cuando en realidad no existe ninguna. Es un asesinato lento que las personas se confinen días, semanas y meses en puertas, con poco ejercicio al aire libre.

Otros son demasiado activos en cuerpo y mente. La mente de tales debe descansar tan bien como el cuerpo, y sin ella, estará sobrecargada de trabajo, y la constitución se derrumbará. Satanás se regocija al ver a la familia humana sumergirse cada vez más en el sufrimiento y la miseria. Él sabe que las personas que tienen malos hábitos y cuerpos enfermizos no pueden servir a Dios tan ferviente, perseverante y puramente como si

sonido. Un cuerpo enfermo afecta al cerebro. Con la mente servimos al Señor. La cabeza es el capitolio del cuerpo. Si se pincha el dedo, los nervios, como los hilos telegráficos, llevan la inteligencia inmediatamente al cerebro. Satanás triunfa en la obra ruinosa que provoca al inducir a la familia humana a adoptar hábitos que los destruyen a sí mismos ya los demás; porque de esta manera está robando a Dios el servicio que le corresponde.

Para conservar la salud es necesaria la templanza en todas las cosas. Templanza en el trabajo, templanza en el comer y beber. Debido a la intemperancia, una gran cantidad de miseria ha caído sobre la familia humana. El consumo de cerdo ha producido escrófula, lepra y humores cancerosos. El consumo de carne de cerdo sigue causando el sufrimiento más intenso a la raza humana. Los apetitos depravados anhelan aquellas cosas que son las más dañinas para la salud. La maldición, que ha caído pesadamente sobre la tierra y ha sido sentida por toda la raza humana, también ha sido sentida por los animales. Las bestias han degenerado [en] tamaño y longitud de años. Los malos hábitos del hombre los han hecho sufrir más de lo que sufrirían de otro modo.

Hay sólo unos pocos animales que están libres de enfermedades. Se les ha hecho sufrir mucho por la falta de luz, aire puro y comida sana. Cuando están engordados, a menudo se les confina en establos cerrados y no se les permite hacer ejercicio ni tener libre [147] circulación de aire. A muchos pobres animales se les deja respirar el veneno de la inmundicia que queda en graneros y establos. Sus pulmones no permanecerán saludables por mucho tiempo mientras inhalan tales impurezas. La enfermedad se transmite al hígado y todo el sistema del animal se enferma. Los matan y preparan para el mercado, y la gente come libremente de este venenoso alimento animal. Muchas enfermedades son causadas de esta manera. Pero no se puede hacer creer a la gente que es la carne que han comido la que ha envenenado su sangre y causado sus sufrimientos.

Muchos mueren de enfermedades causadas totalmente por comer carne, pero el mundo no parece ser más sabio. Con frecuencia se matan animales que han sido conducidos una distancia considerable para el sacrificio. Su sangre se ha calentado. Están llenos de carne y han sido privados del ejercicio saludable, y cuando tienen que viajar lejos, se hartan y se agotan, y en esa condición son asesinados para el mercado. Su sangre está muy inflamada, y los que comen de su carne, comen veneno. Algunos no se ven afectados inmediatamente, mientras que otros sí

atacados con fuertes dolores, y mueren de fiebre, cólera o alguna enfermedad desconocida. Se venden muchísimos animales para el mercado de la ciudad que se sabe que están enfermos por los que los han vendido, y los que los compran no siempre ignoran el asunto. Esto se practica en gran medida, especialmente en las grandes ciudades, y los carnívoros no saben que están comiendo animales enfermos.

Algunos animales que son llevados al matadero parecen darse cuenta por instinto de lo que va a suceder, y se ponen furiosos y literalmente locos. Son asesinados mientras están en ese estado, y su carne preparada para el mercado. Su carne es veneno, y ha producido, en los que la han comido, calambres, convulsiones, apoplejía y muerte súbita. Sin embargo, la causa de todo este sufrimiento no se atribuye a la carne. Algunos animales son tratados inhumanamente mientras son llevados al matadero. Son [148]

literalmente torturados, y después de haber soportado muchas horas de sufrimiento extremo, son masacrados. Los cerdos han sido preparados para el mercado incluso cuando la peste estaba sobre ellos, y su carne venenosa ha propagado enfermedades contagiosas, y ha seguido una gran mortalidad.

El cuerpo, que Dios llama su templo, debe ser preservado en la condición más saludable posible. Muchos actúan como si tuvieran derecho a tratar sus propios cuerpos como les plazca. No se dan cuenta de que Dios tiene derechos sobre ellos. Ellos están obligados a glorificarlo en sus cuerpos y espíritus, que son suyos. Mientras se entregan a la gratificación de apetitos malsanos, y así se traen enfermedades, no pueden rendir a Dios un servicio aceptable. Nadie debe permanecer en la ignorancia de las demandas de Dios. Todas sus promesas son en condiciones de obediencia. Todos deberían trabajar por sí mismos. Deben hacer lo que Dios requiere que hagan, y no dejar que Dios haga por ellos lo que les ha dejado hacer. Es un deber sagrado que Dios ha impuesto a los seres razonables, formados a su imagen, para mantener esa imagen en un estado tan perfecto como sea posible. Aquellos que traen enfermedades sobre sí mismos, por gratificación propia, no tienen cuerpos ni mentes sanas. No pueden sopesar las evidencias de la verdad y comprender los requisitos de Dios. Nuestro Salvador no bajará su brazo lo suficiente para levantarlos de su estado degradado, mientras persisten en seguir un curso pa

Todos están obligados a hacer lo que puedan para preservar cuerpos sanos y mentes sanas. Si gratifican un apetito grosero y, al hacerlo, embotan sus sensibilidades y nublan sus facultades perceptivas de modo que

no pueden apreciar el carácter exaltado de Dios, o deleitarse en el estudio de su Palabra, pueden estar seguros de que Dios no aceptará su ofrenda indigna antes que la de Caín. Dios les exige que se limpien de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor. Después que el hombre ha hecho todo lo que está en su poder para asegurar la salud, negando el apetito y [149] las pasiones groseras, para que pueda poseer una mente sana y una imaginación santificada, a fin de que pueda ofrecer a Dios una ofrenda en justicia, entonces él se salva solo por un milagro de la misericordia de Dios, como lo fue el arca sobre las olas tempestuosas. Noé había hecho todo lo que Dios requería de él para asegurar el arca, luego Dios hizo lo que el hombre no podía hacer y preservó el arca con su poder milagroso.

Nuestro Redentor, dejando a un lado su gloria y majestad, para tomar la naturaleza humana y morir en sacrificio de hombre, fue un milagro de Dios. Fue el arreglo sabio de Dios para salvar al hombre caído. Dios requiere que su pueblo sea colaborador con él. Les exige que se abstengan de los deseos carnales, que luchan contra el alma, y que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es el único servicio que aceptará de los mortales razonables. Jesús se ha inclinado muy bajo para alcanzar al hombre en su estado bajo. Y Dios requiere del hombre que haga esfuerzos fervientes y se niegue a sí mismo, para que pueda conservar el vigor de su mente, y elevarse e imitar el ejemplo de aquel en quien no hubo engaño. Entonces será beneficiado con la expiación de Cristo. Así como el Señor ordenó al fiel Noé antes del diluvio: Entra tú y toda tu casa en el arca, antes del tiempo de angustia, Él dirá a sus santos fieles, que se han estado preparando para el traslado: "Venid, pueblo mío. , entra en tus aposentos, y cierra tras ti tus puertas. Escóndete como si fuera por un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí, el Señor sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad.

La tierra, también, descubrirá su sangre, y nunca más cubrirá sus muertos."

Cristo no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino la naturaleza del hombre, para que pudiera familiarizarse con las tentaciones que lo asediaban, y ayudar al hombre en su estado caído, y por su propia humillación y muerte elevar a los hombres a ser herederos. con él al reino de su Padre. Cristo soportó las más fuertes tentaciones de Satanás, para poder experimentar en sí mismo el más severo conflicto [150]

que los hijos de los hombres tendrían con el enemigo caído, y para que pudiera sostener a los que acudieran a él en busca de fortaleza en sus tentaciones.

Satanás provocó la caída del primer Adán, y se jactó ante los ángeles de que tendría éxito con el segundo Adán, Jesucristo, acercándose a él a través del apetito. Antes de que Cristo comenzara su ministerio, Satanás comenzó su serie de tentaciones. Sabía que podía descarriarse a través del apetito antes que de cualquier otra manera. Eva cayó como consecuencia del apetito cuando tenía toda clase de frutos buenos para satisfacer sus necesidades. Cristo sufrió un largo ayuno de cuarenta días y soportó el hambre más aguda. Satanás vino a él con su serie de tentaciones mientras estaba tan débil y sufriendo, tentándolo a hacer un milagro por su propio bien, para calmar su hambre, y al hacerlo, darle evidencia de que él era el Hijo de Dios. “Y cuando el tentador vino a él, dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. Cristo le respondió con la Escritura. “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” Cristo se refiere a la ley de su Padre. Las palabras de Dios pronunciadas desde el Sinaí son las condiciones de vida. Estas palabras obedecidas darán de nuevo al hombre libre acceso al árbol de la vida, al que nuestros primeros padres perdieron todo derecho por su desobediencia. Su transgresión hizo necesario que Cristo viniera a reconciliar al hombre caído con Dios por su prop

La escena de la tentación de Cristo iba a ser una lección para todos sus seguidores. Cuando los enemigos de Cristo, por instigación de Satanás, les pidan que muestren algún milagro, deben responderles tan mansamente como el Hijo de Dios respondió a Satanás: “Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios”. Si no están convencidos por el testimonio inspirado, una manifestación del poder de Dios no los beneficiará. Las obras maravillosas de Dios no se manifiestan para satisfacer la curiosidad de nadie. Cristo, el Hijo de Dios, se negó a dar a Satanás [151] ninguna prueba de su poder. No hizo ningún esfuerzo por eliminar el “si” de Satanás al mostrar un milagro. Los discípulos de Cristo serán llevados a posiciones similares. Los incrédulos requerirán que hagan algún milagro, si creen que el poder especial de Dios está en la iglesia, y que ellos son el pueblo escogido de Dios. Los incrédulos, que están afligidos por enfermedades, requerirán que se haga un milagro en ellos, si Dios está con ellos. Los seguidores de Cristo deben imitar el ejer

Caballero. Jesús, con su poder divino, no hizo ningún milagro para distraer a Satanás. Tampoco los siervos de Cristo. Deben remitir a los incrédulos al testimonio escrito e inspirado como evidencia de que son el pueblo leal de Dios y herederos de la salvación.

* * * * *

Capítulo 40—La experiencia

En el invierno de 1864, mi Willie enfermó repentina y violentamente de fiebre pulmonar. Acabábamos de enterrar a nuestro hijo mayor con esta enfermedad y estábamos muy ansiosos por Willie, temiendo que él también pudiera morir. Decidimos que no enviaríamos por un médico, sino que haríamos lo mejor que pudiéramos con él mediante el uso de agua, y rogaríamos al Señor en favor del niño. Llamamos a algunos que tenían fe para unir sus oraciones con las nuestras. Tuvimos una dulce seguridad de la presencia y bendición de Dios.

Al día siguiente, Willie estaba muy enfermo. Él estaba vagando. No parecía verme ni oírme cuando le hablaba. Su corazón no tenía latidos regulares, sino que estaba en un aleteo agitado constante. Continuamos buscando a Dios en su favor, y usando agua libremente sobre su cabeza, y una compresa constantemente sobre sus pulmones, y pronto pareció racional como siempre. Sufrió fuertes dolores en el costado derecho y no pudo acostarse sobre él ni por un momento. Este dolor lo vencimos con compresas de agua fría, variando la temperatura del agua según el grado de la fiebre. Tuvimos mucho cuidado de mantener sus manos y pies cálido.

Esperábamos que la crisis llegara al séptimo día. Tuvimos muy poco descanso durante su enfermedad, y nos vimos obligados a dejarlo al cuidado de otros la cuarta y quinta noches. Mi esposo y yo el quinto día nos sentimos muy ansiosos. El niño levantó sangre fresca y tosió considerablemente. Mi esposo pasaba mucho tiempo en oración. Dejamos a nuestro hijo en manos cuidadosas esa noche. Antes de jubilarse, mi esposo oró larga y fervientemente. De repente, su carga de oración lo abandonó, y parecía como si una voz le hablara y le dijera: Ve a acostarte, yo cuidaré al niño. Me había retirado enfermo y no podía dormir por ansiedad durante varias horas. Me sentí presionado por respirar. Aunque dormía en una gran cámara, me levanté y abrí la puerta de un gran salón, me sentí aliviado de inmediato y pronto me dormí. Soñé que un médico experimentado estaba de pie junto a mi hijo, observando cada respiración, con una mano sobre su corazón y con la otra sintiendo su

legumbres. Se volvió hacia nosotros y dijo: “La crisis ha pasado. Ha visto su peor noche. Ahora se levantará rápidamente, porque no tiene la influencia dañina de las drogas de las que recuperarse. La naturaleza ha hecho noblemente su trabajo para librar al sistema de impurezas”. Le conté mi estado de agotamiento, mi presión para respirar y el alivio obtenido al abrir la puerta. Él dijo: “Aquello que te dio alivio, también aliviará a tu hijo. Él necesita aire. Lo has mantenido demasiado caliente. El aire caliente que sale de una estufa es dañino, y si no fuera por el aire que entra por las grietas de las ventanas, sería venenoso y destruiría la vida. El calor de la estufa destruye la vitalidad del aire y debilita los pulmones. Los pulmones del niño se han debilitado porque la habitación se mantuvo demasiado caliente. Las personas enfermas están debilitadas por la enfermedad y necesitan todo el aire vigorizante que puedan soportar para fortalecer los órganos vitales para resistir la enfermedad. Y, sin embargo, en la mayoría de los casos, el aire y la luz se excluyen de la habitación del enfermo en el momento en que más se necesitan, como [153] enemigos peligrosos”.

Este sueño y la experiencia de mi esposo fue un consuelo para ambos. Descubrimos por la mañana que nuestro chico había pasado una noche inquieta. Parecía tener fiebre alta hasta el mediodía. Luego le dejó la fiebre y parecía bastante bien, excepto débil. Sólo había comido una galleta pequeña durante los cinco días de enfermedad. Se levantó rápidamente y ha tenido mejor salud que la que había tenido durante varios años antes. Esta experiencia es valiosa para nosotros.

He pensado durante años que dependía de una dieta de carne para fortalecerme. He comido tres comidas al día hasta dentro de unos meses. Me ha resultado muy difícil pasar de una comida a otra sin sufrir desmayos en el estómago y mareos en la cabeza. Comer eliminaría estos sentimientos. Rara vez me permitía comer algo entre mis comidas regulares, y tengo la costumbre de retirarme a menudo sin cenar. Pero he sufrido mucho por falta de alimentos desde el desayuno hasta la cena, y me he desmayado con frecuencia. Comer carne eliminó por el momento estos débiles sentimientos. Por lo tanto, decidí que la carne era indispensable en mi caso.

Pero desde que el Señor me presentó, en junio de 1863, el tema del consumo de carne en relación con la salud, he dejado el uso de la carne. Durante un tiempo me resultó bastante difícil abrir mi apetito al pan, que antes me gustaba poco. Pero perseverando, he sido capaz de hacer esto. He vivido durante casi un año sin

carne. Durante unos seis meses, la mayor parte del pan de nuestra mesa ha consistido en tortas sin levadura, hechas de harina de trigo y agua, y muy poca sal. Usamos frutas y verduras generosamente. He vivido durante ocho meses con dos comidas al día. Me he aplicado a escribir la mayor parte del tiempo durante más de un año. Durante ocho meses han estado confinados estrechamente a la escritura. Mi cerebro ha estado constantemente a prueba, y he hecho muy poco ejercicio. Sin embargo, mi salud nunca [154] ha sido mejor que en los últimos seis meses. Mis anteriores sentimientos de desmayo y vértigo me han abandonado. He tenido problemas cada primavera con pérdida de apetito. La última primavera no tuve ningún problema a este respecto. Nuestra comida sencilla, consumida dos veces al día, se disfruta con gran deleite. No tenemos carne, pastel ni ningún alimento rico en nuestra mesa. No usamos manteca de cerdo, pero en su lugar, leche, crema y un poco de mantequilla. Tenemos nuestra comida preparada con poca sal, y hemos prescindido de especias de todo tipo. Desayunamos a las siete y cenamos a la una. Rara vez tengo una sensación de desmayo. Mi apetito está satisfecho. Mi comida se come con más gusto que nunca.

Desde niño he padecido hidropesía y enfermedades del corazón, ocasionadas por mi desgracia cuando tenía alrededor de nueve años. Durante varios años, en la primavera, he tenido un golpe de parálisis que casi me cuesta la vida. Pero, en respuesta a la oración, me he recuperado de sus efectos. La última primavera no tuve síntomas de esta aflicción tan temida. No tengo problemas con hidropesía o enfermedades del corazón. En ocho meses he perdido veinticinco libras de carne. Estoy mejor sin eso. Tengo más fuerza de lo que me he dado cuenta durante

* * * * *

Capítulo 41—Delirios de progresión

El verdadero conocimiento ha disminuido con cada generación sucesiva. Dios es infinito, y las primeras personas sobre la tierra recibieron sus instrucciones de ese Dios infinito que creó el mundo. Aquellos que recibieron su conocimiento directamente de la sabiduría infinita no carecieron de conocimiento.

Dios instruyó a Noé cómo hacer esa inmensa arca, para su salvación y la de su familia. También instruyó a Moisés cómo hacer el tabernáculo, y el bordado, y el trabajo artesanal que había de adornar el santuario. Las mujeres labraban con gran ingenio [155] los bordados de plata y oro. No faltaban hombres hábiles para llevar a cabo la obra de hacer el arca, el tabernáculo y las vasijas de oro macizo.

Dios le dio a David un modelo del templo que construyó Salomón. A nadie, excepto a los hombres más hábiles en diseño y arte, se les permitió tener algo que ver con el trabajo. Cada piedra para el templo fue preparada para llenar exactamente su lugar, antes de ser traída al templo. Y el templo se unió sin el sonido de un hacha o un martillo. No existe tal edificio en el mundo por su belleza, riqueza y esplendor.

Hay muchos inventos y mejoras, y máquinas que ahorran trabajo ahora que los antiguos no tenían. No los necesitaban. La tierra ha sentido la maldición, cada vez con más fuerza. Antes del diluvio, la primera hoja que cayó, y fue descubierta descomponiéndose sobre la tierra, causó gran tristeza a los que temían a Dios. Lo lamentaron como nosotros lamentamos la pérdida de un amigo muerto. En la hoja en descomposición pudieron ver una evidencia de la maldición y de la descomposición de la naturaleza.

Cuanto más tiempo ha estado la tierra bajo la maldición, más difícil ha sido para el hombre cultivarla y hacerla productiva. A medida que el suelo se ha vuelto más yermo, y se ha tenido que gastar el doble de trabajo en él, Dios ha levantado hombres con facultades inventivas para construir implementos para aligerar el trabajo de la tierra.

tierra que gime bajo la maldición. Pero Dios no ha estado en todos los inventos del hombre. Satanás ha controlado en gran medida la mente de los hombres y los ha apresurado a inventar nuevos inventos que los han llevado a olvidarse de Dios.

En fuerza de intelecto, los hombres que ahora viven no pueden compararse con los antiguos. Se han perdido más artes antiguas que las que ahora posee la generación actual. Los que viven en esta [156] era degenerada no se compararán en habilidad y arte con el conocimiento que poseían los hombres fuertes que vivieron cerca de mil años.

Los hombres antes del diluvio vivían muchos cientos de años, y cuando tenían cien años eran considerados jóvenes. Esos hombres longevos tenían mentes sanas en cuerpos sanos. Su fuerza mental y física era tan grande que la actual generación débil no puede compararse con ellos. Esos antiguos tenían casi mil años para adquirir conocimientos. Entraron en el escenario de la acción desde las edades de sesenta a cien años, aproximadamente el tiempo en que aquellos que ahora viven más tiempo han representado su papel en su breve tiempo de vida, y se han ido del escenario. Aquellos que son engañados y halagados con la ilusión de que la presente es una era de verdadero progreso, y que la raza humana ha progresado en épocas pasadas en conocimiento verdadero, están bajo la influencia del padre de la mentira, cuya obra siempre ha sido convertir la verdad de Dios en una mentira.